

Selección RNR

Margarita B. Sainz

Dulce y salado



Romance Actual

Dulce y salado

M. B. Sainz



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Ricardo

*Words. Don` t came easy to me
How can I find a way
to make you see I love you.
Words don` t came easy.
(F.R David)*

PRIMERA PARTE: DULCE

Madrid

CAPÍTULO 1

La actividad en la cocina de Antonio y María era frenética. Amplia, luminosa y con electrodomésticos de última generación; la encimera gris contrastaba con los muebles blancos. Las amplias ventanas derramaban su luz en el interior. Sara llevaba la tarde ultimando detalles para que todo saliera a pedir de boca en la fiesta que le habían encargado organizar sus amigos para los clientes más allegados en el banco.

—Tomás, ¿podemos hablar, por favor? —Sara se dirigió al *maître*—. Vamos a examinar una vez más el orden en el que deben salir las tandas de alimentos. ¿Hemos calculado bien las cantidades? —Volvieron a repasarlo todo exhaustivamente para que todo fuera intachable—: primero las chacinas, segundo los fritos, tercero las cazuelitas y el postre...

—Sara, por favor, deja ya de darle vueltas, porque seguro que está perfecto. —María se le acercó y le frotó la espalda con cariño, arrullándola.

—Ay, ¿qué haría yo sin ti? Siempre preocupándote por mí y apoyándome. ¿Nunca te he dicho que te quiero mucho? —Sara la envolvió en un tierno abrazo—. ¿Qué hubiera hecho yo sin el apoyo incondicional de mi amiga preferida?

—Yo también te quiero, tontorrón —le contestó María—. Anda, suéltame que vas a hacer que se me salten las lágrimas y van a empezar a llegar los invitados. —Sara se separó de ella clavándole la mirada en sus oscuros ojos para observar que no hubiera resto de llanto—. Hasta dentro de un rato, guapetón. Voy a ver por dónde anda mi querido marido.

Tres horas más tarde, golpeaba con indignación la punta del pie contra el suelo. La rabia la invadía a oleadas. Estaba harta de oír cómo se quejaba una voz estridente al otro lado de uno de los parterres de la terraza.

—Cariño, ¿puedes conseguirme otra copa?, Llevo una hora con esta en la mano y no ha pasado ni un camarero.

Sara se quedó helada ya que ella misma los había visto pasar sin cesar.

—Sí, ahora voy, Mónica —le contestó con amabilidad una voz masculina.

Se oían risas en el grupo que estaba reunido. En realidad, ella no sabía bien si lo hacían por pura diversión o es que les parecían graciosas las impertinencias que salían de la boca de esa maleducada. Además de dañinos, veía los comentarios muy injustos, ya que ella no se había movido de su lugar estratégico para controlar que todo fuera a la perfección.

—Estos rollitos están pringosos. ¡Puaj! Son incomedibles —repetía como un soniquete la tal Mónica.

¡Sería bruja! No se lo podía creer. Sara estaba a punto de estallar de rabia. Si pudiera, le diría unas cuantas cositas a la muy...

—Hola, Sara. —La voz de María, la sacó de sus pensamientos—. Va todo estupendamente, la gente se lo está pasando fenomenal. Como siempre, lo has hecho de maravilla.

Se giró un poco y la vio muy contenta. A Sara el corazón se le ensanchó de agradecimiento y alivio; ya no podía más. Estaba acostumbrada a las críticas y comentarios negativos pero esta vez lo estaba llevando fatal. La condujo hacia el interior de la casa.

—María, ya no aguanto más. Llevo más de una hora escuchando a una arpía quejarse de todo al otro lado del parterre. No me he querido asomar porque estoy en vuestra casa. Pero te juro que como esa zorra no se calle, le tiro de los pelos.

—Eso lo soluciono yo ahora mismo —se carcajeó María con voz cantarina.

—Pero, María ¿qué vas a hacer, inconsciente? —«Esta chica es imparable. ¡Dios mío!, ¿Qué es lo que se propone? Espero que no haya bebido mucho»,

pensó Sara.

María cogió su mano y, arrastrándola, se dirigió hacia la magnífica terraza donde se estaba celebrando el cóctel. Rodearon el gran parterre lleno de vegetación que separaba los espacios y se acercaron a un grupo que estaba sentado en unos cómodos sofás.

—Hola a todos, chicos. ¿Qué tal lo estáis pasando? —saludó María alegremente—. Os presento a Sara Gómez, amiga mía y dueña de la empresa que organiza el *catering* —recalcó a propósito.

Se produjo un silencio un poco incómodo.

—Hola, Sara. Yo soy Ignacio Solís —le dijo uno de los miembros del grupo rompiendo la incomodidad del momento—, y esta es mi mujer, Pilar Ruiz. Enhorabuena, porque está todo buenísimo y lo estamos pasando fenomenal. Gracias por la invitación, María. —El saludo provenía de un hombre alto, con gafas y algo de calvicie. Sus lentes, posadas en la nariz aguileña, cubrían sus amables ojos castaños.

A Sara le gustó la agradable pareja y los saludó, cariñosa, con un par de besos a cada uno. Un chico mucho más robusto, con el cabello rubio muy rizado y corto, se adelantó le estrechó la mano, mirándola con ojos claros y sonrisa afable.

—Hola, soy Curro López. Encantado de conocer a una chica *tan guapísima* como tú. Lo estamos pasando muy bien. Te presento a Mónica Núñez, mi acompañante. —Su voz sonó un poco apurada. Sin que a nadie le diera tiempo de decir nada más, esta salió al paso:

—Hola, cariño, en realidad soy su novia, pero es muy tímido y no lo quiere reconocer porque llevamos poco tiempo saliendo —le corrigió con voz zalamera Mónica—. Cuando quieras quedamos y te doy unos consejos acerca de cómo hay que presentar las cosas, cielo. Estoy segura de que quedarás mucho mejor. —Se reía de su propia gracia con voz de falsete.

A Sara se le quedó la boca abierta y no podía cerrarla. Notó como un cable entraba en cortocircuito dentro de su cabeza y no se pudo contener más.

—No tan encantada, Mónica —la saludó con su mejor sonrisa de cartón—. Quizás sí que te convenga quedar con alguien para que te enseñe un poco de educación y saber estar.

El silencio fue sepulcral, por lo que, nerviosa, cogió una copa de champán al vuelo de una bandeja cercana y se la bebió de un trago.

María estalló en carcajadas y no paraba de reírse; mientras, el grupo no reaccionaba.

—Hola, Sara, soy Martín Bringas. Me alegra conocerte. —A Sara se le borró la sonrisa en el acto. Su mirada se quedó enganchada en unos ojos grises como el humo. Los más bonitos que había visto. El tiempo se detuvo para ella mientras notaba su corazón dando brincos. Nunca había sentido nada así en su vida. Alguien, al pasar, la empujó lanzándola directamente contra su pecho e hizo que la copa que él sujetaba en su mano se derramara sobre su camisa de hilo.

Todavía algo confusa, volvió en sí e intentó apartarse, sintiendo cómo la angustia y la humillación por sus actos la iban inundando. Sin saber cómo ni por qué, dijo:

—Oh, cuánto lo siento, Martín. Ahora no te va a quedar más remedio que seguir oliendo toda la noche a *whisky* o lo que sea que tuvieras en el vaso —le soltó con la más falsa de las sonrisas en el tono más maleducado que le salió.

—¿Pero habéis visto qué persona tan borde? ¡Esto es el colmo! —La voz de pito de Mónica se elevaba, intentando hacerse oír.

Ya tenía motivo para parlotear toda la noche, pensó mientras se alejaba apresuradamente.

Sara entró en el lavabo y trancó la puerta entre las risas de María, que, por lo visto, se lo estaba pasando bomba.

—¡Qué horror! En mi vida he sido más grosera.

—Ya lo sé, nunca te había visto así pero me he divertido mucho. ¡Qué tía! Es insoportable. Se lo tenía merecido. —María no podía dejar de reírse

—Para ya por favor. Estoy horrorizada de lo que he hecho. ¿No le perjudicará a Antonio mi comportamiento, verdad?

—Que va, no te preocupes. —le contestó un poco más serena—. Son amigos desde el colegio, aunque ya no se vean tan a menudo. Son tres marinos de guerra encantadores. Curro, el que estaba con la *barbie*, está divorciado, tiene tres hijos y trabaja en el Ministerio de Defensa. Es un encanto, pero le gusta mucho la juerga. Ignacio, es todo lo contrario. Es abogado de la armada. Cariñoso y amable. Su mujer, Pilar, y él, son una pareja estupenda.

—Pues a mí el que me gusta es Martín. No sé lo que me ha entrado cuando me ha mirado y he caído entre sus brazos. Aunque nadie lo diría, porque no he podido ser más antipática ni ensayándolo.

—Me parto al recordar la cara que puso Mónica cuando le has contestado. ¡Qué persona más desagradable! Martín es un guapo con mucho éxito. Es capitán de corbeta y ha estado patrullando por África, protegiendo a los pescadores y mercantes españoles de la piratería. Acaba de llegar de permiso. Creo que se quedará un tiempo, aunque nunca se sabe, porque siempre pasa más tiempo fuera que en Madrid. Si quieres que averigüe algo más se lo tendría que preguntar a Antonio.

—No, por favor. No hagas nada. Después de lo que ha pasado no creo que lo vuelva a ver en mi vida. Por lo menos, yo haré todo lo posible por que así sea, ¡qué vergüenza!

Al cabo de un rato, puesto que estuvieron retocándose un poco el maquillaje para hacer tiempo, ambas volvieron a la fiesta. Sara estuvo pendiente de su personal, resolviendo dudas de última hora. Entró en la cocina para ver si los postres estaban emplatados y dispuestos para salir. No quería que se produjera ningún fallo porque esta era la fiesta que daban sus amigos y tenía especial interés en ayudarlos a quedar bien. Notaba que la mirada de Martín la seguía, por lo que ponía mucho cuidado en mantenerse a distancia. Cuando veía que él se había acercado algo ella, por si acaso, se iba

a la otra punta de la terraza. Charlaba y era amable con todas las personas invitadas. Estaba en su naturaleza. Nunca había perdido el control de la manera en que lo había hecho antes, lo que hacía que estuviera abochornada consigo misma.

Vio a un camarero que pasaba con bebidas y cogió otra copa de champán al vuelo. Se la bebió de golpe para borrar los pensamientos negativos. —¡Qué calor hacía esa noche!— Como siguiera así, se iba a emborrachar.

Decidió tomarse un tiempo para serenarse y se escabulló entre la balaustrada de la terraza y una gran palmera que había como decoración. Suspiró y miró el reloj. ¡Las dos de la mañana! Ya empezaba a ser hora de marcharse. Sin embargo se distrajo contemplando el cielo estrellado que cubría la ciudad esa noche.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú en un sitio como este? —Antes de empezar a girarse ya sabía a quién pertenecía esa voz grave y algo ronca. El corazón le dio un vuelco y se puso nerviosa.

—Ah, pero ¿nos conocemos de algo? —le contestó desdeñosa.

Una gran carcajada salió del pecho de Martín, lo que hizo que ella se turbara mucho más —¡la había pillado escondida!—. Definitivamente, era una situación bochornosa.

—¿Esas tenemos? ¿Vas a seguir intentando evitarme toda la noche? Te advierto que no me doy por vencido fácilmente y, a no ser que te importe ir con el *White Label* con patas, pienso invitarte a que nos acompañes a tomar algo por ahí. Va todo el grupo, excepto Curro y Mónica, que han decidido retirarse —le dijo, guiñándole un ojo con complicidad.

Sara se fijó en que se había cambiado de camisa. Se imaginó que Antonio le habría prestado una.

—Bueno... pues si es así..., me encantaría —le dijo con una gran sonrisa—. Hace mucho tiempo que no salgo de marcha y quizás me venga bien desconectar del trabajo. —Intentó evitar que pensara que le rehuía.

—Estupendo, Sara. Me encanta que vengas —le dijo, ofreciéndole el brazo

galantemente para dirigirse a la salida donde lo esperaba el resto del grupo.

El trayecto hasta La Habanera, en la calle Génova, transcurrió en un silencio tranquilo. Martín zigzagueaba entre el tráfico con gran maestría. Su conducción era fluida y segura. Sara pudo acariciar la suavidad de la piel de la tapicería mientras recordaba el olor a limpio mezclado con aroma masculino que invadía sus fosas nasales cuando estaba junto a él. Aprovechó para mirarlo y observar su perfil: era guapo, muy guapo, o eso le parecía a ella, desde luego. Pronto llegaron y se bajaron para hacerle entrega de las llaves del lujoso Mercedes al guardacoches del local.

Entraron juntos y a Sara le impactó la calidez del ambiente. Un gran patio inspirado en la arquitectura colonial cubana era el centro del local sobre el que estaban dispuestas las mesas. Los techos, muy altos. Todo cubierto por un maravilloso forjado de muelle metálico en forma de pérgola con una iluminación cálida y una enorme variedad de exuberante vegetación; el espacio intentaba rememorar el ambiente de Cuba (la isla anclada en su propio tiempo), en el interior de la cosmopolita Madrid.

Esa noche actuaba un grupo originario de allí. La platea, estaba situada en una esquina donde ya había un ambiente muy animado de personas bailando al son de la música. Enseguida divisaron a sus amigos que estaban acomodados en una mesa. Tomaron asiento y pidieron las bebidas. Para Martín *whisky*, para ella *gin-tonic*.

La orquesta acometió los primeros acordes de la canción *Despacito*, de Luis Fonsi. Sara y María se miraron sonriendo. Martín, que no se había perdido detalle, enseguida se ofreció:

—Sara, ¿te apetece bailar?

—Me encantaría, hace tiempo que no lo hago.

Nada más llegar a la pista, posó las manos en sus caderas y ella en sus

anchos hombros para empezar a contonearse a ritmo de reguetón. En el momento en que ella sintió sus manos fue como si las llamas de una inmensa hoguera lamieran su cuerpo; todos sus nervios cobraron vida.

Elevó su mirada y se encontró con la de Martín cargada de deseo. Eso la sorprendió. «Como no vaya con cuidado, me voy a disolver entre sus brazos», pensó, asombrada de sus propios sentimientos. «Al fin y al cabo, llevo siglos sin salir. No me extraña que mi corazón se desboque con el primero que pase», intentó tranquilizarse.

Martín bailaba como un experto y eso, a Sara, le encantaba. Ambos se movían en sintonía, como si llevaran toda la vida haciéndolo. No había nada comparado a lo que se siente cuando se tiene una buena pareja de baile. Su aliento en el cuello le provocaba oleadas de deseo. Sara se aproximó un poco más a él lanzándole una mirada de reojo. Comprobó que los suyos se habían oscurecido. La deseaba, y mucho.

—Como sigamos así, te beso. —No era una petición. Lo daba por hecho sin dejar resquicio a duda alguna ni a malas interpretaciones. Ella tembló.

La canción acabó y Sara se disculpó con Martín para poder ir al cuarto de baño. Comenzó a sonar una alegre salsa mientras buscaba los lavabos con las piernas temblorosas. Nada más entrar, no tardó en asomar por la puerta la melena rizada de María, que, seguro, venía a torturarla.

—¡Qué pasada! ¡Vaya bailecito os habéis marcado! La temperatura en el local por lo menos ha subido diez grados. Estás lanzada.

—No me estropees el momento, pelmaza. Ni se te ocurra pensar que me voy a poner ahora a examinar mis sentimientos. Martín me atrae y me lo voy a intentar pasar bien. Lo demás, ya se verá.

—Bueno, bueno. Usted perdone, señorita, que me voy a pintar los morros y salgo para ver si, observando, Antonio y yo nos inspiramos.

Al quedarse sola otra vez, inhaló y exhaló despacio para poder serenarse. Se sentía como si estuviera al borde un precipicio dispuesta a saltar. Una mezcla de inquietud y ansiedad por lo que estaba segura que iba a pasar la invadía.

Estaba muy excitada, y eso que solo habían bailado. Con pensar que podía ocurrir algo más, hacía que le palpitara el vientre de deseo.

Se tomó su tiempo y no se acobardó. Martín le atraía mucho y necesitaba desesperadamente abrir un paréntesis en su vida sin pensar en las consecuencias. Cuando le pareció que había recuperado algo el control, regresó. Al acercarse al grupo, vio que Ignacio y Pilar se estaban despidiendo. Le hicieron prometer que se volverían a ver pronto. Antonio y María estaban entregados al baile, por lo que no le quedó más remedio que sentarse al lado de Martín, que no tardó en pasarle el brazo por los hombros para acercarla más a él. Su mirada era como las brasas de una hoguera cuyos rescoldos daban mucho calor.

—¿Te vienes a mi casa? —le susurró con voz ronca.

Ella lo miró y solo fue capaz de asentir. Estaba dispuesta a quemar las naves. Sara sintió el momento en el que a Martín se le rompió el hilo invisible que lo estaba conteniendo y se agachó para besarla. La presión de sus labios sobre los de ella la estremeció hasta el tuétano. Dejó de oír la música, solo sentía los labios de Martín ahondando el beso. El calor de sus bocas, el roce de sus lenguas la llenó de placer, haciendo que ella le respondiera apasionadamente, sin reservas.

—Marchémonos, porque si no, no controlo lo que aquí ocurra. Estoy al límite. Te deseo muchísimo.

Sara reunió fuerzas para levantarse. Las palabras de Martín lograban que le temblara el cuerpo de antelación. Se despidieron de Antonio y María con un saludo desde lejos y salieron.

El recorrido al *parking* de casa de Martín se le hizo corto. Durante el trayecto sus manos se entrelazaron, posadas en la palanca de las marchas. La tensión sexual entre ambos crepitaba en el ambiente. Entraron en el lujoso ascensor que los llevó directamente hasta el rellano del ático donde vivía. Era sencillo y elegante.

Nada más traspasar el umbral, Sara tropezó con sus pies. «¡Qué patosa soy!

¡Esto me supera!»». Le entró un ataque de pánico.

Martín, sin dudarlo, la cogió en brazos. Alzándola, la llevó hasta su habitación. La depositó con cuidado en la amplia cama de matrimonio y la descalzó, haciendo él lo mismo. Sara no le quitaba ojo de encima sin poder dejar de admirar su cuerpo. Él le sostenía la mirada mientras se desabrochaba la camisa y la arrojaba a un lado. Se tumbó a su lado, apoyado sobre un codo.

—Sara, me vas a matar. Estoy muy excitado. No veo el momento de estar dentro de ti —le dijo acariciándole la mejilla.

—Hace mucho tiempo que no estoy con nadie. Espero no defraudar tus expectativas. —Casi no le salía la voz del cuerpo.

—No puedo creer que estemos aquí, juntos. Déjame que intente darte placer —le dijo mientras la volvía a besar y le acariciaba el pezón por encima del vestido.

El corazón le retumbaba en los oídos como un tambor. Martín la hizo girarse un poco en la cama. Le desabrochó la cremallera y el sujetador por la espalda. Le bajó la ropa hasta la cintura dejando al descubierto los pechos redondos y perfectos. A él se le escapó un siseo al contemplarlos. Su respiración se tornó más pesada. Sara notaba cómo crecía su anhelo. En ese momento, fue como si la ola de deseo que los envolvía hubiera roto el dique con su empuje.

Ella le respondió sin reservas acariciando su torso fuerte y musculoso, el corto pelo rubio ceniza... hasta que todo fueron besos, ternura y placer. Ambos querían aprenderse el mapa del cuerpo del otro. El anhelo volvía todo confuso y desordenado. Les impedía tomarse las cosas con más calma.

Martin la desnudó por completo sin dejar de acariciarla. Buscó con los dedos su punto más sensible entre los rizos de sus muslos, donde la frotaba y pellizcaba suavemente mientras no paraba de besarla. Sara notaba cómo la excitación se acumulaba en su vientre, anudándose cada vez más fuerte. Un grito ahogado salió de su garganta cuando llegó a la liberación y todo estalló en mil pedazos a su alrededor. Sacudidas del placer más salvaje la

envolvieron por completo.

Martín alargó el brazo hacia el cajón de la mesita de noche. Sacó un paquete de condones; rasgó el envoltorio de uno con los dientes y se lo puso mientras se desprendía de la ropa, como dándole tiempo a ella para que lo asimilara.

Antes de que recuperara la cordura, la penetró con una sacudida empezando a moverse suavemente al principio; poco a poco las acometidas fueron haciéndose más fuertes. No podían dejar de acariciarse. Cuando ya le parecía que había llegado al límite de sus fuerzas, Martín se vació dentro de ella con un ronco grito, mientras ella lo acompañaba, de nuevo, con un segundo orgasmo.

No querían separarse, ni moverse. Era demasiado placentero sentir piel contra piel. Al rato, él se quitó de encima suavemente y se deshizo del preservativo en el cuarto de baño. Volvió al lecho y la abrazó con fuerza.

—Ha sido fantástico —le dijo con voz rota.

—Para mí también ha sido fabuloso —repuso Sara mientras se le cerraban los ojos y se quedaba dormida.

Se despertó desorientada. No sabía qué hora era. Parecía de madrugada. Todo estaba oscuro y no había ruidos que para ella fueran familiares, excepto la respiración pausada a su espalda. Se sentía a gusto y calentita. El tupido vello del pecho de Martín le hacía cosquillas en la espalda. Él la envolvía con un abrazo absorbente, como si quisiera impedir dejarla marchar, que se fuera.

A Sara se le llenaron los ojos de lágrimas cuando los recuerdos se agolparon en su mente. Hubiera deseado romper a llorar, pero hizo un esfuerzo y se tragó las ganas. No quería despertar a Martín y tener que empezar a dar explicaciones que, ni quería, ni estaba en disposición de dar. Hacía mucho tiempo que no se permitía un rato de felicidad. Mucho tiempo que nadie la acariciaba ni le hacía sentirse querida y apreciada. Eso le produjo pena porque ahora se daba cuenta de a qué había estado renunciando, pero no deseaba perder el control ni dejar que nadie se acercara tanto. Eso supondría

ser de nuevo vulnerable y abrir la posibilidad de que le hicieran daño. Inexplicablemente había dejado que sus defensas bajaran y Martín le había proporcionado un remanso de felicidad, pero necesitaba volver a su vida ordenada, sin sobresaltos, donde ella lo tenía todo bajo control. Sus responsabilidades y la contención eran lo único que la había ayudado a superarse en los momentos más difíciles de su vida durante todos esos años.

Con mucho cuidado, se fue liberando de su abrazo sin que se despertara. Recogió la ropa desperdigada y se vistió. Se ató la melena en una coleta con una goma que encontró en el bolso. No quería arriesgarse a despertarlo entrando en el baño.

Antes de marcharse, se volvió para contemplarlo. Dormido parecía más vulnerable, sus pestañas negras, más espesas. El dorado torso delineado por los músculos evidenciaba el ejercicio físico. Era un placer contemplarlo. Sintió un tirón en el corazón que ignoró.

Descalza, con los zapatos en la mano, salió del cuarto y del piso. Llegó a la calle alzando la mano al ver que un taxi se acercaba.

Así, sigilosamente, como un ladrón que escapa con gran destreza, volvió a su vida.

CAPÍTULO 2

«El clavo. No me extraña que lo llamen así», pensó intentando abrir un milímetro los ojos para dejar entrar un resquicio de luz. Eso era lo que sentía: un clavo punzante que le taladraba la cabeza.

Sara fue tomando consciencia de su cuerpo como la que resucita de un accidente, con lentitud. Estaba concentrada decidiendo si su estómago revuelto resistiría o, simplemente, si debía ir a vomitar al cuarto de baño. Lo cierto es que no se había emborrachado, pero el corazón le pesaba cada vez que una pequeña ventana se abría en su cabeza para dejar pasar atropelladamente los recuerdos, cerrándola de golpe porque no estaba preparada para enfrentarse a ello. No sabía con certeza si le había merecido la pena pasarlo tan bien. Se sentía viva, aunque su cuerpo protestara haciéndoselo pagar. El corazón le latía ligero, sin peso alguno. Algo, quizás, parecido a la ilusión la embargaba.

Decidió guardar los recuerdos en un delicado recipiente de cristal que abriría cuando ella quisiera, para desgranar, como si de un tesoro se tratase, la vivencia más bonita que había tenido en mucho tiempo. Luego, lo volvería a depositar con cuidado en un rincón de su corazón, junto a sus cicatrices, para poder recordar el porqué estaba allí tan celosamente arrinconado.

A pesar de los pesares, se levantó de su amplia cama de matrimonio. Cruzó la habitación y se dio una reconfortante ducha en el cuarto de baño adyacente. Abrió las puertas lacadas en blanco del armario y eligió unos vaqueros con una camisa de flores y un *blazer* azul marino. Se calzó unas cómodas

manoletinas puesto que todavía le ardían los pies del día anterior.

Al salir del cuarto, enfiló el largo pasillo hacia el recibidor que separaba la cocina del salón. Preparó la cafetera bien cargada de café y se dispuso a revisar la agenda en su tableta. La larga melena se le fue secando mientras se lo tomaba a sorbitos.

Alzó la vista mirando, para contemplar como si fuera la primera vez, el salón de su casa. Le gustaba. Era un apartamento de sesenta metros cuadrados, luminoso y bien situado en el centro de Madrid que todavía estaba pagando poco a poco. El tresillo blanco ocupaba el centro de la habitación enfrente al televisor. Una alfombra turca de alegres colores hacía juego con las cortinas de flores. Le encantaban, era la tonta de los estampados. El mueble más bonito del piso era, sin lugar a dudas, la cómoda panzuda que presidía silenciosamente desde un lateral. Había sido de su abuela y ella la adoraba. Le daba un toque de distinción a la vivienda, porque eso era lo que tenía: mucha clase.

Después de media hora perdida en sus pensamientos, no le quedó más remedio que dejar la taza en el fregadero. Abrió el frigorífico y cogió una manzana antes de salir a la calle. Estaba segura de que iba a necesitarla dentro de un rato, porque, en ese momento, el estómago lo tenía cerrado a cal y canto.

Sara solicitó un transporte con Uber. No tenía ganas de sacar su pequeño Smart de la plaza de garaje. Tampoco de coger el transporte público. «Un día es un día. Si no, ¿para qué estoy partiéndome el lomo trabajando?». Observó acercarse el vehículo y, tras comprobar que tanto el chófer como la matrícula eran los correctos, se subió y le dio la dirección de su oficina.

Al llegar, saludó a Clara, su más estrecha colaboradora. Secretaria y mano derecha. La vida de Sara era mucho más fácil desde que había entrado a formar parte del equipo.

—Buenos días, Clara. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien. Tranquilo, en familia. ¿Y el tuyo? Te veo un poco perjudicada. —

Una amplia sonrisa iluminaba sus ojos claros.

—Qué graciosa. Sí que lo estoy. Creo que mezclé mucho ayer. Tengo el estómago como una lavadora

—Bueno, eso pasa hasta en las mejores familias.

—¿Qué es lo que ocurre hasta en las mejores familias? —Una voz masculina formuló la pregunta en voz muy alta a través de la puerta entreabierta de su despacho.

«Lo que me faltaba». Sara puso los ojos en blanco e inspiró para coger fuerzas.

—Buenos días —saludó mientras terminaba de abrir la puerta de su despacho.

Alfonso García, era su socio desde hacía diez años en *dulceysalado* la empresa que ambos habían creado. Servían comida a domicilio a ejecutivos y trabajadores; también a cualquiera que necesitara comer sano, casero y no le diera tiempo a buscarlo. Alfonso la esperaba leyendo una revista gastronómica, sentado en su silla con los pies encima de su mesa.

—Quita los pies de mi mesa inmediatamente. Me da mucha rabia que hagas eso. —Se puso en jarras apretando los labios.

—Pero bueno... Tenemos aquí a la reina de la fiesta de anoche, ofendida ¡Por fin ha llegado! —Con voz socarrona, dejó la revista a un lado—. Yo aquí, esperando, comiéndome las uñas de impaciencia, y me encuentro a una zombi ojerosa y con malas pulgas. —Eso lo decía, el muy cínico, mientras contemplaba su impecable manicura.

Sara sonrió. Le hacía gracia porque no tenía vergüenza. Alfonso siempre conseguía aligerarle el corazón. Sus oscuros ojos taladraban a Sara expectantes. La luz de la ventana que tenía a su espalda le arrancaba destellos a su cabello negro y ondulado. A esa hora de la mañana iba perfectamente arreglado con unos pantalones grises y un chaleco fino de lana negra, ajustado a su delgado pero atlético cuerpo. Siempre iba muy elegante cuando no llevaba la chaquetilla de chef puesta, ya que era el encargado de toda la

parte de cocina del negocio.

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó con voz cansada—. Seguro que María o algún otro *pajarito* te habrán contado algo.

—Solo sé que... —Hizo una pausa para darse importancia—. Parece ser que... ligaste anoche. ¡Qué emoción! —continuó sin dejar de hablar—. No puedo de la impaciencia para que me lo cuentes todo—. Se levanto y rodeó la mesa para acercarse a ella y abrazarla.

«Olía a limpio, a Alfonso», pensó aspirando su aroma con los ojos cerrados. «Era como estar en casa».

—Te lo cuento a cambio de un zumo y una magdalena. —Parecía que su cuerpo iba cobrando vida—.

Se lo detalló todo. No se dejó nada en el tintero. Alfonso y María eran sus grandes amigos. Ambos la ayudaban a seguir con la lucha del día a día. Eran como familia para ella.

—Esto prometo —le dijo Alfonso acercándose a la ventana—. Ojalá encontrara yo a alguien que hiciera despertar esos sentimientos en mí.

—Parece que no me has oído cuando te he dicho que no lo voy a volver a ver. No estoy preparada para dejar entrar a nadie en mi vida, y no sé cuándo lo estaré.

—Lo que tú quieras. Ya pensaba que tu corazón era una pasa marchita y, mira por dónde, me llevo la sorpresa de que todavía siente. —El gran revoloteo de manos mientras hablaba delataba la alteración que sentía.

Sara miró su reloj de pulsera y observó que ya había transcurrido una hora.

—Ya es tiempo de que empecemos a organizar el trabajo de la semana. Es tardísimo.

Antes de que Alfonso pudiera contestar, empezó a sonar el teléfono de la mesa del despacho. Le echó un vistazo a la pantalla y vio que era su línea privada la que seguía sonando con insistencia. A Sara se le cambió de golpe la cara. Cogió el auricular tras dirigirle a Alfonso una mirada de disculpa.

—Hola, Sara.

—Hola, mamá. —Alfonso la miró, encogiéndose de hombros, mientras se despedía de ella con la mano—. ¿Cómo estás?

—Pues regular. Llevo intentando llamarte mucho tiempo, pero entre una cosa y otra, nunca veo el momento oportuno de hacerlo.

«Estoy estupendamente. Lo que pasa es que ya se me está agotando la mensualidad y quiero que me mandes dinero, por eso te llamo», traducía su mente al instante.

—Bueno, mamá, estoy bien, si es eso lo que te preocupa.

—Me alegro, hija. Me figuro que no pararás de trabajar. Me doy cuenta porque nunca tienes tiempo para llamarme.

«Empezamos con los reproches. Todavía no me ha preguntado ni cómo estoy. No sé qué es lo que espero; nunca lo hace».

—¿Cómo están mis hermanas? Sé de ellas por el WhatsApp. No les habrá sucedido nada malo, ¿no?

—No, para nada. Están bien. Teresa va bien en los estudios. Elena, en el instituto, parece que está contenta.

«O sea, que no les ve el pelo, como siempre. No tiene ni idea. No creo ni que sepa en qué curso están.»

—Pues, mamá, te voy a tener que dejar. Estoy un poco ocupada. —Hizo un amago de cortar la conversación, aunque sabía que todavía no le había revelado el origen de la llamada.

—Hija, no sé cómo decírtelo, pero se nos ha estropeado la lavadora y he tenido que comprar una nueva. Además tus hermanas me piden dinero continuamente y, en fin, que estoy apurada y no llego a fin de mes.

No sabía la causa pero siempre, en el fondo de su corazón, deseaba equivocarse, que algo cambiara. Cada mes, su decepción era un poco más profunda como si una nueva piedra engordara la mochila que llevaba auestas y le hiciera más complicado el seguir adelante. No podía remediarlo.

—Mamá, todos los meses te pasa algo. Si no es la lavadora, es el lavaplatos y, si no, la televisión. El jugar a las cartas y tomarte copas con tus amigas...

Eso no te lo quitas, ¿verdad? —Los ojos se le empañaron.

—Hija, qué desagradable eres. Pensar que te he criado sin que te falte de nada. He dedicado los mejores años de mi vida a cuidar de tu padre (que en paz descanse) y de vosotras —le dijo Carmen con voz lastimera.

Ya no podía más. No le quedaban fuerzas para luchar contra ella. Se sentía como un boxeador al que le habían dado una paliza en el cuadrilátero. Herida, agotada y sin fuerzas.

—Mamá, te voy a transferir dinero, pero no me vuelvas a llamar para pedirme más —le contestó con tono seco y contenido

—No puedo creer lo que estoy oyendo. Eres egoísta hasta límites insospechados. Ganas un montón de dinero y no quieres compartir nada con la familia, que pasa apuros. Ya llegará tu hora.

—Mamá —la cortó tajante—, como sigas por ahí, te cuelgo. Ya te he dicho que te voy a dar dinero. No tengo por qué aguantar que encima me insultes.

—Bueno, pues que sigas bien, hija. Ya nos veremos.

Colgó el teléfono. Le temblaba el pulso de pura rabia. No aguantaba a su madre. A su modo de ver, desde pequeñas las había maltratado psicológicamente y manipulado. No era una buena madre, porque ella solo pensaba en su propio bien. Sara había intentado muchas veces distanciarse, pero también estaban sus hermanas, a las que quería. En el fondo de su alma sabía que como desconectara, acabaría mal, y eso le creaba mala conciencia.

—¡Mierda! —se desahogó en voz alta, y se levantó en busca de Alfonso para planificar la semana.

CAPÍTULO 3

Estaba solo. Antes de abrir los ojos lo notó en el aroma imperceptible del aire, en el silencioso sonido de la casa, de su propia respiración... Se incorporó como si le hubiera picado un bicho

—¿Sara?

Silencio. Se levantó y se asomó al cuarto de baño. Desnudo, se encaminó por el pasillo hacia el salón y la cocina. Mucho antes de constatarlo lo sabía: se había marchado. Buscó la hora en el reloj que colgaba de la pared y eran las siete de la mañana. Había dormido como hacía años, profundamente y sin interrupciones. Se estrechó el puente de la nariz con la mano mientras cerraba los ojos. Un peso se había instalado en su corazón. Desanduvo el camino y se tumbó boca arriba en la cama mirando hacia el techo: necesitaba poner en orden sus ideas.

Se había fijado en la chica más guapa de la fiesta. A través de un resquicio que descubrió entre las plantas del parterre, había observado con detenimiento, su larga melena castaña que lanzaba destellos cobrizos al moverse bajo las luces de la noche; sus ojazos del color de las aceitunas, unas veces marrones, otras verdosos; su cuerpo de infarto que se tensaba como una cuerda de violín con cada impertinencia de Mónica, la cargante última conquista de su amigo Curro.

Se deleitó al ver las expresiones de su rostro y el enfado que había ido acumulando. Admiró todo el rato su cuerpo, cubierto por un traje negro con cuello bebé que le sentaba de maravilla. Solo la adornaban unas perlas

blancas en las orejas y su forma de actuar, de reaccionar lo atrajeron como un imán. Era todo un carácter y le pareció deliciosa.

Vio cómo hablaba con su amiga y cómo se acercaron a ellos. Nada de lo que ocurrió lo cogió desprevenido. Tuvo que retener una carcajada cuando le contestó a Mónica, y no pudo dejar de reír abiertamente cuando recordó cómo le tiró la copa encima de la camisa.

Tuvo muy claro que la noche no acabaría sin que la conociera más a fondo porque le resultó irresistible. Acababa de llegar de permiso y no se le pudo ocurrir un mejor recibimiento que conocerla, o eso pensó en un principio.

En ese momento, el impacto de la ausencia de Sara, lo golpeó con fuerza. No podía creer que lo hubiera abandonado de esa manera, después de lo que habían compartido; sin una palabra, un gesto..., nada. Se sentía como si lo hubieran pisoteado, maltratado. Lo había tratado como un clínex; de usar y tirar.

Volvió la vista y la fijó en la almohada que habían compartido. Aún conservaba la forma que delataba su paso por allí. Un agradable olor a rosas penetró por sus fosas nasales. Inspiró y cerró los ojos: Sara... Con ella se sintió vivo después de mucho tiempo. Recordó lo suave que era su boca y deseó tanto volver a besarla, que tuvo que recurrir a los años en los que había aprendido a reprimir sus emociones e, incluso, ser capaz de poner al mal tiempo buena cara.

La rabia lo iba invadiendo a patadas. No se podía creer su falta de sentimientos. Una niña malcriada, eso es lo que era. Creyó ver algo más en ella, pero estaba claro que se había equivocado. Era como tantas otras.

Martin recordó a Penélope. Hacía tiempo que no pensaba en ella. Cuando era más joven y estaba en la escuela naval de Marín, lo creyó tener todo: una profesión que le gustaba, unos padres cariñosos a su manera y unos amigos estupendos. A Penélope la conocía desde niño. Sus familias se trataban y, con la edad, se sintieron atraídos. Una cosa llevó a la otra: se hicieron novios. Ambas familias estaban felices. Su dolor fue infinito cuando descubrió,

durante uno de sus permisos, que ella lo engañaba. De él solo le interesaban su nombre y posición, ya que él era aburrido, previsible y pesado. Así se lo dijo. Se alegraba mucho de que la experiencia le hubiera abierto los ojos. «Nadie escarmienta en cabeza ajena», se dijo. Desde entonces solo se presentaba como capitán de corbeta. No quería que lo asociaran a su familia.

Se sentía como si un tsunami, al pasar, le hubiera arrasado el alma y dejado solo el cascarón. Lo cierto era que a lo largo de su vida siempre se había sentido solo. Se crio interno y con el servicio porque su padre estaba dedicado en cuerpo y alma a sus empresas; su madre, a su padre, viajando y con una actividad social muy intensa. Nunca pudo encajar en sus vidas. El pozo oscuro y profundo de la soledad se fue llenando, con la edad, del afecto hacia sus amigos y su profesión. Era feliz ayudando a los demás y, si llegaba el caso, defendiéndolos. Su vida le satisfacía por entero.

Algo en el suelo le llamó la atención. Se levantó a cogerlo. El corazón le saltó un latido en el pecho. Tenía en sus manos una horquilla de la que pendía en un extremo una pequeña mariposa multicolor. Sus delicadas alas se balanceaban suavemente con el movimiento. «Seguro que se le cayó del bolso al marcharse». Se le antojó muy natural que tuviera un objeto así. Se giró y lo enganchó en la pantalla de la lámpara en su mesita de noche.

Oyó la melodía de su teléfono móvil por algún sitio del cuarto. Lo buscó entre su ropa desperdigada por el suelo y lo sacó del bolsillo de sus pantalones.

—Martín, hijo. —La voz de su madre sonaba débil, como sin fuerzas.

—¿Qué ocurre, mama? —se preocupó.

—Hijo, ven a casa, por favor. Tu padre ha sufrido un ataque. He llamado a la ambulancia y están de camino.

—Espérame, que voy para allá. —El corazón de Martín corría como un caballo de carreras. Sentía el golpeteo insistente en su pecho.

En su moto de gran cilindrada, cruzó la ciudad como alma que lleva el diablo. Un sentimiento premonitorio de pérdida le inundaba la mente. No

sabía qué pensar, estaba muy preocupado. Llegó a la mansión de Puerta de Hierro donde residían sus padres en tiempo récord. Aparcó la moto en la puerta y entró. La ambulancia ya había llegado.

Subió los escalones de la casa de dos en dos, buscando a su madre entre todas las personas que iban y venían. Por fin la encontró en la puerta de su dormitorio hablando con don Julián, el médico amigo de la familia de toda la vida. Su madre se abrazó a él llorando. La rodeó con sus brazos susurrando palabras de consuelo.

—Sé fuerte, mamá —la arrullaba. Miró al médico interrogándolo con los ojos. Había pesadumbre en ellos.

—Martín, a tu padre le ha dado un ictus. Van a trasladarlo al hospital para evaluar los daños y tenerlo en observación. Hay que confirmarlo —informó don Julián en tono profesional.

—Mamá, lo ayudaremos a salir de esta. No llores, que ya verás cómo mejora —la consolaba con el corazón en un puño.

Después de un espantoso día de idas, venidas y esperas interminables, por fin habían dejado a su padre descansando en la UCI. El peligro había pasado y, con un tratamiento adecuado, podría salir al día siguiente.

Martín se estaba tomando una copa en el salón de casa de sus padres, cuando vio que su madre traspasaba la puerta. Sus grandes ojeras y el andar encorvada hacia delante, delataban su cansancio.

Doña Belén Madrazo se conservaba bien a sus setenta y ocho años de edad. Tenía buenos reflejos y calidad de vida, que aprovechaba ocupada en proyectos sociales para ayudar a los más desfavorecidos. Morena y con buena presencia, hacía eco del popular refrán: «Quien tuvo, retuvo». Con andar cansado se sentó y le pidió una copa a su hijo.

—Que sea doble ración de *whisky*, hijo. Creo que me lo he ganado.

—Mamá, seguro que te lo ha prohibido el médico —bromeó con ella intentando quitar tensión en el ambiente.

—A estas alturas no me vas a cambiar, tunante. Ponlo cargadito que lo necesito.

Martín le acercó el vaso a la butaca donde había tomado asiento con una sonrisa en los labios. Le ofreció un brindis:

—Por papá, que ha salido de esta. Para que se recupere lo mejor posible. — Su madre chocó el vaso.

—Tenemos que hablar, hijo. —Apoyó la cabeza hacia atrás en el respaldo del sillón y cerró los ojos—. He estado pensando y creo que ha llegado la hora de que vayas sustituyendo a tu padre. Estas largas ausencias tienen que acabar. Quizás esté llegando la hora de retirarte de la armada; o bien, de que pidas un destino cerca para poder ayudarlo.

A Martín el alma se le cayó a los pies. Siempre había sabido que este momento llegaría pero, aun así, le sorprendió. Uno nunca está preparado para lo inevitable. No creía poder salir incólume de esa situación. Por un lado, siempre supo que tendría que hacerse cargo de una existencia que él no había diseñado. Era la de su padre. Por otro, su corazón temía estar a la altura de la circunstancias; los negocios familiares eran demasiados complejos. Había vivido ajeno a todo y ahora su mundo se derrumbaba. Se asfixiaba en Madrid donde todo era tan previsible. Su futuro era como un sudoku. No le gustaba.

—Mamá, vosotros habéis disfrutado de vuestra vida y yo tengo la mía propia. Sabes que a papá nunca le gustó tenerme cerca.

—Eso no es verdad, hijo. —Un largo suspiro salió de su pecho—. Para tu padre no hubiera habido mayor orgullo que trabajar junto a su único varón, pero sois muy parecidos. Tenéis caracteres fuertes y mucha personalidad, por eso chocáis.

—Mamá, no vamos a discutir ahora. He captado el mensaje y estaré para lo que necesitéis, como siempre. Vamos a esperar a ver cómo evoluciona papá y volvemos a hablar, ¿vale? —Se frotó la nuca con gesto cansado. Una voz

interior le advertía que su padre tendría secuelas, que era muy difícil salir airoso de esa prueba sin consecuencias. Rezó interiormente para que todo fuera bien para él y no tuviera mala calidad de vida.—Me parece muy bien.—Le dio un largo sorbo al vaso—. Pero me gustaría pedirte un favor. Ya sabes que soy la presidenta de la Asociación de Niños con Síndrome de Down. La observó levantarse y acercarse a su bolso arrastrando los pies. Después de unos minutos rebuscando en su interior, cogió una tarjeta y se la tendió.

—Este año no podré ayudar a preparar la fiesta que celebramos en casa todos los años para recaudar fondos. Te pido que me sustituyas y hagas todo lo posible para que salga bien. Este es el contacto de la persona en la empresa de *catering* que colabora con nosotros.

Martín estiró la mano cogió la tarjeta. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo cuando leyó su nombre en ella.

«Sara Gómez. Directora comercial de *dulceysalado*».

Por primera vez en la jornada sus labios esbozaron una sonrisa. Después de todo, el día no iba a terminar nada mal.

CAPÍTULO 4

Martín llegó al punto de encuentro en el parque del Retiro. Curro e Ignacio ya estaban allí, haciendo ejercicios de estiramiento. Hacía años que tenían acordado correr los tres juntos todos los fines de semana a las ocho de la mañana. Cualquiera de ellos que pudiera acudir a la cita, lo haría.

Esta era a la primera que acudía desde hace seis meses. Había estado embarcado en la fragata Santa María, patrullando el océano Índico en la misión Atalanta contra la piratería internacional, dentro de las acciones de la ONU. Su función como segundo oficial de abordaje consistía en reemplazar al capitán en el mando cada vez que se lo requirieran, así como asistirle en todo momento. A veces tenía nostalgia. Lo que más echaba de menos eran las guardias en el puente de mando. La paz que sentía durante las madrugadas en vela no era comparable con nada. Le gustaba contemplar cómo la oscuridad más intensa se iba destiñendo, gradualmente, en diferentes tonalidades: azul, añil, malva, rosa... hasta que los primeros destellos plateados llegaban con las luces del alba; el continuo murmullo del mar al golpear el barco navegando; su atronador rugido cuando la tempestad arreciaba; el compañerismo. Allí era donde había conocido a Ignacio y Curro, sus mejores amigos.

Todavía recordaba cómo congeniaron al llegar cuando eran unos jovencísimos guardiamarinas en la escuela naval de Marín. Siempre fueron superando todos los cursos apoyándose mutuamente. Se habían divertido y trabajado juntos. También, embarcado en el Juan Sebastián Elcano, el buque

escuela de la Armada, en su viaje de prácticas alrededor del mundo. Todos esos años se había fraguado una amistad entre ellos muy fuerte. Para Martín era lo más importante después de su familia.

Ahora, el cambio de vida durante el par de meses que estaría en Madrid, antes de que le dieran nuevo destino, también era bienvenido. Además, estaba preocupado por sus padres.

—Buenos días —saludó dejando atrás los sombríos pensamientos.

—Buenos días, Martín. ¿Cómo está tu padre? —Ambos se interesaron.

Se unió a ellos en el calentamiento mientras les explicaba que su padre estaba mucho mejor. Le habían quedado secuelas en algunos movimientos y hablaba con algo más de torpeza, pero le recomendaron fisioterapia. Aunque era todo muy reciente, ya se notaba alguna mejoría.

Después de quince minutos de intensos estiramientos, los tres se pusieron los cascos y echaron a correr. Tenían un circuito hecho que duraba aproximadamente una hora. Todos gozaban de una constitución física envidiable ya que la habían cuidado a base de deporte. Martín se quedó un poco rezagado eligiendo lo que iba a escuchar mientras corría; según su estado de ánimo, variaba. Algunas veces era la radio, otras practicaba alemán; esta vez, eligió el concierto de Aranjuez. Necesitaba la tranquilidad que le transmitían los acordes de la guitarra.

Delante de él trotaba Curro. De constitución robusta, su cuerpo se asemejaba a un gran tronco de árbol fuerte y nudoso, sin embargo era cálido y agradable. Siempre estaba a tu lado cuando lo necesitabas. De él tenía que destacar el gran padre que era... aunque estaba divorciado desde hacía cinco años de su mujer, Marta, con la que había tenido tres hijos: Currito, Pepe y Antonio. No pasaba día que no fuera a verlos, pendiente de sus necesidades. Se había quedado en Madrid, en el ministerio, por estar cerca de ellos. Eran su pasión. Muchas veces los acompañaba en sus planes los fines de semana.

En su contra, tenía que recalcar, que era un auténtico juerguista y mujeriego. No había semana que no tuviera una conquista nueva. Lo llevaba

en su ADN, no lo podía remediar. Desde luego, aunque fuera buena persona, no había mujer que lo aguantara.

Ignacio, desde su punto de vista era el más equilibrado de los tres. Alto y moreno pero de constitución fibrosa, estaba casado con Pilar y era padre de dos hijos: Paloma e Iñigo. Él lo tenía todo, era buen padre, hijo y marido. Su madre siempre lo había dicho: los buenos hijos, normalmente, serían magníficos padres y esposos. Toda la vida pensó que eran bobadas, pero con el transcurrir de los años, quizás, algo de razón llevaba.

Recordó a Sara. La tenía grabada con tinta indeleble. No había vuelto a saber nada de ella. Llevaba clavada la decepción en el corazón. Realmente se había pasado la semana apagando fuegos: hablando con los médicos, organizando la recuperación de su padre, tranquilizando a los principales colaboradores del negocio... Miró el reloj de muñeca y vio que ya eran las nueve. Como un equipo bien sincronizado, enseguida enfilaron la salida de la calle Alcalá, hacia una cafetería donde siempre desayunaban.

El ruido le impactó. Estaba llena de clientes y todo el mundo hablaba a la vez, querían desayunar rápido para seguir con sus quehaceres. La actividad era frenética entre el chocar del vidrio y tazas, el molinillo de la máquina de café y el ruido de la leche al calentarse. Saludaron a la dueña que estaba en la barra, pero se fueron derechos al baño. Allí se refrescaron y se cambiaron la camiseta de deporte, por una limpia. Ya habían guardado allí las cosas con antelación.

Estaban dispuestos a disfrutar de un desayuno monumental rodeados de cafés, zumos y tostadas, sentados en una mesa de la terraza donde podían gozar de un poco más de tranquilidad.

—Bueno, Martín, cuéntanos cómo te fue el fin de semana pasado con Sara. No creas que no nos hemos dado cuenta de que no has soltado prenda.

—Ignacio esbozó una pícaro sonrisa mientras untaba la tostada.

—Lo estaba esperando de Curro, no de ti. —Puso los ojos en blanco—. Eso es traición.

—Yo diría alta traición —le siguió la broma Curro—. ¿Le formamos un consejo de guerra?

—El consejo se lo vamos a formar a Martín si no nos cuenta nada, miserable traidor. —Ignacio le tiró un trozo de pan a Curro.

—Eso, eso... Cuenta. —Curro sonrió.

—Sois dos viejas cotillas, y no hay nada que contar. La acompañé a su casa, y eso fue todo. —No le costó nada mentirles. No pensaba reconocer su fracaso ante ellos ni tener que darles explicaciones. Sería demasiado humillante.

—¡No me lo puedo creer! —Ignacio abrió mucho los ojos—. Pero si cuando nos despedimos te estabas marcando un baile de alto voltaje. No puede ser...

—Pues que sepáis que me rajé. Me gusta, pero no quiero iniciar relaciones complicadas. No lo vale tanto.

Curro e Ignacio intercambiaron miradas. Conocían a su amigo lo suficiente y sabían cuándo se cerraba en banda. Martín pensó que era hora de lanzar un buen contraataque.

—¿Qué tal está tu “*Barbie educada*”, Curro? Hay que ver la que formó en la fiesta. ¿No puedes ser un poco más selectivo?

Los tres prorrumpieron en carcajadas a la vez. Se estaban acordando del bochorno que habían pasado.

—¡Qué barbaridad! Yo apenas podía contener la risa y, a ratos, las ganas de estrangularla. ¡Qué mujer! —se lamentó Martín.

—Pues a mí también me pasaba lo mismo. —Curro no paraba de reírse.

—Me apuesto lo que quieras a que solo pensabas en el polvo que ibas a echar. —Ignacio tamborileaba en la mesa con desesperación.

—Soy culpable. —Curro levantó un brazo—. La noche fue memorable.

Algo se removió en el interior de Martín. Los recuerdos lo embistieron como una gran marea. Se obligó a recordar que a ella no le importaba nada, que lo había ignorado, como si no existiera.

—Aquí tierra... —Curro chasqueó los dedos frente a su nariz.

Martín sonrió. No había quien pudiera con él.

—No olvidéis que esta semana hemos quedado para ver el partido de la *Champions* en mi casa —les recordó Curro mientras pagaban la cuenta—. Solo tíos.

Ignacio y Martín compartieron mirada ¿Solo tíos?... Eso habría que verlo. Ya verían con lo que se encontraban. Los tres se despidieron afectuosamente.

CAPÍTULO 5

Los jueves de cada semana, Sara se encargaba de llevar la comida a la Asociación de Niños con Síndrome de Down. Alfonso y ella habían empezado a colaborar con ellos desde hacía cinco años. Esperaba esos días con impaciencia porque disfrutaba de cada momento cuando estaba en su compañía. Normalmente, reservaba toda la jornada, algo gordo tenía que pasar para que lo anulara.

Aparcó la furgoneta de repartos de la empresa cerca de las cocinas. Dio un pequeño toque con el claxon y, enseguida, vinieron para ayudarla a descargar.

—Hola, Sara —la saludó Inés. Era la directora de la asociación. Le dedicaba muchas horas y energía.

—Hola, guapísima. —Se abrazaron afectuosamente. Olía a pegamento.

—Acabo de salir de la clase de Plástica y me he puesto perdida. Ya sabes cómo son.

—Sí. Estoy deseando verlos.

—Pues pasa, que falta poco para que empiecen a recoger antes de ir al comedor. Hay cierta personilla que ya te está echando de menos.

Sara entró con paso ligero al amplio *hall* de la entrada. Lo cruzó y se paró ante una puerta pintada de verde. Se asomó por el cristal de la parte superior desde donde podía observar el interior de la clase. Una oleada de ternura la invadió. Había doce niños de diversas edades con delantales de alegres colores. Acudían a la asociación para aprender a interactuar socialmente.

Además, allí tenían profesorado especializado, y a muchos de ellos les venía muy bien para avanzar y desenvolverse mejor en el complicado mundo en el que vivían. La encargada de impartir las clases, Claudia, la vio y sonrió.

Empujó la puerta y entró en silencio, saludándola con la mano. Enseguida, todas las cabecitas se irguieron y comenzó la algarabía.

—Saraaa. —Dos o tres pequeños la rodearon intentando llamar su atención y enseñarle sus dibujos.

Tuvo palabras amables con todos. A cada uno lo fue escuchando, y conversó con ellos. Mientras tanto, no se le pasó por alto que una personita seguía con su tarea como si no fuera consciente de su presencia.

—Hola, Patricio, ¿qué estás dibujando? —Se aproximó por detrás le besó la mejilla—. Olía deliciosamente a bebé grande. —¡Ahí va, que coche tan bonito! ¿Es el de la abuela? —le acarició el pelo lacio y negro.

—No. Es el tuyo —murmuró bajito, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Pues me encanta. Ah..., ya lo veo, es la furgoneta de reparto.

—Sí. Y esta eres tú. —Señaló a la conductora dejando su huella sobre la pintura fresca. La figura era mucho más grande que el coche.

—Verdaderamente no me he reconocido. Me has dibujado demasiado guapa. Eres todo un artista.

—Tú eres más guapa. —Se volvió y le tendió la lámina—. Te la regalo.

—Muchas gracias, precioso. La voy a colgar en el salón de mi casa para que todo el mundo lo pueda ver. —Patricio le echó los brazos al cuello y la besó llenándola de babas. No le importó. Estaba encantada.

—Niños, id recogiendo que tenemos que pasar al comedor. —Claudia les empezó a ayudar en la tarea para ordenarlo todo.

—Bieeen. —Un estallido caótico invadió el aula antes de guardarlo todo.

Sara comió con ellos. Lo ayudaba con la cuchara y el tenedor cuando veía que a alguno se le hacía muy pesado terminar. Había llevado macarrones con tomate y filetitos de pollo empanados con patatas fritas porque sabía que era

la comida favorita de Patricio. El niño estaba presente cuando su padre acabó con la vida de su madre y luego se suicidó. Desde entonces vivía con su abuela y apenas hablaba. Lo llamaban mutismo social. Los especialistas aseguraban que con terapia y mucho cariño, lo iría superando.

Era su ojito derecho, no lo podía remediar. Le inspiraba tanta ternura... No obstante no permitiría que los recuerdos derrumbaran los muros que con tanto trabajo había construido porque sería su perdición. Solo una pequeña fisura podría ser fatal.

Acabaron de comer y salieron al patio. Los acompañó jugando al fútbol, vistiendo muñecas. Cantaron canciones y ensayaron el baile con el que iban a sorprender a sus familias en una pequeña fiesta que organizarían al acabar el curso.

A las cuatro y media de la tarde, totalmente agotada pero inmensamente feliz, se subió a la furgoneta para devolverla al trabajo y coger su coche. Si no había ninguna novedad, se iría a casa para darse una ducha y relajarse.

CAPÍTULO 6

Diez años antes...

Un miedo intenso le subió por la espina dorsal. Estaba embarazada. El test no fallaba y, además, lo había repetido dos veces. El teléfono empezó a sonar. Vio quién era y lo cogió.

—Ven, por favor. Te necesito.

Las lágrimas corrían por las mejillas sin poder controlarlas. No se sentía preparada para ser madre, no entraba en sus planes. Tenía que pensar y para ello debía calmarse.

Se sentó en la cama de su dormitorio e hizo respiraciones pausadas concentrándose para dejar la mente en blanco. No podía... el llanto la sacudía sin freno, silencioso. Un puño de acero le atenazaba el pecho. Se levantó y vomitó. Sentada en el suelo del cuarto de baño se sintió un poco mejor.

«Tengo que decírselo a Jesús... y a mamá».

Nuevas arcadas la sacudieron.

Cuando llegó María, se la encontró tirada en el suelo, rota como una muñeca de trapo. La ayudó a levantarse, lavarse y la obligó a tumbarse en la cama. Sin su ayuda, nunca se hubiera podido enfrentar a todo.

Jesús se alegró muchísimo de la noticia. A Sara la reconfortó el ánimo que le dio. Aunque llevaban un año de relaciones, el amor que sentían era muy profundo. Se habían conocido durante las vacaciones de verano, en la playa, y desde entonces eran inseparables. Para ella fue su tabla de salvación

porque en el seno familiar nunca se sintió bien. Su padre acababa de fallecer y, con su madre nunca había tenido buenas relaciones.

Jesús estaba ejerciendo el primer año como residente, por lo que podían empezar su vida en común con algunas estrecheces. Ella pensaba seguir con sus estudios y con trabajos temporales para ayudar a la economía familiar.

Eran tan jóvenes... con tanta ilusión por el futuro. Pensaban que con su amor cambiarían las circunstancias... hasta que la vida los fue cambiando a ellos.

Se casaron cuando las hojas de los árboles se arremolinaban formando una gruesa alfombra bajo los pies. Le pareció tan romántico... A los tres meses nació Miguel, su bebé. Después de un largo y agotador parto, cuando lo tuvo entre sus brazos, lloró de emoción. Para ella era perfecto.

Pronto descubrió que todos lo hacían: llorar. Las miradas la rehuían e incluso parecía que se emocionaban cuando contemplaban al bebé. Su inquietud fue en aumento, intuía que algo no iba bien.

Cuando el pediatra entró acompañado de Jesús, para comunicarle que el niño tenía síndrome de Down, todo empezó a encajar como un rompecabezas. No solo eso: también padecía una cardiopatía congénita severa.

Un feroz sentimiento de posesión se apoderó de ella. A partir de ahí supo, sin lugar a dudas, que viviría para cuidarlo y protegerlo. Se pasaba las horas mirándolo y no notaba signos en su carita que delataran la trisomía del cromosoma veintiuno. Era tan bello...

Estando todavía en el hospital, su madre se acercó a la cuna y, contemplándolo, le dijo:

—Es justo lo que te mereces por tu inconsciencia. Ahora aprenderás lo que es el sacrificio de una madre, y por lo que me haces pasar.

Un puñal atravesó su maltrecho corazón. No podía creer que su propia madre fuera tan cruel. Nunca se habían entendido, pero ¿que hablara así?

Miguel fue el punto de inflexión en su vida. A partir de su nacimiento, su

matrimonio, si es que alguna vez tuvo la oportunidad de llamarse así, empezó a hacer aguas. Jesús siempre estaba de guardia, trabajando. Ella con Miguel, siempre solos. Lo dejó todo para volcarse a cuidarlo. Pronto empezaron las operaciones de Miguel, las vigiliias en el hospital, sus cuidados, sus progresos... Recordaba cómo silenciaba el llanto al escuchar su voz y reconocerla.

En esa época fue cuando empezó a erigir sus defensas. Tenían que ser las mejores por supervivencia.

Derrumbada en el sofá de su casa, lloró. El sentimiento de pérdida era aún tan grande... que no lo podía soportar. No quería abandonarse a los recuerdos. Acabarían con ella. Ya no quería sufrir más.

CAPÍTULO 7

Gotas del rocío brillaban como pequeños cristales iluminando las hojas de los olivos, lo que les daba un aspecto festivo. El aire limpio entraba en sus pulmones llenándolo de energía. Olía a fresco, a tierra húmeda. Le evocaba a su niñez, cuando era un crío y acompañaba a su padre al campo antes de empezar la escuela. Le encantaba coger aceituna. La gente siempre lo recibía con mucho cariño y le enseñaban las tareas mientras le daban conversación.

Ese día estaba allí, porque quería ver funcionar la nueva maquinaria que habían adquirido para verdear. No solo se había constatado que lo hacía más deprisa, si no que ahorraba muchos costes. No obstante, la niña bonita de las aceitunas: la manzanilla, se seguía cogiendo a mano, era demasiado delicada.

Su familia se dedicaba al negocio del aceite desde hacía tres generaciones. Al principio, eran meros agricultores, pero fueron creciendo y ampliándolo con molinos de aceite y fábricas envasadoras. También elaboraban mermeladas, miel y cabello de ángel. Todo ello lo exportaban y vendían en la cadena de supermercados de la que eran propietarios.

Juan Espinosa era conocido en Los Yébenes como *Juan Camisón*. Los *Camisones* eran del pueblo de toda la vida, y Martín jamás había logrado enterarse de dónde venía el apodo.

Lo esperaba silencioso en medio de una calle de olivos. Cercano a los setenta, no había quién lo convenciera para que se quedara en casa. Sabía de su visita y quería estar con él. Su cara ovalada enmarcaba unos redondos ojos un poco saltones que le daba el aspecto de estar siempre algo sorprendido. Su

nariz achatada, no ocultaba su sonrisa bondadosa. Con sus grandes manos agarradas detrás de la espalda y sin moverse, observaba cómo Martín se acercaba poco a poco.

—Juan, ¡qué alegría verte! Estás igual que siempre. El tiempo no pasa para ti.

—Ya quisiera yo, Martín. El pellejo no hace más que dar de sí, pero usted..., está hecho un buen mozo. ¡Qué bien verlo a cargo de los negocios familiares! —Después de un rato de charlas y saludos mientras las máquinas se ajustaban, empezaron a funcionar.

La mañana se le fue volando. Todo había salido a pedir de boca tras comprobar, una y otra vez, que la aceituna, después de sumergirla en salmuera, no tenía signos de golpeo y presentaba buen aspecto. Había que ser muy cuidadoso con el producto porque los mercados eran muy exquisitos y exigían gran calidad.

Al medio día pararon a comer en «La Verdolaga». La venta había estado siempre en manos de la familia Martínez, apodados *Los Mangurrinos*. Mari, la madre, era la mejor cocinera de toda la zona. Sus menús caseros, eran exquisitos. La carne de caza, cuando era temporada, la bordaba. A Martín se le hacía la boca agua con solo pensarlo.

Juan y él dieron cuenta de todos los platos que Pedro, el marido de Mari, les llevaba de su parte. Llegó un momento en que creían que iban a explotar. Miró el reloj y vio que eran las cuatro de la tarde. ¡Cómo pasaba el tiempo!

—Martín. —Pedro apareció con unas bolsas en las manos—. María quiere que te lleves esto para tus padres.

—Ellos seguro que lo apreciarán muchísimo, pero no debisteis molestaros.

—Para nosotros no es ninguna molestia. —María se secaba las manos con su blanco delantal—. Mándales nuestros mejores deseos a ambos. Esperamos verlos pronto por aquí.

—Gracias a los dos por vuestra amabilidad.

Martín se despidió de la pareja emocionado. Se daba cuenta de que esas

personas eran parte de su entorno, de su familia. Se sorprendió a sí mismo con la familiaridad con que había tomado la rutina de su padre sin que le pesara lo más mínimo... El campo era como el mar: o te gustaba, o no te gustaba. No había término medio. A él, ambos le apasionaban. Quizás si las relaciones con su padre no hubieran sido tan complicadas, si no hubieran chocado tanto... Todo había sucedido de otra manera, pero se alegraba mucho de que no ocurriera así. Normalmente, por los casos que conocía de cerca, cuando uno trabajaba en la familia, le pagaban poco y no lo valoraban nada. Si algún día volvía, lo haría por petición de ellos y con una carrera propia a sus espaldas. La Marina lo había convertido en lo que era y no cambiaría por nada del mundo la elección que hizo cuando era más joven.

Subió al todoterreno en el que lo esperaba Juan para dirigirse a la fábrica envasadora.

Eran las nueve de la noche cuando Martín se montó en su coche para enfilarse en la autopista que lo llevaría de Toledo a Madrid. Había pasado la tarde reunido con los directores de departamento. Comprobó que Norteamérica era el mercado que mejor se desenvolvía en ventas. En la Unión Europea tenían buenos competidores como Italia y Grecia, por lo que el mercado era más complicado y sufría altibajos. Con el director financiero había repasado los balances. Estaba contento porque los resultados eran muy buenos.

En la radio del coche empezó a sonar *Un violinista en tu tejado*, de Melendi. Aumentó el volumen y los recuerdos lo golpearon con fuerza, cogiéndolo con la guardia baja.

Recordó cuando la observó por primera vez. Le pareció la mujer más preciosa que nunca había visto. Se acordó de sus caricias, de cómo respondía con pasión a su cariño. De su olor cuando estaba entre sus brazos... No entendía cómo su instinto se había equivocado tanto, ni era su manera habitual de comportarse, pero con ella perdió la contención y no pudo parar hasta que la tuvo entre sus brazos. A su lado, acarició las estrellas durante unas horas.

«Desgraciadamente, cuanto más alto subes, más fuerte es la caída», pensó con pesimismo.

Llegó a casa de sus padres absorto en sus pensamientos. La noche era cálida cuando aparcó el coche delante del porche de la casa. Se dispuso a cenar con ellos e informarles de cómo iban las cosas. También quería enterarse de si su padre estaba mejor.

—Hola, mozalbetes. Os veo hechos dos chavales —los saludó bromeando. Entró en el saloncito donde estaban viendo la televisión.

—Hola, Martín —lo saludó su madre alegremente dándole un beso.

—Hola, chaval. No me tomes el pelo que ya estoy muy mayor para eso. — El padre se dejó besar por su hijo—. Cuéntanos cómo te ha ido. — Su voz delataba ansiedad.

—Primero: os manda recuerdos, prácticamente, todo el mundo. Muy especialmente Juan, Pedro y Mari. Esta última me ha dado unas bolsas llenas de comida para vosotros. Ya las he dejado en la cocina. Estoy muy contento de cómo ha ido todo. He pasado un día maravilloso reencontrándome con personas que no veía en mucho tiempo. Papá, mañana a primera hora te mando un informe por escrito con los detalles.

—Que bien, Martín. —Su madre sonaba contenta—. Hijo, quería preguntarte si has tenido ocasión de ocuparte de la fiesta para recaudar fondos de la que te hablé: la de la Asociación de Niños con Síndrome de Down.

—No, mamá. Todavía no he encontrado tiempo, pero te prometo que mañana llamo sin falta para establecer una cita. No te preocupes. —Si su madre supiera que era lo que más deseaba y que se había estado conteniendo todos esos días para no hacerlo... Temía su reacción cuando volviera a ver esos ojos aceitunados que lo habían embrujado.

CAPÍTULO 8

¡Vaya tarde llevaban!

El teléfono no paraba de sonar mientras Clara y Sara intentaban coordinar los pedidos con las entregas. Había un tirón muy grande debido al partido de la *Champions* en el que jugaba el Real Madrid. No daban abasto. Alfonso, desde la cocina, no paraba de chillar a través del interfono por el que se comunicaba con Sara. Una de sus virtudes no era, precisamente, la de mantener la calma en los momentos álgidos.

—Sara, la furgoneta de Guille se ha averiado. Nos dice, que ha sufrido un calentón y el motor está echando humo. Ha llamado a la grúa, pero tiene todos los pedidos sin entregar —le informaba Clara desde su oficina, pegada a la suya. Siempre trabajaban con la puerta abierta.

Se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos para intentar calmarse. Las sienes le tamborileaban presagiando un gran dolor de cabeza.

—Dile que voy para allá. —Tomó la decisión al instante. No daba tiempo a pensarlo.

Tiró de su bolso y salió de la oficina. Al pasar, Clara le ofreció unas llaves.

—Llévate la furgoneta que queda.

—Gracias. Eres un amor. Ya me iba como las locas. —Le lanzó un beso al aire con una mano.

Mientras salía a la calle le mandó un mensaje a Alfonso contándole lo ocurrido. Si lo leía tarde, mejor. Se ponía insoportable con el estrés, y no tenía ganas de aguantarlo. Además, había pensado hacerse cargo del reparto

porque, a su parecer, tanto esperar a la grúa como el tema mecánico eran un horror. Eso se lo dejaba a otro, gracias.

Clara, demostrando su eficiencia, le mandó la ubicación de Guille. Metió la dirección en el navegador y se dirigió hacia allá. Había mucho tráfico. Parecía que todo el mundo quería llegar adonde fuese para poder ver el partido.

Llevaba hora y media con el reparto. Todo había salido muy bien porque no hubo incidencias. La gente estaba en sus casas, los encargos eran correctos y el cambio no había faltado. Iba a entregar el último y podría regresar para darse una buena ducha en casa y relajarse. El energúmeno de su socio le había pedido salir a tomar algo para *desestresarse*, según él, pero ella se había negado. Después del día que le había dado, prefería que lo aguantase su novio, amigo o quien le diera la gana. Ya tenía más que cubierto el cupo de la paciencia por esa jornada, necesitaba descansar.

Pudo aparcar justo enfrente de la dirección indicada. Vio que era un edificio de pisos con buena pinta en la zona de Chamartín. Cogió tres cajas grandes y, mientras las sujetaba con la barbilla, alargó el brazo libre y tiró de las bolsas de las bebidas. Definitivamente, esa familia debía de ser numerosa, o bien daban una pequeña fiesta, porque el pedido era enorme. Al cambiar de coche, se le olvidó coger el carrito de mano que llevaban siempre para que no fuera tan penoso llevar tanto peso.

Cuando llegó al portal, sentía un resquemor en los brazos por el esfuerzo. Tuvo la suerte de que, en ese momento, alguien salía y le abrió la puerta.

—Buenas noches y muchísimas gracias. —La cara se le iluminó de agradecimiento. Una vez dentro del portal, se giró para entrar en el ascensor pero casi no veía la puerta. Tanteando, logró introducirse en el interior.

—Buenas noches. ¿Desea que le pulse el botón del piso? Va usted muy cargada. —Una señora con el cabello blanco y mirada bondadosa le hizo la pregunta.

—Le estaría muy agradecida, señora. ¿Puede darle al séptimo? Y gracias...

Que pase una buena noche.

—Igualmente. No es para tanto.

Al llegar al rellano miró las letras hasta que dio con la que buscaba. Haciendo malabarismos, logró llamar al timbre. A esas alturas los brazos le quemaban e irradiaban espasmos hacia la carga, que se ladeaba peligrosamente.

La puerta se abrió y las cajas decidieron sucumbir al terremoto al que estaban sometidas saliendo despedidas hacia delante. Ella, al intentar evitarlo, siguió el mismo camino.

Unos brazos pararon el envite rodeándolo todo con un fuerte abrazo. Durante la confusión, a Sara le dio tiempo de atisbar entre los bultos los ojos grises de su salvador: se quedó de piedra.

«No me lo puedo creer... ¡Qué horror!»

El aroma de él la envolvió. Su cuerpo sufrió un colapso. Fue como si un rayo la hubiera atravesado de la cabeza a los pies dejándola, entre sus brazos, sin poder reaccionar. El corazón le golpeaba las costillas y le costaba respirar.

—Parece que ha pasado un ángel. —Curro apareció sonriente por otra puerta que daba a la entrada. El ruido de la televisión se oía al fondo—. Hola, Sara, gracias por traer el encargo en persona. ¡Qué amable eres!

Ambos seguían en estado de *shock*. Él todavía no la había soltado.

—Martín, no seas tan pulpo y ayúdala con la carga, por favor. —Lo apartó mientras intentaba compartir el peso. Si las miradas matasen, Curro quizás sabría que ya estaría muerto.

Al escucharlo, Martín se envaró y se hizo a un lado en silencio, soltándola.

—Se... se estropeó la furgoneta de reparto. —Lo miró de reojo— Y tu... tuve que hacerlo yo. No sabía que venía a esta casa.

Ojalá cayera fulminada en ese instante, ¡encima tartamudeaba!

—Ni falta que hacía. ¡Qué suerte hemos tenido! Pasa y quédate a tomar una cerveza. ¡Ignaciooo!, ven, mira quién ha llegado.

Sara colocaba las cosas en la cocina. Sentía el silencio como un puñal que

se le clavaba en la espalda. Se sabía observada. Ignacio apareció y la saludó calurosamente.

—Pasa y cuéntanos qué haces aquí. Nos encanta verte. No hagas nada; te quedas y cenas con nosotros para ver el partido.

La hizo pasar al salón. Sabía que él la seguía porque sentía su presencia. Se sentó en una butaca e hizo un esfuerzo por sonreír mientras le explicaba a Ignacio la tarde tan complicada que habían tenido y cómo surgió llegar hasta allí.

—Martín, ven y ayúdame a preparar las cosas. —Curro lo llamó desde la cocina para fastidiarlo todo lo que podía.

—De eso nada. Arréglatelas tú. Yo me quedo donde estoy. —La familiar voz, grave y contenida, le puso los vellos de punta.

Se atrevió a mirarlo y él le sonrió con una especie de mueca. Se confirmó su peor sospecha: estaba muy cabreado.

Sara se puso en pie de golpe dejando la cerveza que apenas había probado en la mesa que tenía delante.

—Me alegro de haberos visto pero todavía tengo trabajo —mintió sin ningún tipo de pudor.

En ese momento apareció Curro en la habitación con una gran bandeja llena de comida y bebidas. Entre Ignacio y él trataron de convencerla para que se quedase. Un silencio ensordecedor provenía de la otra persona.

—No. Muchas gracias, me tengo que marchar. Otro día será... —Sara se despidió de ambos con un beso.

—Te acompaño abajo.

La espalda de Sara se tensó como la cuerda de un arco. No se atrevió a contradecirlo. Sin mirarlo, entró en el ascensor, que continuaba abierto. Él seguía sus pasos.

La puerta se cerró. Silencio.

—¿Porqué, Sara? —La pregunta le cayó como un vaso de agua helada—. ¿Por qué te fuiste así?

Silencio.

—Cuando tengo relaciones con alguien siempre procuro, por lo menos, tener la decencia de despedirme.

Sara levantó la vista y le sostuvo la mirada.

—Yo no lo hago, porque no tengo «re-la-cio-nes» —le contestó recalcando la palabra—. De todas formas, siento si te molestó. No lo pensé. —Sus palabras restallaron como latigazos en el habitáculo.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambos atravesaron el vestíbulo del edificio. Sara agarró el pomo para salir a la calle, pero él puso la mano en la puerta para que no se abriera.

—No creas que esto se va a quedar así. Seguro que nos volveremos a ver, señorita *relaciones*. Igual, con suerte, se te pega algo bueno.

—Ahora que has soltado todo el veneno, espero que te quedes más tranquilo. —Le dirigió un remedo de sonrisa en venganza por la de antes y, majestuosa, salió a la calle.

Martín la observó alejarse admirando su entereza. Se sonrió. Lo que se iba a divertir... ¡Menuda sorpresa se iba a llevar!

CAPÍTULO 9

Un zumbido molesto y persistente la obligaba a espabilarse. Alargó la mano y apagó el despertador.

—¡Qué pesadez! —murmuró para sí misma.

Los ojos se le pusieron como platos al acordarse de que tenía una cita. Como si le leyeran el pensamiento, las alarmas del móvil se volvieron locas emitiendo todo tipo de tonos: campana, cohete, claxon... para recordárselo. Era tan dormilona, que no se fiaba de ella misma y se veía obligada a emplear esos subterfugios para intentar ser puntual.

Había quedado a las diez con doña Belén, la presidenta de la Asociación, para organizar la fiesta que solían hacer todos los años. Amablemente había cedido su casa.

Después de tomarse unos minutos para estirarse en la cama, se levantó y fue a la cocina para prepararse un café y una tostada. Le gustaba salir alimentada. Prácticamente era la única comida que se preparaba en el día porque todas las demás las hacía en la empresa o, a veces, comía en la calle. Después de estudiar la agenda e, incluso, hacer alguna llamada, se duchó.

Ese día decidió ponerse unos de sus trajes favoritos, de flores, claro. Era turquesa salpicado de pequeñas rosas fucsia. Le encantaban los colores vivos, además, pensaba que la favorecían y esa era una buena manera de empezar el día.

Cogió su bolso de diario, el cual no sustituía por otro hasta que no había más remedio. Le daba una pereza horrorosa cambiar, y no le importaba nada

que fuera, o no, a tono con la indumentaria. Sin embargo, el calzado sí intentaba que fuera acorde. Se calzó unas alpargatas de cuña del mismo color fucsia que las flores del vestido y salió corriendo. No le gustaba llegar tarde.

Aparcó en el espacio que había junto a la entrada de la casa. Era un pórtico con tejado a dos aguas sostenido por columnas de mármol a ambos lados del portón.

Abrió la puerta un mayordomo muy amable.

—Buenos días, soy Sara Gómez. Me espera doña Belén para reunirme con ella.

—Buenos días. Con mucho gusto. Sígame, por favor. —Le cedió el paso para que pudiera atravesar la puerta.

No pudo dejar de admirar su entorno. El recibidor era un espléndido espacio con suelo de mármol de Carrara. Una bonita lámpara de Murano presidía desde el alto techo. A su derecha la escalera conducía al piso de arriba describiendo una graciosa curva. Tocó brevemente la madera oscura del pasamano. Era tan suave como aparentaba. Olía a cera y a limpio.

Se dio cuenta un poco azorada de que el mayordomo la esperaba sonriendo. Ruborizándose, comenzó a seguirlo y se le ocurrió que quizás pensara que era tonta por quedarse parada como una palurda admirando las maderas. Tenía pinta de buena persona. Atravesaron dos amplios salones conectados entre sí. Sofás, cómodas, butacas, lámparas y mesitas lo salpicaban todo con una distribución que mostraba orden y elegancia. La luz entraba a raudales a través de unas cristaleras. Por ellas, se podían observar las azules aguas de una piscina. El frescor que transmitían, el bien cuidado césped y los árboles la atraían como un imán.

Llegaron ante una puerta de madera. A la llamada, contestó una voz masculina diciendo que pasaran. Entraron, y a Sara se le cambió la cara. Sentado detrás de una bonita mesa de despacho con marquetería se encontraba, el que parecía, se estaba convirtiendo en su pesadilla.

—Buenos días, Sara. Adelante. —Rodeó la mesa con una gran sonrisa para

besarla en la mejilla—. Toma asiento, por favor.

Lo hizo automáticamente en una butaca que había cerca de ella sin pensarlo. Estaba totalmente aturdida. Martín se sentó en el sofá de al lado.

Sara lo observó mientras intentaba salir de su estupor. El gris de sus ojos era del color del amanecer, tenían un matiz plateado. Allí estaba, más guapo que nunca, con unos vaqueros negros y polo blanco que revelaban su atlética figura. Ella misma recordó que ya lo sabía..., por supuesto. No podía olvidar la noche más fantástica que había pasado en su vida, en brazos de ese hombre. El corazón comenzó a bombearle muy deprisa. Debía tener cuidado. Sentía cómo, con su mera presencia, hacía tambalear sus defensas. Le dio rabia.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Tú qué estás, en todos lados? ¿Nadie te ha dicho que no es bueno acosar a las personas?

Silencio. Solo se limitaba a sonreír de oreja a oreja mientras la miraba. Parecía que se lo estaba pasando bomba.

Me alegra que te estés divirtiéndote a mi costa, pero cuando quieras me puedes responder. —Ya no intentaba disimular la mala leche que se había apoderado de ella—. Bueno..., en vista de que esta situación sigue, me voy a marchar. No hace falta que me acompañes. —Se puso en pie tirando violentamente del bolso y se lo colgó en el hombro.

Martín se incorporó como un resorte. Parecía que reaccionaba.

—No te vayas, Sara. Sabía que te ibas a poner como una furia cuando te enteraras. —Ahora reía a carcajadas—. Tienes razón, me lo estoy pasando estupendamente. —La cogió por ambos brazos para impedir que se fuera.

Sara se sacudió con genio las manos de encima.

—¿Quieres decirme qué coño haces tú aquí? —Ya había perdido la compostura. El genio la dominaba.

—Esta es la casa de mis padres. Soy hijo de Belén. A mi padre le ha dado un ictus hace poco y mi madre me ha pedido que me encargue de la organización de la fiesta en su nombre. Ahora vendrá, porque quiere

saludarte. Te advierto que no tiene ni idea de que nos conocemos. —Hizo un esfuerzo por no sonreír—. ¿Nos volvemos a sentar y nos calmamos?

Sara estudió su rostro y no vio rastro de su anterior actitud. Haciendo un esfuerzo enorme, se controló y volvió a tomar asiento.

—Me parece bien. ¿Empezamos? —Se obligó a dominar la situación.

—Sí. Vamos a trabajar algo antes de que te dé por irte, desde luego, eres una auténtica experta en marcharte cuando las situaciones pueden llegar a ser embarazosas para ti. —El rencor pudo más que él.

—Esto sí que no lo aguanto. Que sepas, que no sé qué es lo que pude ver en ti el otro día, porque no te soporto. —Sus labios eran una delgada línea. Los ojos dos rendijas que escupían fuego.

—Yo, en cambio, pasé un rato estupendo. —Se inclinó hacia atrás para ponerse más cómodo en el sofá—. Cuando quieras repetimos. No seas fiera y contrólate un poco —la azuzó un poco más.

Sara se levantó como un auténtico basilisco. Revoleó el maltratado bolso y salió por la puerta. Cruzó como una tromba la distancia hasta la salida. Martín la seguía.

—Olvídate de preparar esto conmigo porque no te quiero volver a ver en mi vida —le iba diciendo—. Abrió la puerta de entrada de un tirón, y se la cerró a Martín en las narices de un portazo.

Este salió y observó cómo se introducía en el vehículo para ponerse el cinturón de seguridad.

—¡Ni se te ocurra mandarme un comercial! O tratas conmigo, o te quedas sin sitio para la fiesta. Espero tu llamada —le contestó a voz en grito. Cerró dando otro portazo.

Sara arrancó el coche y se alejó conduciendo.

Cuando Sara llegó a la oficina todavía le temblaba el pulso. Se sentó en su

asiento y, alterada, encendió el ordenador. No quería pensar más en el engréido ese. ¡Qué tío! Era insoportable. Odiaba su sonrisita porque, encima, conseguía que le mariposeara el estómago. Para él todo era un juego.

«He perdido totalmente la compostura. ¡Qué vergüenza!»

—¿Cómo te encuentras? —Clara entró en su despacho.

—Fatal. Me duele bastante la cabeza. El día no transcurre nada bien. —Sara se masajeaba las sienes.

—¡Cuánto lo siento!, porque tu madre ha llamado un par de veces. Quiere hablar contigo. Me ha dejado el recado de que, por favor, le devuelvas la llamada.

Sara se lanzó al bolso rebuscando el teléfono móvil.

—Tengo tres llamadas tuyas. No las he oído porque lo tenía en silencio.

Como si fuera una premonición, el teléfono de su despacho comenzó a sonar en ese momento.

—Dígame.

—Hola, Sara. Soy Marta.

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás? —La voz se volvió más cálida.

—Estamos bien. Y a ti, ¿cómo te va la vida?

—Con mucho trabajo pero, no me puedo quejar. Hoy, precisamente, no tengo un buen día.

—Siento oír eso, porque creo que no te lo voy a mejorar.

—Cuéntame.

—Pues es mamá, Sara. Cada vez está peor. Lola y yo estamos muy preocupadas.

—¿En qué sentido?

—Pues se arregla y se marcha de casa sobre media mañana. Ya no vuelve hasta las once o doce y, normalmente, con unas copas de más. —La voz de Marta se iba tiñendo de llanto—. No hay comida en casa y todo está sucio. Nunca tiene dinero, y nosotras no sabemos qué hacer.

—Pero ¿no estabais trabajando cuidando niños y sirviendo en un *catering*?

—Sí, pero no nos llega. Hay que pagar luz, agua, comunidad... No tenemos para todo. Lo peor es que nos registra el cuarto buscando dinero. —Sara oía el llanto de su hermana a través de la línea. La garganta se le cerró de la emoción.

—Vamos a hacer una cosa: abríos una cuenta a nombre de las dos sin decirle nada a mamá. Yo os iré ingresando dinero.

—¡Gracias, Sara! —Las dos hablaron a la vez. Se conoce que compartían el audio del teléfono—. No le diremos nada.

—No os angustiéis. Vosotras sacad vuestros estudios e intentad seguir para delante. Pero, sinceramente, no sé qué vamos a hacer con mamá.

—Sentimos mucho preocuparte pero, si no es a ti, no sabemos a quién recurrir.

Cuando colgó el auricular, parecían más animadas. Sara se reclinó hacia atrás en el sillón de su escritorio y se quedó mirando al vacío. Ese problema no sabía bien cómo abordarlo. Le hacía mucho daño.

A la mañana siguiente, Alfonso arrancó el papel de la impresora y con grandes zancadas se dirigió al despacho vecino. Sin llamar, abrió la puerta.

—¿Me puedes explicar qué significa este papel, Sara? —dijo mostrándoselo.

—Si es lo que yo pienso, que la recepción que tú y yo sabemos la va a llevar Clara —comentó con un tono muy pausado y sin ni siquiera tomarse la molestia en leerlo.

—¿Estás loca? ¿Has perdido la cabeza? Si solo fuera eso...También nos amenaza con hacer desaparecer nuestra colaboración en la fiesta para la recaudación de fondos de la Asociación de Niños con Síndrome de Down. Eso supondría un golpe mortal para la imagen de la empresa. Eso sí, todo muy veladamente. Hace mucho hincapié en que solo tratará contigo, si

queremos que la fiesta se celebre en casa de sus padres. Este tío es un artista. ¿No le puedes hacer un poco de caso? Es obvio que, después de cómo te fuiste, se está vengando de ti.

—No te pongas histérico, Alfonso. Deja de chillarme, que tengo la cabeza como un bombo —se atrevió a decirle sabiendo que esa respuesta lo sacaría todavía más de quicio

—¿Que deje de chillaaarte? No sé qué tienes en la mente, pero un negocio con diez años de antigüedad, no se lleva con orgullo y ovarios. Esta faceta tuya es nueva para mí. ¿No habíamos quedado en que eras la más empática de los dos? —Alfonso apenas podía ya contener su ira.

—Yo con ese hombre no puedo. Me atrae como un imán y, a la vez, me saca de mis casillas. No logro pensar con claridad cuando estoy con ese pedazo de creído. Precisamente le vamos a enseñar que con amenazas no se va a ningún sitio. —El tono ya no sonaba tan pausado. Hacía verdaderos esfuerzos para que lo pareciera, sin demasiado éxito.

—Eso que lo aprenda en otro sitio, querida. Le vas a contestar disculpándote por cualquier malentendido que haya surgido y poniendo a su disposición nuestros servicios. —le dijo con un tono forzado, suave como la miel.

—De eso nada, monada. No pienso hacerlo. ¿No has oído lo que te he dicho? —le contesto Sara totalmente alterada

—Todo el rato, preciosa. ¿Qué parte de *vas a hacerlo*, no has entendido? Deja a un lado tu comportamiento infantil. Vas a sacar tu parte profesional, tu educación más exquisita y vas a demostrarle a ese tío cómo trabajamos en esta empresa porque, no te olvides, somos unos profesionales como la copa de un pino. —Alfonso mostraba signos de querer dar la conversación por terminada.

—Nunca habías sido tan autoritario conmigo. Mira lo que ha conseguido... que nos peleemos. Eso me hace odiarlo más. —Su propio tono lastimero la enervaba sobremanera. No estaba acostumbrada a sentirse así y no le gustaba

en absoluto. Pensarlo le hizo apretar los dientes.

—¿Quién te ha contado que la vida es color de rosa? ¿O que las cosas se consiguen sin esfuerzo? Creía que ya lo habías aprendido. —Alfonso parecía cansado de tanta discusión.

—Vas a hacer que llore de pura rabia. Nadie es capaz de sacarme de mis casillas como él. Con tu inestimable ayuda, por supuesto.... ¡Así no hay quien pueda! —Se volvió con genio y empezó a teclear el ordenador.

—Escribe esa contestación y no se hable más —sentenció Alfonso con voz dura y exigente.

—Deja que corra el aire y vete, que no te aguanto. —Ya no podía disimular su enfado durante más tiempo. La cabeza le dolía desesperadamente.

CAPÍTULO 10

Sara se dio cuenta de que su madre no la quería, el día que le comunicó que estaba embarazada. Ese fue el momento en que su vida dio un giro inesperado y definitivo.

Estaba pintándose los labios en el espejo de la entrada. No se enfadó, ni le cambió la expresión de la cara. Terminó de perfilárselos. Guardó la barra en el bolso. Lo cerró y la miró.

—Sara, has caído lo más bajo que se puede caer. Te has comportado como una auténtica furcia, una cualquiera. No pensaba que te había educado así. Ya que eres mayor para quedarte embarazada, tendrás que serlo para acarrear con las consecuencias de tus actos.

Una herida se le abrió en el pecho. El corazón le sangraba. Nada la había preparado para la reacción que mostró cuando le comunicó la noticia. Ya no podía disculparla más. Ni una palabra de aliento, ni de apoyo, su frialdad... No entendía cómo podía tratarla con tanta dureza. Era como si su hija le fuera ajena. Al oír aquellas horribles palabras en boca de su madre, una gran brecha se abrió definitivamente entre ellas.

Su madre provenía de una familia bien de Sevilla totalmente arruinada. Se casó con un chico que solo tenía ojos para ella. Ingeniero naval, se fueron a vivir a Cádiz. Allí disfrutaron de una vida acomodada. Nacieron tres niñas.

Su madre siempre vivió de cara al público. De fachada impecable, nunca salía sin ir perfectamente arreglada. Jamás en la vida descuidó su aspecto. A su padre siempre lo vieron poco. Dedicado al trabajo, cuando estaba en casa

no se le podía molestar.

Las tres hermanas se acostumbraron a crecer con una madre distante y un padre que era casi un desconocido. La muerte temprana de su progenitor debida a un infarto cambió sus vidas, porque también se llevó con él la llave de la despensa.

A partir de entonces todo fue distinto en casa de los Gómez. Su madre, en vez de unirse a ellas, se distanció mucho más. Fueron notando cómo las cosas de valor iban desapareciendo de su casa. Cuadros, plata, porcelanas, joyas..., pronto no quedó nada a lo que su madre pudiera echar mano para seguir manteniendo lo que ella consideraba su estatus social. Al final, también se vendió la casa familiar y se mudaron a Sevilla, donde su progenitora era dueña de un apartamento.

Ella siguió yendo al club a jugar a las cartas. Siguió frecuentando amistades de juventud que nada le aportaban. Su afición al juego y a la bebida fue incrementándose proporcionalmente a la disminución de los ingresos. A menudo llegaba bebida a casa. Entre las tres se hacían cargo de ella. Nunca lo agradeció, ya que lo consideraba su obligación.

Sara y sus hermanas se fueron ocupando de todo lo relativo al hogar. De su madre solo recibían críticas y odiosas comparaciones. Nada era suficiente para ella... Con el tiempo, se dio cuenta de que su mundo solo se reducía al ancho de su ombligo. Al tomar plena consciencia de que las cosas eran así, se fue distanciando. Siempre se preguntó por qué había llegado a eso, y si hubiera podido hacer algo más para que las cosas fueran diferentes.

Cuando Sara logró salir adelante en Madrid, una nueva vida surgió ante ella. Por fin pudo realizarse por sí misma. Su madre no le perdonaba su éxito personal. Consideraba, como la niña mimada que siempre fue, que su hija debía tomar el relevo de sus abuelos, y luego el de su padre, los cuales siempre, se encargaron de que no le faltara de nada.

Sara no se sentía obligada a ello. Quería apoyar a sus hermanas, pero era muy doloroso el círculo que se había creado entre los miembros de su

familia. Ya tenía aceptado que su madre era una ludópata que bebía en exceso. Sabía con certeza, que todo lo que le hiciera llegar caería en saco roto. Era un pozo sin fondo.

El problema que tenía con su madre le causaba una terrible ansiedad. No sabía bien cómo abordarlo. Mucho se temía que, hasta ahora, solo había colocado parches.

CAPÍTULO 11

Cuando traspasó las puertas de *dulceysalado*, lo primero que percibió fue el ambiente calmado y tranquilo en una sala bien iluminada y decorada con elegantes colores neutros. El verdor de las plantas imperaba por todas partes dándole un contexto muy natural. Parecía que estaba en una terraza en vez de en una oficina.

Una chica con una melena corta rubia ceniza y mirada risueña se dirigió a él.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?

—Buenos días. Soy Martín Bringas y vengo a ver a doña Sara Gómez. Tengo una cita con ella. —Le agradaba la amabilidad de la chica.

—Efectivamente. —Lo comprobó en el ordenador—. Si no le importa, siéntese un momento, que ahora lo recibe.

Martín tomó asiento sin dejar de observar su alrededor. Una suave música flotaba en el aire. Miró las revistas dispuestas encima de una mesa baja y comprobó que todas ellas eran de cocina. En la pared, colgaban multitud de fotos de personas en diferentes eventos. En muchas de ellas estaba Sara. Se acercó para verlas mejor. Tan concentrado estaba que tuvo un ligero sobresalto al oír una voz a su espalda.

—Perdone que lo moleste. —Martín se volvió. La chica risueña era quien le hablaba.

—Perdonada. —Su sonrisa se hizo más amplia.

—Mi nombre es Clara y soy la ayudante personal de Sara. Un sutil cambio

en el tono de su voz le hizo saber que la apreciaba.

—Encantado. Ya sabe que me llamo Martín.

—¿Querría tomar algo? Un café, té, un vaso de agua...

—Muy agradecido, pero no me apetece.

—Por favor, no dude en pedírmelo si cambia de opinión.

Martín observó cómo un hombre moreno de pelo rizado, cruzaba la sala con grandes zancadas. Iba concentrado en algo, parecía ausente. Clara se giró y se dirigió a él.

—Alfonso, me gustaría presentarte a alguien. —Este levantó la mirada y la clavó en Martín. Sus oscuros ojos translucían curiosidad.

Antes de que Clara pudiera hacer los honores, Alfonso se adelantó. Ambos se presentaron.

—El señor Bringas ha venido para preparar la fiesta de colaboración con la Asociación. Es el propietario de la casa.

—¡Estupendo! —Los músculos de la boca le tironeaban hacia arriba—. Espero que todo vaya bien.

—Ya veo que os habéis conocido. —La voz de Sara lo sorprendió, porque no la había visto acercarse.

Martín la observó impactado por su belleza. La melena suelta le brillaba. Vestía una falda de tubo que se le ceñía a las caderas como una segunda piel; la chaqueta de punto en tonos grises destacaba su perfecta silueta.

—Alfonso y yo somos socios. Él se encarga de la parte de la cocina y yo, de la comercial. —Sara se detuvo a su lado. Olía a rosas.

Martín tardó un rato en reaccionar. Notaba como si le faltase el aire. No salía de su asombro.

—Bueno, pues yo os dejo. Tengo un millón de cosas que hacer. Encantado de conocerte. Seguro que nos vemos en la fiesta. —Alfonso se giró echándole una última mirada a Sara.

Una vez dentro del despacho de Sara, Martín se acercó a la ventana. Observaba sin ver nada. Tenía que recobrar la compostura. No entendía cómo

la sola presencia de Sara lo perturbaba de esa manera. Si por él fuera, la arrastraría al sofá de esa habitación y no pararía hasta volverla loca de deseo.

—Martín, ¿empezamos? —Sara le ofreció asiento en el maldito sofá.

—Sí, perdona. —Su tono sonó lúgubre.

Estuvieron dos horas planificando. Descubrió con agrado que compaginaban bien. Tenían opiniones y puntos de vista parecidos a la hora de enfocar las cosas y solucionar los problemas. Trabajaba bien con ella. Era eficiente y sus ideas originales. No le gustaba dejar al azar nada. Clara los ayudó muchísimo aportándoles cualquier cosa que pudiera ser útil para el trabajo.

Sara se levantó dando por terminada la reunión. Cuando tuvieran todo mas perfilado, se volverían a ver. Martín se acercó a ella. Casi podían rozarse.

—Sara —Levantó el brazo y le acarició la mejilla con los nudillos—, déjame invitarte a cenar. Dame la oportunidad de conocerte. Parece que hemos empezado con mal pie. —La voz salía ronca de su pecho. Deseaba que aceptara con todas sus ganas.

Ella se tomó su tiempo en contestar mientras lo observaba con ojos solemnes. Él aprovechó para besarla con un beso dulce y delicado. Martín quería transmitirle los contradictorios sentimientos que se agolpaban en su pecho.

Se separaron despacio y se miraron.

—Me encantaría cenar contigo. —Las palabras le salieron casi como un suspiro.

A Sara le encantaba el bar *La rubia y la morena*. Una gran foto en blanco y negro de Marilyn Monroe y Audrey Hepburn presidía la barra. Tenía mucho estilo y era original. Estaban sentados en una mesa alta estilo rústico sobre cómodos taburetes negros. Mientras observaba la carta, un nudo de emoción

se había instalado en su estómago. Le hacía mucha ilusión salir con Martín sin saber explicar muy bien el porqué. Quizás tuviera un punto masoquista, porque había que reconocer que, cuando quería, era insoportable. Gracias a Dios, ahora estaba de buenas y se disponía a disfrutar del momento.

Un chico moreno, con melena lacia por los hombros y ojos oscuros, se acercó a la mesa. Martín se puso de pie.

—Hola, Martín. Qué de tiempo sin verte. ¡Qué alegría! —Se abrazaron con mucho cariño.

—Fernando, tenía muchas ganas de veros, pero he estado muy liado. Te presento a Sara, una amiga.

—Hola, soy su primo. —La saludó con dos besos.

Sara sonrió encantada. Fernando parecía simpático. Feliz, le devolvió el saludo. Le apetecía pasarlo bien y conocer a otras personas. Cuando Martín la miraba, le aleteaban mariposas en el estómago. Su mirada la perturbaba, sin embargo, no quería que dejara de hacerlo.

—Me encanta vuestro bar. Es precioso... La decoración, el servicio. —Le guiñó un ojo con picardía—. Y ahora, voy a probar algo de esta carta tan castiza que tenéis.

—Cuidado, primo, que es la propietaria de un *catering* y puede llegar a ser muy crítica.

—Bueno, pues si es así, dejadme que os sorprenda con el menú. Espero que sea de vuestro agrado. —Fernando se reía divertido.

—¡Me encantan las sorpresas! —Sara se sentía libre y joven. Quería disfrutar del momento. Estaba harta de problemas y responsabilidades.

Charlaron animadamente sobre la conveniencia de hacer una rifa y los tipos de premios que serían más apreciados entre los asistentes. También tenían que pensar en alguien con la suficiente profesionalidad y soltura para encargarse de amenizar esa parte de la fiesta.

El primer plato llegó en forma de pequeñas fuentes con un bonito dibujo en azul celeste. Sobre ella, estaban dispuestos un cuenco con gazpacho y, a su

alrededor, otros más pequeños cargados con diferentes guarniciones.

—¡Me encanta la presentación! Si el sabor es tan delicioso como lo que mostráis, este será mi sitio preferido.

—Creo que no te van a defraudar, Sara. —Martín cogió la cuchara dispuesto a empezar.

Degustaron un rioja de la casa que estaba realmente bien elegido. Ambos se sentían muy a gusto.

—Sara, ¿qué me cuentas de tu familia? ¿De dónde eres? ¿Tienes hermanos?
—Se produjo un cambio drástico en la cara de ella. Estaba en guardia, tensa.

—Mi familia ahora son Alfonso, María y Clara. Hace mucho tiempo que mi mundo se redujo al trabajo.

—Pero ¿de dónde eres?

—De Cádiz. Me vine muy joven a trabajar a Madrid.

Se notaba el cambio producido en el ambiente. Ahora ya no tenía nada de alegre. El segundo plato los salvó de una situación que se había vuelto engorrosa para ambos.

—Os traigo unas croquetas de cocido. Espero que sean de vuestro agrado.

—¡Qué buena idea! Hace mucho tiempo que no tomo croquetas caseras.

Las croquetas estaban deliciosas. Sara estaba gratamente sorprendida. La suave bechamel se le derretía en la boca mientras saboreaba los trozos de puchero al masticarlos.

—¡Buenísimas! —Puso los ojos en blanco. —Gracias por traerme a este sitio.

—Sara, ¿por qué te cuesta tanto hablar de tu familia?

Sara se sentía molesta. No entendía por qué Martín tenía que estropear el momento con sus preguntas. Fernando la salvó de tener que contestar.

—Os traigo la sorpresa final: cocido madrileño. Sé que para cenar, quizás sea un poco fuerte, pero os lo traigo en forma de tapa.

Sara quedó impresionada por la presentación. Sobre un plato de pizarra había una cacerola en miniatura con garbanzos. Al levantar la tapa de una

cazuelita negra, descubrió la sopa de fideos. La verdura, carne y embutidos, estaban repartidos en pequeños recipientes de cerámica de Talavera de la Reina. Eran ideales.

—¡Pero qué buen gusto tenéis! Estoy totalmente impresionada. ¡Enhorabuena! —La cara de felicidad de Fernando no podía ser más auténtica.

—Oye, Sara, ven cuando quieras, porque personas como tú son un aliciente para superar la monotonía diaria.

—Vaya, hombre, ya me estás despachando. —El tono de Martín no era tan jovial como pretendía.

—No te molestes, primo. Es que tú no eres tan agradecido. ¡So desgraciado! —Le dio un pequeño puñetazo en el hombro.

—Al que voy a traer aquí es a mi socio. Es el chef de nuestra empresa y, estoy segura, le encantará este sitio y querrá conoceros. Ya lo estoy viendo, disfrutará muchísimo.

—Cuando queráis. Os dejo para que degustéis vuestros platos.

En verdad estaba tan bueno como parecía. A Sara le supo a gloria. No había nada como un estómago reconfortado.

Decidieron tomar una copa en ese mismo lugar. No les apetecía perder el tiempo cambiando a otro lugar.

—Bueno, Sara, me gustaría conocerte un poco mejor. Cuéntame algo sobre ti. —Se notaba que Martín quería ir con pies de plomo.

—Comprendo que quieras saber más cosas sobre mí, pero no me gusta hablar de mi familia porque no me entiendo nada bien con mi madre, que es viuda. Con mis hermanas sí me llevo muy bien. Se llaman Marta y Lola. A veces, las echo muchísimo en falta. Eludo los temas personales porque son muy dolorosos para mí. Creo que no he debido de superar del todo los traumas de mi pasado. —El cansancio de la jornada, junto con el alcohol y la cero tolerancia que tenía a mostrar su lado más vulnerable (que la hería profundamente), hizo que su alegría se fuera apagando como una vela. No

estaba acostumbrada a compartir su pasado con el primero que aparecía.

—Perdóname si te he molestado. En mi defensa tengo que decir que es casi imposible conocerte, y no digamos, comprenderte. Eres como un molusco cuya concha es imposible de atravesar.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa de nada. La verdad es que contigo siempre me lo paso bien. Gracias por traerme aquí.

La tristeza y el cansancio se habían apoderado de ella. Martín le cogió la mano por encima de la mesa y se la besó con cariño.

—Y pienso conseguir que sea siempre igual. Anda, levanta que te llevo a casa. Creo que hoy hemos tenido un día muy largo.

Sin soltarle la mano, salieron del bar después de despedirse de Fernando. Les hizo prometer, que volverían pronto.

Martín la llevó a su casa en coche y aparcó en la entrada de su vivienda. Cuando Sara se dispuso a abrir la puerta, la agarró suavemente del brazo para que se girara. Sus ojos eran nubes borrascosas que presagiaban lujuria y pasión. Sin decir nada la besó. Fue como si una gran descarga eléctrica la recorriera. El deseo la envolvió. Era como si estuviera en llamas por dentro y por fuera. Sentía ardor en los muslos, en el vientre, en los pechos. Ciega de pasión, notó frío cuando Martín la separó de su cuerpo.

—Preciosa —la respiración de él sonaba como la de un caballo en plena carrera—, es mejor que lo dejemos ahora porque, si no, no respondo de mis actos. Cuando estés preparada, házmelo saber.

—Estoy de acuerdo contigo. —Haciendo un esfuerzo, salió del coche.

CAPÍTULO 12

Sara pulsó el timbre de la puerta, mientras, repasaba mentalmente todo lo que tenía que revisar con Martín para la fiesta. Le abrió el mismo señor amable de la otra vez.

—Buenos días, ¿podría ver a Martín? Dígale que lo ha venido a ver Sara Gómez.

—Con mucho gusto, pase.

Sara entró en el vestíbulo acercándose de nuevo a la escalera. Dirigiéndose al mayordomo, le dijo:

—Ya me contará algún día cómo cuida estas maderas tan bonitas. Me encanta el acabado que tienen y el olor que desprenden. —Disfrutaba del tacto mientras acariciaba el pasamano de la escalera.

—Lo haré encantado cuando usted quiera.

—Muchas gracias, muy amable. ¿Podría esperar al señor en el jardín? Así le voy echando un vistazo al lugar donde tendrá lugar la celebración.

—Por supuesto, sígame.

Ambos cruzaron el salón hasta llegar a las cristaleras, que eran correderas. Sara traspasó las puertas mientras el mayordomo se dirigía a avisar a Martín. Las claras aguas azules de la piscina lanzaban destellos plateados bajo los reflejos de los rayos del sol. Se acercó al bordillo y, descalzándose, metió los pies en el agua.

¡Qué fresca estaba! Contenta, empezó a mover los dedos de los pies como si estuviera tocando un acordeón.

—Pero, ¿cómo puedes hacer eso? Yo soy incapaz. —La asombrada voz de Martín le llegó desde la espalda.

—Qué sigiloso. No te había oído acercarte —sonrió divertida—. Siempre he podido mover así los dedos, desde pequeña. Mis hermanas lo intentaban, pero no lo lograban.

—Qué chica tan completa. ¡Sabe mover los dedos de los pies como una pianista!

Sara se carcajeó mientras él se descalzaba para remojarse también los pies.

—¡Qué buena está el agua!

—Espero que algún día me invites a darme un baño —le insinuó descarada—. Aquí se está de maravilla. Podríamos hacer un picnic.

—Dalo por hecho, preciosa. —La besó en la punta de la nariz—. Vamos a sentarnos un rato.

Ambos se subieron, divertidos, la ropa por encima de las rodillas y tomaron asiento en el bordillo de la piscina con las piernas en remojo. Desde esa posición disfrutaban de una magnífica panorámica del jardín. Estuvieron allí durante una hora. Decidieron dónde iría ubicado el escenario, la música, cómo sería la disposición de las mesas, incluso la situación donde instalarían el *catering* para poder acceder a los invitados con comodidad... Martín se ofreció a darle un plano del jardín y Sara decidió que, cuando lo tuviera, lo detallaría todo para mandárselo a los montadores. Clara la ayudaría.

Se les pasó el tiempo charlando de cosas intrascendentes salpicándose con los pies el uno al otro. De repente, una voz femenina los sobresaltó.

—Martín, cariño, tenía muchas ganas de coincidir contigo.

La espalda de Sara se envaró como si le hubieran introducido una estaca. Una rubia despampanante, de melena interminable hizo su entrada. Sus asombrosos ojos verdes comenzaron a evaluarla con curiosidad.

—Hola, Penélope. ¿Qué haces tú por aquí? —Martín se levantó para saludarla.

Sara observó cómo lo besaba en las mejillas y, a continuación, le echaba las

zarpas al cuello para abrazarlo. Martín no parecía contrariado en absoluto. Los celos hicieron mella en ella. No le gustaba nada sentirse así. La presentó como una amiga y vecina. Sara se levantó de donde estaba con esfuerzo y la saludó; había que reconocer que la vecina tenía una facha envidiable. A su lado, se sentía pequeña, delgada y sin curvas: una morena del montón.

Martín parecía ajeno al intercambio de miradas que se producía delante de él.

—Cariño —Penélope lo cogió por el brazo—, he venido a visitar a tu padre y a hacerle compañía un rato.

«¿Cariño? ¿Desde cuándo tiene a un *cariño*?». Sara no salía de su asombro.

—Mi padre te lo agradecerá mucho. Seguro que le agrada tu visita. — Martín miraba de reojo a Sara como queriendo calibrar su reacción.

—Gracias. Siempre tan galante conmigo. A ver cuándo te animas y salimos a cenar para recordar los viejos tiempos. ¡Los añoro tanto! —Penélope hacía verdaderos esfuerzos por ignorar a Sara.

Mientras se desarrollaba tan tierna escena, Sara se empezó a calzar. Hervía como una cafetera. Podía oír cómo la presión le salía por las orejas.

—Bueno, pareja —dijo—, os dejo con lo vuestro. Yo me marchó.

Penélope aprovechó para arrimarse un poco más al costado de Martín.

—Te acompaño a la puerta, Sara. — Martín intentó retirar a Penélope de su lado, pero no lo podía hacer sin ser grosero con ella.

—No, gracias. Ya sé el camino. —El hecho de que esa rubia de bote se comportara como una gata en celo no haría que ella perdiera su educación.

Con mucha tristeza y muy decepcionada salió de la casa para subirse al coche. Para ella, todos los hombres eran iguales. No se podía fiar de ninguno.

CAPÍTULO 13

Los vellos se le erizaban cada vez que introducía el brazo en el mueble frigorífico que albergaba los productos cárnicos del supermercado. Se notaba que en esa zona la temperatura bajaba. Era donde se exponían los productos frescos, normal. Debido a las largas horas de vigilia cuidando a Miguel, estaba cansada y falta de sueño. Ya ni se acordaba de lo que era pasar una noche durmiendo del tirón. Tenía el cuerpo cortado del agotamiento.

Su mundo se había vuelto tan pequeño, que ya, hasta acudir al supermercado para hacer la compra mientras María se quedaba con el niño, era un rato de ocio muy apreciado por ella. Podía relajarse y no pensar en otra cosa que no fuera examinar los productos que elegiría. Estaba en paz y relajada por lo que pensaba aprovechar y tomarse su tiempo.

Ya había comprado todo lo necesario para su chiquitín: pañales, yogures, agua, leche... Se había paseado ociosamente por el departamento de ropa infantil por si se le ocurría que pudiera necesitar algo y, de paso, ver lo que se anunciaba para la próxima temporada.

Por fin se dirigió a la zona de la alimentación, la de la carne. Eso no le divertía tanto, pero era necesario. Compraría unas patas de pavo. A Jesús le gustaban mucho preparadas al horno... Además, eran muy fáciles de hacer y baratas.

Dos chicas llegaron empujando un carro medio vacío. Estaban tan concentradas en la conversación que parecía no importarles compartirla con

los demás. Una de ellas, con el pelo rizado y un poco metidita en carnes lloraba sin consuelo. Eso hizo que le prestara atención. Le intrigaba el motivo de tanto desconsuelo.

—Mejor que ese cabronazo se haya ido con otra. ¿No te das cuenta de que no te quería? —Su amiga, cariñosa buscaba consolarla.

—No me había dado cuenta de nada. —Un sonido parecido a una trompeta le hizo saber que se sorbía los mocos—. Pepe siempre ha sido un padre y un marido muy cariñoso. ¡Nunca pensé que pudiera ponerme los cuernos! —sollozaba sin consuelo.

Sara desconectó. Lo sentía mucho por esa chica, se la veía destrozada y que sufría muchísimo, pero ella ya tenía sus propios problemas con los que lidiar y no era una cotilla.

Se acercó a la pescadería. Esa sección le encantaba. Se había criado en Cádiz y sabía lo que era un buen mercado. Para ella era el mejor que había conocido. Los supermercados de las grandes superficies eran bastante más aburridos porque, casi siempre, traían repetitivamente la misma mercancía. De todas formas, siempre se acercaba con curiosidad esperando que la sorprendieran con alguna captura de la temporada.

Sara cogió número para guardar turno y, mientras observaba e intentaba decidir lo que elegiría, se dio cuenta, de que las chicas habían seguido su camino. Se quedaron paradas cerca y su conversación volvió a entrar en su radio de acción.

—Te vuelvo a repetir que trabajaba muchas horas. —La voz sonaba cansada—. Ya sabes que en la empresa siempre tiene que haber alguien de guardia.

—Pero, ¿nunca sospechaste que eran demasiadas? —Parecía que la morena no daba crédito a lo ocurrido.

—Pues no, hija. Yo me encargo de la casa y de los niños, no sospeché que esto podía estar ocurriendo. Ya te he dicho que Pepe era un marido y padre muy cariñoso.

A Sara le tocó su turno. Se centró en lo que estaba pidiendo y le dio un poco de conversación al dependiente. El tema estaba comenzando a saturarla. No veía la necesidad de tener que ir radiando los cuernos por todo el supermercado.

Acabó de comprar y no pudo resistir ir a darse una vuelta por el departamento de menaje. Tenía todo lo necesario pero le gustaba ver las cosas nuevas que salían para cocinar. Le atraían los nuevos materiales con los que fabricaban los utensilios. Era increíble cómo te ayudaban. Era una friki, lo tenía que reconocer.

Cuando se cansó, buscó la zona de las cajas para pagar. Estaban atestadas. Cuando había llegado no había prácticamente nadie en el centro, pero se le había ido el santo al cielo y ahora se había llenado. Una única cola rodeaba toda la zona hasta llegar a una pantalla que repartía a las personas hacia las diversas cajas. Parecía que avanzaba deprisa.

Se sumó a los que esperaban cuando captó, otra vez, las voces de las dos amigas. Sara volteó los ojos y se resignó a armarse de paciencia. Estaba claro que iba a tener que tragarse todo el episodio completo ante la falta de inhibición de esas dos.

—Notaba que se preocupaba mucho más por su aspecto. A veces, hasta salía a correr. Eso siempre me extrañó porque solo hacía ejercicio bebiéndose una cerveza mientras veía esforzarse a los demás en la tele. — Parecía que la pena se había transformado en cabreo.

—Bueno, hija. Vamos a dejar el tema. No quiero que te alteres más. —Ya hasta la amiga mostraba cansancio.

—Incluso aparecía en casa con pequeños detalles para mí o para los niños. —Había cogido carrerilla—. El muy hijo de su madre me tenía bien engañada. ¡Ojalá se le pudra el pene y se le caiga! —Ambas explotaron en carcajadas.

Sara sonrió. Había gente con verdadera gracia. Hasta en los momentos peores, eran capaces de poner una nota de buen humor a la vida. Una

bombilla se encendió en su mente... se quedó mirando una bolsa de churros congelados que llevaba en el carro una pareja delante de ella.

Fue, literalmente, como si un velo se le cayera de los ojos: ¡Jesús la engañaba! Una conmoción se apoderó de su cuerpo. La duda de la sospecha se fue abriendo paso en su mente como un virus venenoso. Empezó a tener temblores. Las lágrimas le arrasaron los ojos.

Todas las señales empezaron a cuadrar como un rompecabezas en su mente. Había adelgazado: estaba a dieta porque en el hospital se comía muy mal. Era mucho más presumido, siempre iba de punta en blanco. Muchas mañanas, le traía churros recién hechos, otras veces; croissant para desayunar cuando salía de guardia, pero siempre llegaba a media mañana con alguna excusa. También se pasaba muchísimo rato hablando por teléfono. Normalmente salía a la terraza, según él, para ayudar a algún compañero que estaba en dificultades, otras, a algún familiar... A ella nunca se le ocurrió contrastar la información.

Terminó de hacer la compra como pudo, haciendo verdaderos esfuerzos para no romper a llorar. Se estaba convirtiendo en una experta en dominar sus sentimientos. Era más fácil cuando algo se desgarraba por dentro dejándote vacía, o eso pensaba ella.

Llegó a casa con la compra y, aturrullada, se fue directa a la terraza lavadero, donde estaba la ropa sucia, para comenzar el registro. Su camisa olía a perfume de mujer. Enfiló el pasillo; Jesús había llegado. Oía cómo corría el agua de la ducha. Barrió el dormitorio con la vista y localizó su teléfono. Comprobó que un número aparecía insistentemente tanto en llamadas entrantes como salientes. Lo pulsó.

—Hola, cariño. ¿Estás en tu casa?

Colgó.

El mundo se detuvo. Un gran sentimiento de pérdida la invadió. Intentaría sobrevivir al dolor que la arañaba por dentro haciéndola sangrar. Notó la familiar sensación de que todo a su alrededor se desmoronaba. Creyó que

estaba construyendo algo sólido alrededor de su pequeña familia, pero sentía que todo se iba al traste. Esa seguridad no existía nada más que en su imaginación.

Estaba destrozada. No se sentía con fuerzas para lidiar con las consecuencias de este descubrimiento.

Borró la llamada para que no dejara rastro. Tomó una decisión: no diría nada... Miguel la necesitaba y ella tenía que estar fuerte para él. Esperaría.

CAPÍTULO 14

El cuarto de baño era un caos total. Los maquillajes y pinturas estaban desparramados por todas partes. Sara y María se acababan de duchar e intentaban terminar de arreglarse con mucha prisa. En la cama del dormitorio no se vislumbraba ni un centímetro de colcha, ya que estaba cubierta toda de ropa. A pesar del volumen de la música, se oyó el zumbido del timbre de la puerta.

—Sara, abre tú que yo estoy poniéndome el rímel.

—Valeee.

Sara abrió la puerta en ropa interior porque ya suponía quién era.

—Hola, guapo. Pasa, que estás en tu casa; nos falta poco. —Besó a Alfonso en una mejilla.

—¡Pero qué fresquitas os veo! Yo que vosotras, me pondría algo, no vaya a ser que os resfriéis. —Se asomó al cuarto.

—Qué gracioso estás hoy, ¿por qué será? —La voz de María se oía desde el cuarto de baño.

—Daos prisa, pendones. Que Pedro me está esperando impaciente.

Alfonso se acercó a la cama y empezó a revolver los vestidos. Cogió uno rojo y se lo dio a Sara; otro negro a María.

—Quiero que os pongáis estos trajes. Os quedan de cine. Aquí el que entiende de ropa soy yo. Las dos me ponéis cuando lleváis estos modelitos.

Ambas se miraron y se echaron a reír.

—¡Te ponemos...! ¡Serás cínico! —exclamó Sara.

—Venga que se hace tarde. —Alfonso las empujó hacia el baño.

Le hicieron caso. María se puso el vestido negro. Era corto y sin mangas, pero le sentaba de maravilla. Se calzó unas sandalias plateadas. El rojo de Sara era de cuello a la caja, pero tenía un amplio escote que le llegaba hasta la cintura dejando lucir su bonita espalda. Encajaba perfectamente con su silueta. Unas sandalias de piel de serpiente completaban su atuendo.

Cuando llegaron a *La Boîte*, ya estaba atestada de gente. Esa noche iban a actuar Los Trotters. Pedro, la pareja de Alfonso, era el batería del grupo. El local era un antiguo teatro reformado y transformado en sala de fiestas. El patio de butacas hacía las veces de pista de baile. Los recargados adornos contrastaban con la modernidad de la sala. Allí, la música tenía fama de ser muy buena.

Entraron y se dirigieron hacia el escenario buscando a los músicos. Alfonso divisó a Pedro y las condujo entre la gente.

—Ya pensé que no llegabais. —Un Pedro muy nervioso, se acercó a ellos—. Hola, cariño. No hubiera podido empezar sin ti. —Ambos se fundieron en un largo beso.

—¡Por favor, qué intensidad! ¡Vaya dos! —dijo María—. Vamos a tomar algo, que aquí hace mucho calor.

Alfonso se separó, pesaroso, de Pedro; sus compañeros lo reclamaban porque iban a empezar pronto.

Los tres se dirigieron al piso de arriba donde habían reservado un palco para poder ver bien la actuación. Allí los esperaban, enfriándose, una botella de champán y unas copas. Alfonso sirvió tres de ellas y se las ofreció a sus amigas y propuso un brindis.

—Por Los Trotters, que esta noche sea la de su estrellato.

—Por Los Trotters. —Todos subieron las copas y se las bebieron de un trago.

Un gran redoble de batería les indicó el comienzo del concierto.

Antonio, el marido de María, hacía rato que se había unido a la fiesta. El grupo llevaba tocando alrededor de una hora. La gente estaba muy animada. Todos estaban en pie siguiendo los compases de la música. Alfonso bailaba un tanto desenfrenado con un amigo suyo; Antonio lo hacía con María, y Sara, con un espontáneo que había aparecido por la pista y que no lo hacía nada mal. Ambos vivían el momento y se lo estaban pasando estupendamente.

Bailaba al ritmo de los acordes, cuando sintió que la agarraban desde atrás. Al girar bruscamente se topó con los ojos furiosos de Martín.

—¿Te lo estás pasando bien, eh?

—Pues sí, ca-ri-ño. Fenomenal, gracias. —Con una sonrisa le pasó los brazos por el cuello sin dejar de moverse. No estaba dispuesta a que nadie le estropeará la noche. Martín no se hizo de rogar y la siguió, moviéndose a su ritmo.

Por encima de su hombro, vio a sus amigos, que la saludaron efusivamente con la mano. Ella se lo devolvió. Suponía que Antonio les había avisado de que estaban allí.

Su olvidado compañero la tocó en la espalda para llamar su atención. Sara se volvió hacia él.

—Oye, ¿no éramos pareja de baile tú y yo?

—No, cariño. Yo no estoy con nadie en particular, pero sí con todos en general.

Martín se detuvo. Su mirada presagiaba tormenta.

—Sara, si te crees por un instante que vas a seguir bailando con todos, estás muy equivocada. ¡Ese tío estaba intentando meterte mano descaradamente!

—Me da igual, ca-ri-ño. Esta es mi noche. No voy a dejar que ningún aguafiestas me la estropee.

Furioso, la agarró por la muñeca y con grandes zancadas la condujo a una

zona más tranquila. La aprisionó entre la pared, besándola con rabia. Sus manos le acariciaban todo el cuerpo. Ella le respondía sin ataduras. Se sentía húmeda. El calor de la excitación le hacía arder las entrañas. Sintió cómo los dedos de Martín intentaban abrirse camino a través de su ropa interior. Fue como un mazazo que la devolvió a la realidad. Lo apartó con fuerza. Ambos resoplaban.

—No pienses que voy a caer rendida en tus brazos a la primera de cambio. Que sepas que no me fío nada de ti. ¿Dónde has dejado a tu cariñito?

—Si estás enfadada por lo de Penélope, que sepas que fue mi primera novia, pero para mí no significa nada. Si te soy sincero, no sé qué mosca le picó el otro día.

—¿Que no lo sabes? Hasta tú te podrías haber dado cuenta: yo era la mosca que le picó. ¡Mira que eres cabeza hueca! —Con voz ronca y entrecortada por la excitación que todavía sentía, se arregló la ropa y volvió a la pista.

Una punzada de pena en el pecho, le indicó lo que ya no podía dejar de ignorar: se estaba enamorando de él.

Sara estaba agotada. Eran las cinco de la mañana. La actuación de Los Troters había sido todo un éxito. Cuando acabaron de tocar, la noche siguió. No recordaba cuánto champán había bebido. Alfonso y Pedro se unieron al baile con desenfreno. Ella, encontró a su pareja desconocida, y siguió bailando. No se acordaba ni de su nombre.

Cuando el taxi la dejó en su casa, descubrió con horror que el ascensor no funcionaba. Se descalzó y comenzó a subir los tres pisos como una anciana. Al enfilarse el último tramo...

—Sara, ¿eres tú? —La preocupada cara de Martín se asomó por el hueco del rellano.

—Martín, ¿qué haces tú aquí? —El corazón le dio un respingo al saber que

era él. No podía impedir que el corazón se lanzase a la carrera cada vez que lo veía.

—Llevo mucho tiempo sentado, esperándote. —Le enseñó, con una sonrisa una botella de champán, ya caliente, con dos copas—. Cómo dice el refrán: «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña». Sara, ¿no podemos dejar de pelear? Quiero conocerte, y la verdad es que cada día que pasa me cuesta más estar sin ti.

Sara se lanzó a su cuello con lágrimas en los ojos.

—Claro que sí, Martín. A mí también me pasa lo mismo. —Ya no iba a darle más vueltas. Lo quería y quería estar con él. Sospechaba que eran las copas, que la desinhibían, pero ya le daba igual. Sabía que Martín podía hacerle daño y que su corazón no sobreviviría, pero ya estaba harta de negar la realidad.

Martin le quitó las llaves de las manos y abrió la puerta. A trompicones, se fueron desvistiendo por el pasillo, directos al dormitorio. Al llegar a la puerta, con ella entre los brazos, se paró en seco.

—¿Qué ha pasado por aquí, un tsunami?

Sara se carcajeó. Cogió la colcha por las puntas, e hizo una gran saca con toda la ropa que había encima. La dejó en un rincón del cuarto.

—Arreglado. Ya no te puedes rajar.

Martín le dio un abrazo:

—Ven aquí, preciosa, que estoy deseando estar contigo. —A Sara se le pusieron los vellos de punta.

Terminó de desnudarla y la tumbó en el colchón con delicadeza. Se besaron con mucha suavidad, casi con miedo. Sara se sentía húmeda. Se acariciaban sin parar. Los dedos de Martín jugaban con sus pezones hasta endurecerlos para, a continuación, succionarlos y jugar con la lengua. Sin dejar de besarla, bajó la mano para abrirse paso entre los rizos de la entrepierna. Notó que ya estaba preparada. Apretaba el clítoris con delicadeza para, después, masajearlo. Sara creía que iba a explotar.

—Martín, quiero sentirte. Me voy a correr. —Su voz era un jadeo.

—Hazlo, preciosa. Tenemos toda la noche —le habló al oído.

Oyó rasgarse una envoltura. Notó cómo Martín se introducía en su interior con facilidad. Se movió con fuerza; ella lo seguía al compás. Un gemido de placer le brotó del pecho cuando alcanzó un orgasmo que le nacía de las entrañas arrollándola con fuerza, mientras, las contracciones apretaban el miembro de Martín que se derramaba en su interior con un gruñido de satisfacción repitiendo su nombre.

La noche trascurrió como si fuera una gran balada en la que ambos bailaron al mismo ritmo bajo las estrellas del firmamento.

Por la mañana despertaron abrazados. Sara abrió los ojos y una punzada le atravesó la cabeza. Con un quejido intentó moverse. Sintió a Martín contra su cuerpo, amoldado a su espalda. Se acurrucó para disfrutar del momento. No recordaba haberse sentido nunca tan bien con otra persona, satisfecha, feliz, protegida.

—Buenos días. —La voz grave le hablaba al oído—. ¿Te encuentras mal?

—Buenos días —le sonrió. —Me duele mucho la cabeza. Creo que ayer bebí demasiado.

— Eso tiene arreglo. No te muevas, que te preparo un café.

Martín se dirigió a la cocina. Sara comenzó a oír el cacharreo. Parecía que se las estaba arreglando bien. Al rato, apareció en el cuarto. La levantó en brazos envuelta en una sábana y la llevó a la cocina donde la hizo sentarse en un taburete.

—Anda, desayuna sentada para que se te vaya pasando el malestar. Aquí tienes. Café, aspirina y, si te apetece, algo de fruta.

—Gracias, Martín. Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me cuidó tan bien. —La emoción la embargó. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No llores, que se me rompe el corazón. —Martín le retiró el pelo y se lo puso detrás de la oreja—. Anímate y come algo, por favor. Le cogió con

ambas manos la cara y la besó con ternura.

Charlaron sobre la actuación de la noche e intercambiaron anécdotas en clave de humor. ¡Hasta se rieron cuando se acordaron de la escenita que habían montado en la pista de baile!

—Sara. —La voz de Martín cambió, y se puso serio—. ¿Me darás una oportunidad? ¿Darás pie a que podamos tener una relación? Yo lo estoy deseando.

Sara se tomó su tiempo. El corazón le brincaba de alegría. Martín, sin saberlo, se había introducido en su interior. El sentimiento de amar y ser amada la tenía abrumada. Tenía que ser valiente con lo que quería.

—Yo también lo estoy deseando. ¡Ojalá funcione! —Lo abrazó con fuerza.

—Nosotros haremos que sea así. Te quiero desde el instante en que te vi. Noté que fue algo especial.

Ambos se fundieron en un largo beso para continuar disfrutando del momento.

CAPITULO 15

«¡Las nueve de la mañana! Martín está a punto de llegar y no he hecho ni el macuto».

Nunca la habían invitado a navegar, a pesar de haberse criado en Cádiz. No tenía ni idea de lo que debía meter en la mochila que estaba preparando. Al final, se decidió por un poco de todo: ropa interior, de abrigo, neceser y una muda. Con los *shorts* y una camiseta, creía que iba perfecta. Martín le advirtió que llevara calzado adecuado para el barco, por lo que eligió unas playeras con suela de goma.

Oyó el telefonillo y, corriendo, contestó que bajaba.

Desde que se había levantado, un pellizco anudaba su estómago. Llevaban saliendo juntos tres semanas, pero tenía la misma sensación que en su primera cita, cuando era una adolescente. El corazón de Sara dio un salto de alegría al divisar el Mercedes de Martín, que ya la estaba esperando con la puerta abierta. Se saludaron con un alegre beso y emprendieron el camino hacia el pantano de San Juan. Transcurrió una hora hasta llegar a su destino. Una hora de risas, bromas y manos entrelazadas.

Un bonito barco alquilado, de vela, de veinticuatro pies, con el casco azul marino, los esperaba bailoteando en el pantalán. Se llamaba *El Serviola*. Sara lo observó con aprensión. Aunque ya se había tomado la pastilla contra el mareo, siguiendo el consejo de Martín, le parecía que se movía demasiado.

—Sara, no te preocupes. El agua está como un plato. Si te mareas, volvemos y no pasa nada. —Martín le tendía la mano, ya a bordo del barco

para que saltase.

Se armó de valor y lo hizo.

—Ven aquí, guapa. No puedo estar mucho tiempo alejado de ti. —La besó mientras la abrazaba.

—Bueno..., se acepta pulpo como animal de compañía. —Una carcajada salió de su pecho.

—Me parto contigo. ¡Mira que eres chistosa! ¿Nadie te ha dicho hoy que estas para comerte con ese modelito? —El pulso de Sara latía con fuerza mientras Martín paseaba la mirada por su cuerpo.

—Mira por dónde, tú eres el primero —respondió coqueta—. ¿Y nadie te ha dicho a ti que estas de lo más sexy con esas bermudas y esa camiseta negra que llevas puesta?

—Pues tampoco. Tú eres la primera. —Su voz estaba llena de deseo. Martín le dio una cachetada cariñosa en el trasero y comenzó a organizar los cabos—. Siéntate, que en un segundo salimos.

Dicho y hecho. Antes de terminar de hablar, se encontraban navegando hacia el centro del pantano. Martín izó las velas con presteza y se sentó en la caña. La cogió y colocó con delicadeza entre sus piernas para que ella posara la espalda sobre su pecho.

La zona bullía de actividad. Se podía ver a la gente en la playa bañándose y practicando todo tipo de actividades acuáticas. Nunca se imaginó que existiera un sitio tan cerca de Madrid donde se pudiera disfrutar tanto. No tenía nada que envidiarle a cualquier lugar de la costa.

Sara se relajó y admiró el paisaje. El cielo, como si estuviera recién lavado, se extendía azul sobre el embalse; solo a lo lejos se podían distinguir algunas nubes blancas, esponjosas como el algodón. El sol de ese día brillaba con fuerza, acompañando a la fresca brisa que alborotaba sus cabellos como si unos dedos traviosos lo hubieran desordenado. Saboreó el momento y levantó la cara hacia el cielo absorbiendo la luz. Respiró hondo, llenando los pulmones de aire con olor a humedad mezclado con el frescor de la

vegetación que los rodeaba.

A mediodía, Martín propuso parar. Echó el ancla en un sitio tranquilo y un poco apartado, no demasiado alejado de la orilla. Sorprendió a Sara sacando una nevera repleta de comida.

—*Voilà*, señorita! Espero que disfrute de estos manjares. —Sara, como una niña, aplaudió—. Aquí tenemos tortilla de patatas, empanada de atún, sándwiches y algo de fruta. Para beber podemos elegir entre vino, cerveza y agua.

Un sentimiento muy fuerte y desconocido para ella la sorprendió. Era una extraña alegría combinada con algo de desesperación. Una emoción molesta que amenazaba con romper las paredes de su corazón. Jadeó. Martín lo confundió con sorpresa.

Almorzaron opíparamente disfrutando de lo rico que estaba todo. Sara, sorprendida por los destellos que lanzaba el agua, se animó a bañarse. Martín la siguió. Jugaron como dos auténticos críos persiguiéndose y dándose ahogadillas. Agotados, dieron por terminado el baño y subieron por la escalerilla al barco.

—Ven, Sara. Tengo otra sorpresa para ti. —La cogió de la mano para entrar en el camarote.

—Martín, eres un caso —exclamó, lanzándose en sus brazos

El pequeño camarote estaba dispuesto con una cocina, cuarto de baño y, al fondo, una cama para dos personas perfectamente hecha con sábanas de algodón y almohadas abullonadas.

—No sé cómo lo has podido hacer sin que me haya dado cuenta, pero me encanta. Esto no lo podemos desaprovechar. Tomando la iniciativa, lo besó para transmitirle toda la pasión que la abrasaba. Era como si estuviese muriendo de sed y él le ofreciera humedad y alivio. Fue un beso que la hacía desmayarse.

Martín la desnudó con la rapidez de un rayo. Él hizo lo mismo y la tumbó con ternura en la cama. Sara se sentía su interior en llamas. Le ardían los

pechos, el vientre y los muslos. La mirada de Martín era pura pasión. Se situó entre sus piernas y se introdujo con rapidez. Esta vez no podían esperar para amarse con tranquilidad, se necesitaban con urgencia.

Pasaron la tarde queriéndose y acariciándose hasta que el cansancio los golpeó con fuerza.

Sara se despertó acunada por el movimiento del barco. Se encontraba sola. Se levantó y se vistió. Subió a cubierta y observó que Martín llevaba la caña, estaban volviendo. Comprobó, con sorpresa, que la tarde estaba cayendo.

—Hola, dormilona. ¿Has descansado? —Le tendió una mano para que se acercara.

—Mucho. ¿Y tú estás bien?

—Mejor que nunca. —Se besaron brevemente y ella ocupó su sitio apoyando su espalda en él.

A Sara se le cortó la respiración al ver la preciosa puesta de sol. El cielo parecía estar ardiendo e iluminaba el horizonte. Las nubes, encendidas, reflejaban su color en el agua. Tuvo la certeza de que esos recuerdos no los olvidaría. Se habían quedado grabados en su corazón.

Amaba a Martín. Le hubiera gustado que no fuera tan precipitado para ella, pero así eran las cosas. Había despertado unos sentimientos largo tiempo sepultados en su interior. Volvió la cabeza y lo besó en el cuello, aspirando su aroma salobre.

Pronto llegaron y, una vez atracados, recogieron todas las cosas y volvieron cansados y satisfechos a Madrid.

—Señor —La voz de la secretaria de su padre sonaba por el interfono—, le recuerdo la agenda del día: a primera hora tiene la videoconferencia con los clientes americanos; después, reunión con los gestores de sus carteras, asesores contables y fiscales, y por la tarde lo esperan en la fábrica para que

dé el visto bueno al plan de mejoras.

—Gracias, Rita. Muy amable.

Le resultaba muy difícil concentrarse, su mente volvía una y otra vez a Sara. Cuando pensaba en ella, el corazón se le aceleraba. Vivía en una nube y, aunque tenía mucho trabajo, se le hacía más liviano sabiendo que al final del día estaría con ella. Nunca se había sentido tan feliz como cuando estaba con ella, entonces los sentimientos lo desbordaban. Para él su atractivo era superior al de cualquier otra chica; era una mezcla de belleza con una mente despierta y ágil que mostraba su inteligencia natural. Todo ello, unido a su valentía y a lo luchadora que era, formaba un cóctel que lo atraía como un imán. No existía ni un minuto en el que se aburriera en su compañía, aunque a veces solo estaban juntos en silencio. Le parecía una persona divertida e interesante; excepcional.

Cogió el teléfono y le escribió un mensaje:

«Buenos días, preciosa. Estoy deseando volver a verte.»

Con una sonrisa en su semblante, se dirigió a la sala de reuniones donde tendría lugar la videoconferencia.

Al finalizar la reunión, enseguida comprobó que ella le había mandado una respuesta:

«Buenos días para ti también. Bringas..., como eres tan agradable, te invito a cenar esta noche. En casa a las ocho y media».

Una gran oleada de deseo anticipado le trepó por el pecho hasta que se le atoró en la garganta. No sabía si le sería posible hablar en esos momentos, y estaba seguro de que ella se imaginaba el efecto que tenían en él sus palabras. Se recompuso porque notó que ya empezaban a llegar los asistentes a la siguiente reunión... Se levantó a saludarlos.

La mañana se le pasó corriendo hasta que llegó la hora de subirse en el coche camino de Toledo, donde estaba la fábrica. Mientras lo llevaban, se tomó unos emparedados que le sirvieron de almuerzo.

Desde pequeño siempre le había gustado visitar el tren de envasado. El

proceso de llenado y etiquetado, hasta que los productos salían en cajas, dispuestas a partir rumbo a un determinado cliente con sus especificaciones dadas, le fascinaba. Había quien quería la aceituna deshuesada, negra, con hueso; a veces rellena de anchoa, otras de pimiento o, simplemente, la manzanilla de toda la vida, su preferida.

Visitó todos los departamentos y comprobó con satisfacción que la nueva maquinaria llevaba a cabo el proceso al doble de velocidad que la anterior.

A las siete y media salió para Madrid. Una vez en el coche, se aflojó la corbata y desembarazó de la chaqueta para ir más cómodo. Cogió el teléfono para ver los *e-mails*. No pudo remediar sentirse un poco decepcionado al no ver ningún mensaje de Sara. Sus dedos volaron por el teclado:

«Salgo para allá. ¿Quieres que lleve algo para la cena?»

La respuesta fue instantánea:

«Sí, a ti».

Aguantó las ganas de reír mientras escribía:

«¿No necesitas que lleve la bebida? ¿O, quizás..., el postre?»

Esta vez la respuesta tardó en llegar. Echó la cabeza hacia atrás para descansar mientras notaba cómo la excitación lo invadía. Sonó el aviso de entrada de un mensaje:

«Bebida ya tenemos, y el postre... es una sorpresa».

Estalló en carcajadas. No veía el momento de llegar. Se sabía enamorado, y le encantaba sentirse así.

Nada más entrar en el piso de Sara, la abrazó y besó largamente. Había soñado con ese momento durante todo el día.

—¿No hay modelito especial para esta noche? —preguntó socarrón.

—Tienes a la percha para ti solito, ¿qué más quieres? —Sara siempre era ingeniosa en sus respuestas. Vestía unos vaqueros con una blusa blanca de seda.

—Estás guapísima. Te cambio por la cena.

—De eso nada, que llevo toda la tarde en la cocina. Le pellizcó el brazo con

suavidad.

La mesa los esperaba puesta para dos comensales. Unos bonitos candelabros la adornaban, y olía de maravilla.

Se dejó sorprender por una crema de guisantes seguida de un solomillo Wellington salteado con verduritas de guarnición. Se fijó en que el vino tinto era de su marca preferida. Disfrutaron de la cena mientras intercambiaban las anécdotas del día; hicieron planes para el fin de semana y compartieron las últimas noticias sobre sus amistades. Sara era divertida e inteligente. No podía expresar con palabras lo que se deleitaba en su compañía.

—Estaba todo buenísimo. Estoy deseando saber cuál es el postre. —Su voz se volvió inesperadamente ronca, y su tono, malicioso—. Me has tenido en ascuas todo este tiempo.

Sara se levanto y rodeó la mesa mirándolo a los ojos. Le quitó la copa de las manos y se sentó en su regazo.

—Como no sé elaborar dulces, he decidido que el postre soy yo. —Comenzó a besarle suavemente mordisquearle el labio inferior mientras sus manos lo acariciaban.

Martín gimió, totalmente excitado.

—No has podido tener una idea mejor. —La cogió en brazos y a grandes zancadas, se dirigió a su dormitorio.

CAPITULO 16

Las potentes voces de los setenta y ocho guardiamarinas retumbaban en el templo como una sola entonando con emoción *La Salve Marinera*. La cantaban ante la Virgen del Rosario, la patrona de Cádiz, en la iglesia de Santo Domingo.

Sara observaba a Martín con ojos húmedos. Nada la había preparado para la impresión que le causó verlo vestido de uniforme. Se quedó atónita. Llevaba el de invierno y le quedaba como un guante. No le extrañaría que se lo hubieran hecho a medida, puesto que le sentaba a la perfección. Resaltaba sus amplios hombros y pectorales.

Habían llegado en el tren por la mañana temprano, puesto que la misa empezaba a las diez. Martín, como militar que era, tenía que llevar el uniforme. Le había pedido a Sara que lo acompañara, puesto que quería compartir con ella la despedida del buque escuela *Juan Sebastián Elcano*. Experiencia que él ya había vivido en su día y que era tan importante en la carrera de un marino.

Al finalizar el oficio, la banda se formó en procesión, seguida de los guardiamarinas con sus oficiales delante. Todos en perfecta formación precedían a *La Galeona*. La Virgen los despediría en el puerto para, luego volver a su lugar, en la iglesia.

A Martín le habían cedido sitio en la procesión junto a los oficiales, pero él había declinado la invitación para estar con Sara. Iban detrás de la Virgen.

—¿Te ha gustado la ceremonia? He visto que has echado unas lágrimas.

—Me ha entusiasmado. Ha sido realmente emotiva. No he podido evitar emocionarme.

Martín la agarró por la cintura y la besó en la mejilla.

—Yo sí que me emociono cada vez que te veo. Estas guapísima. —Un temblor le recorrió el cuerpo. Martín era capaz de decirle cosas preciosas. Le traspasaban el corazón.

Llegaron al muelle donde estaba atracado *Elcano*. Los familiares, junto al público, esperaban ansiosos por despedirse de sus seres queridos. Con un pequeño revuelo, la marinería, oficiales y suboficiales se acercaron. Abundaron los besos, la sonrisa y las lágrimas hasta que tuvieron que subir al barco a la señal del contraamaestre. Una vez abordo, aparecieron las autoridades.

Martín y Sara observaban todo desde la patrullera *La Cazadora*, que escoltaría al navío hasta que dejara las aguas de la bahía. Él le iba explicando todos los detalles.

Pronto, el buque se fue despegando del muelle con la ayuda de los remolcadores. La banda ejecutaba una alegre marcha mientras el público aplaudía con fervor. La patrullera se adelantó y esperó en la bocana del puerto para dejar maniobrar al navío. Martín saludó a sus superiores y a las autoridades, las cuales habían subido para hacer el trayecto con ellos. En todo momento presentó a Sara y estuvo pendiente de ella para que no le faltara conversación. Se empezó a servir un pequeño ágape.

Al rato, salieron al exterior para poder seguir los movimientos del buque escuela. La mañana de marzo era fría. El mar, salpicado de borreguitos, hacía bailotear al centenar de embarcaciones que se arremolinaban engalanadas cerca del buque. En su empeño por tener una buena posición en las proximidades del navío, hacían sonar las bocinas y agitaban banderas de España. La tripulación, en posición de descanso, saludaba con sus gorras y las manos.

A la orden del silbato, la actividad empezó a bordo del *Elcano*. La

marinería subió con premura y experiencia por las jarcias hacia lo más alto de los cuatro palos. Las velas cangrejas se abrieron con ruido al hincharse por el viento. Las de proa, también. El gran buque empezó a surcar el mar ciñendo el viento, majestuoso.

Sara lo observaba todo sin perder detalle. Cogió la mano de Martín y se la apretó para transmitirle su emoción.

La mañana pasó rápido. Una vez en tierra y finalizadas las despedidas, decidieron ir a comer algo. Salieron del muelle y, andando, cruzaron la plaza del ayuntamiento hasta llegar a la catedral. Fue un pequeño paseo muy agradable que hicieron cogidos de la mano. Tomaron asiento en una terraza.

—Sara, ¿has disfrutado?

—Muchísimo. Aunque me crie aquí, nunca me llevaron a muchos sitios. Recuerdo que, a la plaza del Contadero, no muy lejos de aquí, venían todos los años unos titiriteros. Acudíamos con nuestra tata y nos encantaba, era mágico. Algún año incluso nos compró un globo. —La mirada de Sara vagaba entre la gente con aire nostálgico.

—¿Te hubiera gustado ir visitar algún lugar que te recordara a tu niñez? — Tenía mucho interés en que vieras el mundo en el que me desenvuelvo y en el que me encuentro feliz. —Sus ojos grises como el acero la acechaban, vigilando sus reacciones. Por lo visto, para él era muy importante saber qué pensaba al respecto.

—No me hubiera gustado ir a ningún sitio en particular. Lo que sí te pediría es que volviéramos otro día con tiempo, porque esta es una ciudad que merece la pena disfrutar. Además, no creo que nos dé tiempo para mucho más. No olvides que tenemos que coger el tren. Respecto a tu trabajo, ya me he dado cuenta de que te mueves como pez en el agua cuando te subes a un barco. Se te ve totalmente feliz. —Sonrió para tranquilizarlo.

—Sí que lo soy, pero ahora que mi padre está enfermo, quizás tenga que replantearme mi futuro. No lo sé, por el momento no me gustaría dejarlo. No se puede abandonar de un plumazo lo que llevas haciendo toda tu vida.

—Pues no lo hagas. —Le cogió las manos entre las suyas—. Sigue, y el tiempo ya te irá diciendo qué debes hacer —le dijo con mucha ternura.

—Gracias, preciosa, por comprenderme tan bien. —Le cogió la mano y se la besó.

—Pues te advierto que yo nunca he descartado irme lejos, a cualquier país que lo necesite, para colaborar con los más necesitados. —El tono de Sara se volvió más formal mientras leía la carta.

—¿Tienes pensado algún país para visitar en concreto? Porque si lo haces, yo también iré contigo. —Su voz se tornó seria—. No dejes de realizar ningún sueño, Sara. Yo siempre procuraré apoyar tus planes e ilusiones. Quiero que ambos sumemos juntos, que no nos restemos.

—Y por eso te quiero, entre otras cosas. Aunque he hablado en serio, no hace falta que te alarmes, puesto que no entra en mis planes inmediatos. —Sara sonrió intentando quitarle solemnidad al momento.

A media tarde, el sol desapareció y el frío empezó a hacer acto de presencia. Pagaron y volvieron paseando a la estación.

—Lo bueno que tiene esta ciudad, es que se puede ir andando a casi todas partes —comentó Sara mientras observaba cada vez más molesta, como todas las chicas con las que se cruzaban, se lo comían con los ojos.

—Sí, realmente es una ciudad preciosa y muy agradable para vivir —comentaba ajeno a lo que le rodeaba.

Ya un tanto agotados, cogieron el tren de las siete y media, que les llevaría directamente a Madrid.

«Hemos pasado un día realmente agradable». Pensó Sara.

CAPITULO 17

Sara daba vueltas ante el espejo. No se creía la imagen que le devolvía: la de una chica guapísima, parecía una modelo. Reía feliz recogiendo la larga falda. El traje de noche había sido un acierto. Desde el instante en que lo vio, se enamoró de él. Era de seda rosa palo y se ajustaba a su figura resaltando sus curvas. El cuello de barco, con mangas caídas sobre los hombros, dejaba al descubierto sus clavículas; al llegar a los pies formaba un poco de campana. Superpuesto, un fino tul bordado con delicadas flores en tonos pastel contrastaban con la suave seda. De la misma tela, era el chal que llevaba para cubrirse los hombros. Había decidido calzarse con unos zapatos de salón color fucsia que combinaran con el bordado de las flores. Un favorecedor recogido en la nuca, adornado con una rosa blanca, completaba la estampa.

Se sentía ligera y rebosante de ilusión. Hacía tres meses que Martín y ella salían juntos. Nunca había sido tan feliz. Habían trabajado mucho en la organización de la fiesta, codo a codo. Primero habían decidido que habría unos exquisitos entrantes de bienvenida, pero que no fueran tan abundantes, ni tan duraderos como para quitarles a los invitados las ganas de seguir alimentándose. Las personas podrían saludarse y conocerse antes de sentarse a cenar. Una rifa, un buen baile y fuegos artificiales completarían la fiesta.

El zumbido del telefonillo la sacó del ensueño. Seguro que era él. Apretó el botón de apertura y salió impaciente a la puerta de entrada. Cuando el ascensor llegó, el corazón le dio un vuelco. Vio salir a un guapísimo oficial

vestido con el uniforme de etiqueta. La chaqueta azul marino con botones dorados, a juego con los pantalones del mismo color, destacaba su estupenda figura. La corbata de lazo, era del mismo negro que la faja de raso y los zapatos con cordones. La camisa blanca con pechera y cuello de pico vuelto resaltaba como un faro sobre los otros colores. La gorra la llevaba sujeta debajo del brazo. En la mano derecha sostenía unos guantes blancos. Su bronceado chocaba con su pelo rubio ceniza recién cortado y con esa mirada gris humo que tanto la fascinaba.

—No tengo palabras... Estás preciosa. Con ganas me quedaba aquí contigo sin ir a ninguna parte. —Su endiablada sonrisa la hizo sentirse débil.

—Gracias, porque voy a tener la suerte de ir del brazo del hombre más guapo de todos.

—Me encanta que me digas eso, pero de esa prerrogativa voy a gozar yo a tu lado. Todos babearán al verte y me encantará, porque solo yo tengo la suerte de estar contigo.

Cuando llegaron, la fiesta estaba ya bastante animada. Martín le cedió las llaves del vehículo al aparcacoches, y entraron directamente al jardín. Sara observó con satisfacción que estaba todo perfecto. Unos preciosos centros de mesa de camelias blancas y rosas presidían las mesas rodeadas de coloridas frutas como fresas, arándanos, frutos del bosque y uvas. En conjunto, la iluminación, disposición de las mesas y de las plantas, eran todo un acierto. Eso, unido a que el jardín de media hectárea de terreno perfectamente cuidado, creaba un ambiente, fresco y romántico. Las fragancias de las madreselvas, jazmines y damas de noche lo envolvían ayudando a crear un contexto mágico.

—¡Hola, pareja! Estáis arrebatadores. —Un alegre Alfonso les salió al encuentro seguido de su novio, Pedro.

—¡Tú sí que estás elegante, por detrás y por delante! —Sara le sacó la lengua, traviesa.

—¿Con que esas tenemos, eh? Pues ahora te voy a dar un abrazo y te voy a

estrujar. —Sara intentó resistirse.

Martín asistía divertido al intercambio porque ya lo tenían acostumbrado a sus usuales muestras de afecto. Cuando no estaban discutiendo, claro.

Allí estaban Ignacio, Pilar, Antonio y María todos muy guapos. Sara se acercó para saludarlos. Observó que se lo estaban pasando muy bien. Comprobó con ojo profesional que el *catering* estaba espléndidamente organizado. Esa noche, Alfonso se había ofrecido a hacerse cargo de todo el trabajo para que ella pudiera estar libre y disfrutar de la fiesta.

Sara echó en falta a Curro. Lo buscó con la mirada y lo vio un tanto alejado con una chica. Les sonrió y se dispuso a saludarlos. Al llegar cerca de ellos casi se tropieza del sobresalto.

«¿Mónica?...¡No me lo puedo creer!».

Curro le sonreía con cara de apuro. A Sara le salió un suspiro del cuerpo pero charló con ellos intentando ser amigable puesto que apreciaba la amistad de él, hasta que Martín llamó su atención para que se acercara. La presentó a su padre que se encontraba lo bastante recuperado como para asistir un rato a la fiesta. Doña Belén estaba muy orgullosa del trabajo que ambos habían realizado y así se lo hizo saber.

La cena fue un éxito. Alfonso puso el listón muy alto al elaborar el menú que consistió en *vichysoisse*, pastel de pescado acompañado de ensalada y un riquísimo *roast beef* con verduritas. De postre una *mousse* de queso y membrillo. Por supuesto, él se encargó de escribirlo en las minutas de la manera más rimbombante que pudo.

El pianista, que había estado amenizando la cena, dio paso con mucha floritura a la rifa. Ante el asombro de Sara, un Alfonso sonriente y encantador, cogió el micrófono, dispuesto a llevar la conducción de la misma.

—¿Qué es esto? ¿Cómo has dejado que ese peligro salga al estrado? — Sara, alarmada, se acercó al oído de Martín.

—Buenas noches, señoras y señores. —Todo el mundo prorrumpió en aplausos—. Este año, tengo el honor de hacer los honores para que la rifa en

beneficio de la Asociación de Niños con Síndrome de Down se desarrolle de la manera más amena posible. Para ello, requiero la presencia de mi socia y amiga, Sara Gómez, para que me ayude en ello. —Sara se quedó bloqueada. Miró a Martín de reojo y vio, ante su asombro, que este le hacía un guiño.

El pianista redobló sus esfuerzos para dar pie a que ella se levantase. Como no le quedó otra alternativa, se acercó a Alfonso bajo los aplausos de los invitados, con una sonrisa de oreja a oreja. No dejaba de pensar en que, si podía, le daría una patada en la espinilla, o un puñetazo. Tenía que decidirlo.

Alfonso se convirtió en el alma de la fiesta. Hizo reír al público con sus chistes y ocurrencias. Zalamero, lisonjeó a las damas; con humor, bromeó con los señores a la vez que se iban repartiendo, entre gritos de júbilo, los regalos. Primero empezó a sortear los de menos cuantía: un lote de embutidos, artículos decorativos para las casas, un fin de semana en un hotel... Los premios gordos se quedaron para el final: un magnífico jamón de pata negra y una bonita vajilla completa de la cartuja de Sevilla. Todos ellos los habían cedido, gustosas, las empresas patrocinadoras. Alfonso no paró de promocionarlas para que el año siguiente repitieran. Su propia empresa *dulceysalado*, había colaborado, además del catering, con una cena para dos a domicilio cuando quisieran.

Ella no dejó de intentar varias veces darle una patada, pero el traje no se lo permitía. Además, Alfonso, que la conocía, la sorteaba sin ningún problema.

«Bueno, ya me encargaré de él en otro momento», pensó con resignación.

Después de la rifa, la pequeña orquesta que habían contratado comenzó a sonar. Habían convertido la pista de tenis en zona de baile. El solista entonó la canción *New York*, de Frank Sinatra, y Martín no perdió ocasión y la sacó a bailar.

Para Sara fue una noche mágica. Bailaron durante toda la velada lo que tocaron. El broche final, lo pusieron los bonitos fuegos artificiales de los que disfrutaron agarrados.

Al salir para coger el coche, ya eran las cinco de la mañana. Agotada, solo

soñaba con quitarse los tacones porque los pies le latían de dolor. Habían conseguido superar la recaudación de años anteriores con creces, y todo el mundo los felicitaba por el éxito. Lo más selecto del mundo empresarial estaba allí como escaparate para futuros negocios. Cuando, por fin, parecía que podían marcharse, Jaime, el mayordomo, se acercó a ella con cara de misterio.

—Antes de que se fuera, quería darle esto. —Le hizo entrega de un sobre de papel.

—Muchas gracias. No puedo imaginarme ahora mismo qué puede ser. — Sara lo abrió y lo leyó—. ¡Qué amable! —Lo envolvió con un cálido abrazo y le dio dos besos—. Con esto, ahora, podre conservar las maderas tan bonitas como las de esta casa. —Ambos se despidieron de él y subieron al coche, rumbo a casa de Martín.

Al llegar, el cansancio hacía ya tiempo que había hecho mella en ellos. Sara se desvistió de prisa y pasó al cuarto de baño. Al meterse en la cama vio, sujeta por sus patitas a la pantalla de la lámpara, una pequeña mariposa que llamó su atención. Sus finas alas vibraron cobrando vida. La reconoció. Se dio cuenta de que Martín debía de guardarla desde su primer encuentro.

Cuando ambos yacían abrazados, justo antes de que el sueño la envolviera por completo, una gran sonrisa iluminó su rostro: Martín la amaba.

CAPÍTULO 18

El aire en la sala de juegos estaba viciado. Tenía un ligero olor a humanidad. Las mesas de tapetes verdes salpicaban la estancia, cada una con un número para identificar lo que ocurría en ellas.

En medio de un silencio sepulcral, solo interrumpido por alguna tos o carraspera inoportuna, se celebraba una partida de cartas. Las cuatro integrantes de la mesa número dos, concentradas en la mano que se acababa de repartir, simulaban tranquilidad donde solo había nervios. Jugaban una partida de mus. Como veteranas que eran, sabían que la pose era esencial en esos momentos. Cada cual adoptaba posiciones para que su lenguaje corporal no delatara la jugada que tenían entre manos. Cuando la tensión hacía mella en ellas, guardaban silencio.

Doña Carmen Muñoz llevaba a gala ser una de las mejores jugadoras de mus en Andalucía. Eternas horas de juego a su espalda la avalaban. Había acudido a Madrid representando a su comunidad autónoma en el campeonato nacional que se celebraba en el Real Club de la Puerta de Hierro.

Lucía la melena perfectamente peinada, donde ningún cabello parecía salirse de su sitio, dándole un aspecto de que la hubieran inflado de aire. Con un maquillaje muy natural y los labios pintados de rojo, su fachada era impecable. El único indicio de cierto nerviosismo, se apreciaba en la manera sistemática con que se acariciaba el collar de perlas que llevaba al cuello. Aunque, a esas alturas de la partida, también podía confundirse con algún tipo de señal que le lanzaba a su compañera de juego, la marquesa de las

Fuentes. Ignacia, en ese momento, cerró la jugada, que les dio la victoria.

Exclamaciones y murmullos se elevaron en la sala. Todos sin excepciones, reconocían la valía de las jugadoras. Las felicitaban y les deseaban la mejor de las suertes.

Doña Carmen abandonó la mesa hasta el día siguiente que continuaría el campeonato. Se dejó felicitar con la tranquilidad de sentirse una más entre lo más granado de esa ciudad. Llevaba el juego en la sangre, y no solo no le importaba, sino que le gustaba. Estaba orgullosa de ello. Era el medio que tenía para reivindicar su estatus social. Ella destacaba de esa manera y haría lo posible para seguir así, aunque su estúpida hija intentara de todas las formas, arruinar lo que ella había conseguido con tanto esfuerzo. Gracias a eso, jugaba en los mejores clubs del país, incluso viajaba al extranjero en ocasiones representando a España. Le había costado mucho. No se había convertido en una profesional en la materia en dos días, aunque no hubiera constancia de ello, ya que, simulaba dedicarse al juego por puro placer porque estaba tremendamente mal visto que pudiera necesitarlo para vivir. Haría cualquier cosa, para seguir guardando las apariencias.

Podía tutearlos e incluso llamarlos por los moteles que usaban entre ellos para acrecentar la sensación de confianza y complicidad entre los que se reconocían del mismo círculo. Los hacía parecer amigos íntimos al saber desgranar, durante sus conversaciones, sus parentescos y árboles genealógicos como si estuvieran deshojando una margarita. Todo ello, eso sí, mientras no hicieras algo fuera de lo socialmente correcto, pues entonces caías en el más grande de los ostracismos. Si eso llegara a ocurrir, esos mismos amigos y parientes en diferentes grados, no dudarían ni un segundo en despellejarte con la mala saña que da la buena educación: sin misericordia ni caridad ninguna.

Doña Carmen presumía ante todo el que pudiera oírla de su hija Sara y de su éxito profesional. Las más pequeñas eran incluidas en sus alabanzas cuando contaba los maravillosos logros que conseguían en sus estudios y el

futuro tan prometedor que les aguardaba.

Se acercó a la barra dispuesta a pedirse ese *gin- tonic* que se tenía ganado después de tres horas de intensa partida.

—Hola. ¿Qué te apetece tomar? —le preguntó su amiga Ignacia, que ya se encontraba allí.

—Un *gin- tonic* de *Brockmans*, y que la tónica sea *Schweppes* —dio las indicaciones como experta consumidora.

—No te vas a creer quiénes están merendando en la terraza. —La excitación que le causaba dar la noticia hacía que le brillaran los ojos.

—Si no me lo dices, no puedo ser adivina —contestó Carmen echando un ojo hacia fuera para constatar que no los conocía.

—Los Bringas. —Ignacia se quedó mirándola con expectación esperando que ese nombre le dijera algo.

—Ignacia, como no me des más pistas, me quedo como estoy. —Carmen le dio un sorbo a la bebida.

—Los padres de Martín Bringas, la última conquista de tu hija Sara. Son dueños de un imperio en el sector agroalimentario. Me lo ha contado Cuqui Banús que se enteró el otro día durante una partida de cartas.

—¡Qué maravilla! ¿Dónde están? —Una sonrisa comenzó a dibujarse en su boca.

—Aquellos de allí —le indicó con un ligero cabeceo—. Los que están sentados en la esquina.

—¿Tú los conoces?

—Claro. Si quieres, te los presento. —Estaba encantada consigo misma por ser la que hiciera los honores.

—Por supuesto que quiero. Hagamos como si estuviéramos buscando una mesa libre en la terraza.

Ambas se dirigieron a la pareja que estaba disfrutando de la buena temperatura que hacía tomando un té con pastas. Haciéndose las encontradizas, se realizaron las presentaciones. Las invitaron a sentarse con

ellos ante la escasez de sitios. Ignacia, al rato los dejó con la disculpa de que tenía que saludar a alguien.

A Carmen le parecieron muy agradables, pero eso no impedía que entrase a matar. Su resentimiento y amargura podían con todo.

—Pues de Sevilla es también la chica que sale con nuestro hijo Martín — señaló doña Belén.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama? Igual conozco a su familia. —Doña Carmen no cabía en sí de gozo.

—Sara Gómez. Es la propietaria, junto con su socio, Alfonso López, de un *catering* que está haciendo furor aquí en Madrid.

—¡Qué casualidad! ¡No me lo puedo creer! ¡Pero si es mi hija, la mayor! — En las caras de los padres de Marín se reflejó el estupor más genuino. Era asombroso que la casualidad los hiciera conocerse.

—Es una chica encantadora. Ya hace unos meses que salen y nosotros estamos muy contentos porque vemos la influencia positiva que ella ejerce en él. Lo hace muy feliz, se ve a la legua.

La ira la invadía por oleadas conforme iba escuchando sus palabras. Cuando en su mirada todo se volvió rojo, el temor a desbocarse, como un caballo, la hizo calmarse. Cogió la copa para hacer algo de tiempo y poder recomponerse.

Ya más tranquila, repuso:

—Yo también estoy encantada con la relación. A mi hija la veo entusiasmada. Espero que, por fin, supere su pérdida. —Las cariñosas palabras destilaban veneno. No podía soportar no saber nada de lo que estaban hablando. Se sentía como una extraña mendigando información de otra persona. Su hija era una perversa.

Un gran silencio se hizo en la mesa.

—Perdón. Quizás haya metido la pata. Creía que sabíais que mi hija estuvo casada con anterioridad y que perdió a su hijo. —Parecía realmente abochornada

—¡Pobrecilla! ¡Cuánto los sentimos! —Doña Belén estaba desolada.

—Se quedó embarazada con veinte años y tuvo un hijo con Síndrome de Down. Mi nieto Miguel era un ángel que murió con ocho meses. Más o menos lo que duró su matrimonio. —A esas alturas de la narración, las lágrimas le inundaban la cara. Sacó un pañuelo del bolso para secarse.

—Lo sentimos mucho. No sabíamos nada. —El matrimonio se miraba con consternación.

—Bueno, tampoco es un secreto. No habrá tenido ocasión de contarlo. El pobre Jesús, su marido, también se quedó destrozado. Todavía mantenemos contacto de vez en cuando. —Las mentiras le salían con facilidad pasmosa, dejándole un dulce sabor a miel en la boca: el de la venganza—. Mi hija, por aquella época, era muy inmadura y, a pesar de que Jesús trabajaba casi las veinticuatro horas al día para que no les faltara de nada, a ella todo le parecía poco. Le costó mucho hacerse a la idea de que era madre. Probablemente, la mimamos en exceso. —Su pena, esta vez, no era fingida, porque eso sí lo pensaba.

La incomodidad del matrimonio era notoria. Se lanzaban miradas de preocupación uno a otro.

—Quizás se esté haciendo tarde. Sentimos tener que dejarte. Nos tenemos que ir, hace rato que el chófer nos aguarda.

Una vez acabadas las despedidas, doña Carmen volvió a tomar asiento. Mientras los veía alejarse llamó al camarero para que le volviera a llenar la copa. Una sonrisa se dibujaba en su cara.

CAPÍTULO 19

Era la una y Martín esperaba, impaciente, sentado en una cafetería. Había mandado un mensaje a Sara citándola para hablar con ella. Sus ojos se asemejaban a un volcán de lava en erupción, rojos e hinchados, por no haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Había pasado la mañana en la oficina como un sonámbulo. Mirando sin ver la lluvia racheada que golpeaba a latigazos la ventana. No le extrañaba porque el tiempo era el reflejo de su alma. Su corazón se retorció de dolor. La cabeza era un torbellino que amenazaba con volverlo loco. Sintió que su vida se derrumbaba en el momento en que visitó a sus padres el día anterior para ver cómo se encontraban.

Levantó la vista cuando la sintió llegar y, a pesar de los tumultuosos sentimientos que lo embargaban, se le atascó la respiración ante su presencia. Apretó con tanta fuerza la mandíbula que escuchó cómo rechinaban los dientes. Le pareció vislumbrar inquietud en los ojos. Fue un instante, por lo que no estaba seguro de no haberlo imaginado.

Ella lo saludó alegremente dándole un beso. Él, seco, le ofreció la mejilla.

—Hola, cariño. ¿A qué viene tanta premura? —Intentó agarrarle el puño crispado que tenía encima de la mesa. Martín lo retiró con rapidez.

Sara tomó el asiento de enfrente. Su mirada le hizo saber que era consciente de que esa sería la última vez para ellos. Temía que el corazón le explotase y se convirtiera en cenizas.

El camarero llegó y depositó en silencio la botella de agua que había

pedido. Los miró y se marchó.

—¿Qué ocurre, Martín? Deja de darle vueltas y cuéntamelo. —Su entereza lo cabreó. Incluso entonces, roto de ira y de dolor, apreciaba la suerte que había tenido al haber estado con ella.

—Mis padres coincidieron ayer con tu madre, en Puerta de Hierro. Estuvieron charlando. —Martín levantó la mirada y recibió un mazazo. Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Sara. Le caían en silencio, como si su corazón se estuviera desgarrando de dolor y sus palabras fueran una premonición maldita—. Ya estoy enterado de tu matrimonio y de tu maternidad. No tengo que contarte lo que ha supuesto para mí saberlo a través de mis padres. —Martín hablaba con la vista fija en algún sitio por encima del hombro de ella—. Y tú... pidiéndome explicaciones sobre Penélope. —Su amago de sonrisa se convirtió en una horrible mueca—. He hecho averiguaciones a través de conocidos comunes, y cuál ha sido mi sorpresa, cuando me he dado cuenta de que todos conocen a tu madre y han oído hablar de su ambiciosa hija mayor, la que es propietaria de un *catering*. Acabó con su matrimonio cuando su marido no pudo seguir manteniendo su nivel de vida. Dedicada a juergas y borracheras. Tampoco quiso hacerse cargo de su hijo con síndrome de Down. —Martín volvió a fijar la vista en ella—. ¿Qué tipo de persona eres...? Una maldita embustera. Eso es lo que eres. Sabías desde el principio que no puedo soportar tener a mi lado a alguien que solo piensa en mi dinero. Te expliqué que la Marina lo era todo para mí. No hay nada que me produzca más dolor que comprobar lo interesada que eres.

Sara se movió. A él le pareció que iba a decir algo. Su desgarrado corazón quería escuchar que todo era una gran mentira. Que lo consolara. Que le dijera que todo seguiría igual, pero Sara solo buscó un pañuelo en el bolso que tenía en su regazo y se limpió las lágrimas.

Sintió cómo la ira se iba abriendo a patadas en su interior.

—Mis padres me han contado, preocupados y horrorizados cómo tu propia

madre, intentando disculparte en todo momento, les narraba lo mala hija, madre y esposa que eres. —Al lanzar la estocada final, Martín oyó cómo se cerraba una puerta en lo más profundo de su mente. Parpadeó y descubrió que tenía los ojos anegados en lágrimas.

Fría e intensamente, la miró. Sara no podía sostenerle la vista, ni siquiera un instante. Se puso a jugar nerviosamente con la llave del coche que tenía en sus manos. En la calle, la lluvia se había convertido en llovizna. Un puño invisible de dolor le atravesó el pecho, a punto de reventárselo.

Estaba harto, ya no aguantaba más. Las palabras no dichas por ella, eran las que más le dolían. La angustia lo invadió. Se levantó y, sin ni siquiera mirarla, dejó un billete encima de la mesa y se marchó.

Sara permaneció allí sentada como una estatua de sal. Estaba vacía. No sentía nada.

Desde el momento en que Martín empezó a hablar, un presentimiento de pérdida la invadió. Aunque creía que lo había dejado atrás, el dolor ya formaba parte de ella. Cuánto se había equivocado. Sabía que él le haría daño. Que no podía volver a entregar su corazón a nadie, y menos a él, porque eran de dos mundos distintos. Todos esos años, se había rodeado de un entorno en el que se sentía segura y querida. No debería haberse arriesgado a salir de él, pero su maldito y débil corazón hizo que no actuara con raciocinio.

Cuando nombró a su madre, una gélida brisa la atravesó como un espíritu invisible, y comenzó a llorar. No pudo retener las lágrimas. Oía susurros y que Martín hablaba, pero tenía la mente embotada.

«Es mi madre». Era una idea insoportable.

«Los lazos de sangre no tienen más importancia que los que quieras darles». No sabía a quién pretendía engañar.

Se levantó como un zombi, sin mirar a ningún lado. El sol la cegó cuando salió a la calle. Buscó un taxi que la llevara a casa. Nada más llegar, dejó sus cosas y se enroscó en la cama, sobre la colcha que la cubría. Se echó a llorar con una explosión de sollozos desgarradores y desordenados que le salían del alma. Hasta que se durmió.

Se despertó agitada, con la respiración entrecortada, el corazón latiéndole con fuerza y la piel perlada de sudor. Allí se encontraban Alfonso y María; recordó que tenían llave de su casa. Ambos la observaban en silencio con cara de preocupación.

—Sara, ¿qué ha ocurrido? Llevamos toda la tarde intentando llamarte y no dabas señales de vida. —María se sentó al borde de la cama y le acarició el cabello con cariño. Alfonso esperaba sentado en una silla.

Los recuerdos la golpearon como una pesadilla.

—Ha sido mi madre. —Y les contó lo sucedido.

Alfonso ardía de indignación:

—Ese Martín es un cabrón. Va el tío y se cree lo primero que le cuentan sobre ti. Es un auténtico imbécil. Estás mejor sin él. —Su voz era dura y cortante como el acero bien templado.

—No, Alfonso. Me dijo que había hablado con conocidos de Puerta de Hierro. Por supuesto, serán todos del círculo de mi madre, donde nadie me ha tratado realmente. Solo saben lo que ella les cuenta.

—Encima, defiéndelo. Sigue haciendo el tonto. Como lo vea, lo machaco. Es un cabronazo —volvió a sentenciar.

María lo fulminó con la mirada, silenciándolo. Sara lloraba de pena.

—No te preocupes. Al final todo vuelve a su cauce. Intenta calmarte. Te queremos mucho. Alfonso y yo ya lo hemos hablado, y nos vamos a turnar para estar contigo. Por desgracia has tenido que superar cosas peores. Seguro que con esto puedes. —María no debía de recordarle el pasado pero la pena la desbordaba y temía por ella.

Lloró hasta caer rendida. Sus amigos le prepararon algo de cena y la

despertaron. Alfonso pensó que una buena sopa thai la reconfortaría. Sabía que era su preferida.

Cenaron en silencio y decidieron poner una película cómica que los ayudara a ahuyentar la tristeza. A Sara no le apetecía otra cosa que volver a meterse en la cama, pero no dijo nada por no desilusionarlos, así que empezaron a ver *Ocho apellidos vascos*.

Fue un desastre desde la primera escena. Sara no paró de llorar. Todo le recordaba a Martín: cuando los protagonistas se enfrentaban, ella recordaba sus peleas; cuando hacían el amor sin apenas conocerse y la protagonista se marchaba, lo mismo que había hecho ella; el jaleo que formaba el chico cuando iba a verla, lo mismo que había hecho Martín para celebrar la fiesta. Veía similitudes incluso donde no existían. Quitaron la película.

A esas alturas, su llanto era inconsolable, y sus amigos ya no sabían cómo ayudarla. Sara tenía los nervios destrozados y estaba fuera de sí, rayando en el histerismo.

Alarmados, se pusieron de acuerdo: mientras Alfonso le preparaba una tisana relajante y le daba un ansiolítico para que pudiera dormir, María la obligó a asearse y a ponerse el pijama para meterse en la cama.

—La mejor cura es un descanso reparador —le repetían. Ambos sabían que eso le iba a llevar un buen tiempo y paciencia. La noche iba a ser muy larga.

Esperaron a que se quedara dormida. Se miraron preocupados. No sabían cómo iba a salir de aquella cuando la vida ya la había castigado tanto. Sin embargo, los dos tenían claro que iban a apoyarla incondicionalmente. Decidieron que María se quedaría esa primera noche con ella.

CAPITULO 20

—Tío Martín, ¿cuánto van a tardar los demás? ¿Falta mucho para que lleguen? —Paloma lo miraba con los mismos ojos solemnes de su padre, Ignacio.

—No, enseguida estarán aquí. —Martín se agachó y cogió al pequeño Iñigo entre sus brazos al evidenciar este signos de cansancio.

Llevaban quince minutos esperando a Curro y sus hijos. Habían quedado para pasar el día todos juntos ya que Ignacio y Pilar se habían ido como invitados a una boda. Él se ofreció para cuidar de los niños y qué menos que quedar con Curro y los suyos para juntar a una gran pandilla y que lo pasaran mejor. Necesitaba estar ocupado para ver si así se aflojaba la garra que le atenazaba el corazón desde que no veía a Sara.

Le estaba costando mucho mantenerlos quietos, puesto que Paloma, la mayor, no veía el momento de empezar a montar en bici, y su pequeño ahijado se aburría sin realizar ninguna actividad.

Enseguida divisó a Curro, que se acercaba con sus hijos, Currito, Pepe y Antonio, de ocho, seis y cuatro años respectivamente. Los saludó con la mano y, para no perder tiempo, se volvió para pagar el alquiler de la bici familiar en la que iban a pasear juntos.

—Hola, chicos, ¡qué alegría veros! —Curro le revolvió el pelo al chiquitín y saludó con un beso a Paloma.

—Hola, pandilla. —Martín chocó los cinco con los hijos de Curro—. Juraría que habéis crecido desde la última vez que os vi. Ya os tengo dicho

que está prohibido sobrepasar la línea roja. ¿Cuál es la línea roja?

—Tu altura. No podemos pasar tu altura —Currito lo recitó como una cantinela que se sabía de memoria.

Emocionados, los niños corrieron a ocupar sus sitios discutiendo porque todos querían los de primera fila, los asientos más prominentes. Curro y Martín se saludaron brevemente. Con la mirada acordaron hablar más tarde porque con ese grupo era imposible tener una conversación de dos palabras seguidas sin ser interrumpidos.

El día estaba despejado y se notaba que las plantas estaban despertando del invierno. Los jardines del Retiro se veían preciosos. Los recorrieron entre bromas pero a la media hora, ya se empezaron a cansar. El sol, cuando salía en primavera, apretaba mucho. Aunque iban despacio y prácticamente todo el esfuerzo lo hacían los adultos, los niños se estaban empezando a fatigar de pedalear.

—¿Cuánto falta para que se acabe el tiempo, papá? —La voz de Antonio sonaba agotada.

—Ya casi hemos llegado. Al final de esta recta entregaremos la bici. —Curro sonreía. Era muy niño y verdaderamente disfrutaba mucho con sus hijos.

—Jooo, ¡qué pesadez! Eso es mucho. —Los demás corearon las protestas. A esas alturas, todos dejaron de pedalear. Solo persistían Martín y Curro.

Una vez entregada la bicicleta, comenzaron a caminar hacia la zona donde estaban las barcas. Martín no dejaba de volverse y contarlos mentalmente. A Iñigo, lo llevaba cogido de la mano. Le horrorizaba perder algún niño.

—Tío, relájate que están todos. —Curro le dio un fuerte golpe en la espalda, en parte para animarlo y, por otra, para fastidiarlo, pensó Martín.

—Soy hijo único y no estoy acostumbrado a ir con tantos niños. Déjame en paz que no te molesto.

—Bueno, si contar compulsivamente te sirve para estar más tranquilo... Estás más tenso que una cuerda. —Martín intentaba disimular el dolor que se

le reflejaba en el rostro.

Alquilaron dos barcas. Una la llevaría Curro y la otra, Martín. Los niños se entremezclaron a su gusto, después de un rato cambiándose de sitio hasta que al fin, se pusieron de acuerdo. Ellos los dejaron hacer observándolos con cariño.

Justo cuando se empezaron a separar del borde para comenzar a remar, a Martín le dio un vuelco al corazón. ¡Sara estaba pagando para alquilar una barca! Apartó la vista enseguida y empezó a remar con brío hacia el centro del lago.

—Os estamos ganando. ¡Tonto el último que llegue! —Paloma, Antonio e Iñigo, les sacaban la lengua a los de la otra barca.⁷

—¡Estáis haciendo trampa! Papá, date prisa, que nos dejan atrás —jaleaban los otros a grito pelado.

Martín estaba pendiente de su tripulación todo el rato. Le daba pánico que alguno se cayera al agua, sin embargo no dejaba de seguir con el rabillo del ojo la barca de Sara.

¿Quién sería el niño con síndrome de Down que la acompañaba? Si no supiera que su hijo había fallecido, se le habría pasado por la cabeza que se trataba de él. Se dio cuenta de la dulzura con que le hablaba, de cómo lo dejaba remar y de la manera en que ambos se inclinaban para vigilar el fondo por si pasaba algún pez. Supo el momento exacto en que ella detectó su presencia. El vello de la nuca se le erizó. No sabía si su maltrecho corazón podría aguantar otro envite. Hacía días que ni comía ni dormía. Ella estaba más guapa que nunca, y eso no lo ayudaría a olvidarla. Solo con el tiempo lo superaría. Eso es lo que necesitaba: tiempo.

Los minutos fueron pasando como una agonía, a cámara lenta hasta llegar a la hora. Con el pecho a punto de reventarle por la tensión y la angustia, tomaron tierra. Allí lo esperaba Sara con el niño cogido de la mano, como una guerrera a punto de entrar en combate.

Martín buscó a Curro con la mirada y supo que su amigo se haría cargo de

la situación. Era una cobardía por su parte, pero ese asunto ya lo superaba. Tenía ganas de que lo dejaran solo y echarse a llorar.

—Hola, guapísima, cuánto tiempo sin verte. —Curro la abrazó cariñosamente—. ¿Quién es este grandullón que te acompaña?

—Me llamo Patricio, y no soy un grandullón, soy un niño. —Muy serio, no le sostenía la mirada.

—¡Anda, pero si es verdad, eres un niño! ¡Seré tonto! No me había dado cuenta. —Todos los demás rieron su supuesto despiste.

Curro les presentó al grupo y Martín, que se quedó atrás, escuchaba con atención todo lo que decían. Observó cómo Sara hablaba con Curro y, para su sorpresa, se acercó a él.

—Martín, desearía hablar contigo para aclarar algunas cosas. —Ni siquiera un saludo—. ¿Tienes un momento? —Su cara era una máscara de frialdad. Un pinchazo le atravesó el pecho.

—Por supuesto. —Se alejaron caminando.

Bordearon el lago caminando en un tenso silencio. Él esperaba que ella comenzara a hablar, aunque casi temía lo que le tuviera que decir. Nunca se había sentido arrasado por la pena y la decepción. También es verdad que jamás había experimentado las cosas que hizo junto a ella. Intentaba fijar la vista en las plantas que lo rodeaban, pero todo se volvía borroso a su alrededor. A su nariz llegó un atisbo de su olor y todas las células de su cuerpo lo aspiraron con ansias. Ella parecía tranquila. Comenzó a hablar sin mirarlo.

—Quiero que sepas por mí que estuve casada y que mi hijo falleció. Esa es la única verdad de todo lo que me dijiste el otro día. Reconozco que te lo debería haber contado, pero es una época de mi vida tan dolorosa que solo el recordarla hace que las heridas se abran y vuelvan a sangrar. No sé si alguna vez lograré que cicatricen. —Sus ojos color aceituna lo taladraban—. Todo lo demás es falso. Mi relación con mi madre nunca fue buena, pero a partir de mi embarazo, empezó a ser desastrosa y ahora, casi inexistente. —Esbozó

una tensa sonrisa—. No pienso darte más explicaciones, porque no te las mereces. Me siento traicionada por ti, por creer al primero que pasa. Gracias por tu tiempo. —Sara se dio media vuelta y comenzó a alejarse demostrándole su más absoluto desprecio.

—El primero que pasa es tu propia madre. —No supo si lo escuchó. No se volvió. La observó coger a Patricio y marcharse.

Curro se acercó con los niños con cara de preocupación. Fueron a comer a una pizzería. Ese día lo recordaría como el más interminable de su vida. Insoportable. Y lo peor es que no se había creído nada de lo que ella le había contado. Sentía un vacío desolador en su interior. Era como si no tuviera capacidad de sentir. Dentro de él solo había desierto.

CAPÍTULO 21

Habían pasado tres horas desde que Miguel había entrado en el quirófano. Sara se sabía de memoria todos los desconchones y manchas de humedad de las paredes. El respaldo de plástico de la silla se le clavaba en la espalda. De vez en cuando, le llegaba el tufillo característico de los hospitales aunque ya le costaba notarlo tan acostumbrada como estaba a ellos. Lo odiaba. María estaba con ella, cogida de su mano.

«La incondicional María».

Sus hermanas acababan de llegar. Habían salido del instituto y aguantaban la tensa espera en silencio, sin nada que decir. Su madre..., ni se acordaba cuándo fue la última vez que supo de ella.

Tenía el corazón en un puño y los ojos secos de tanto llorar. Ya había estado en la capilla rezando. No estaba preparada para perderlo, y esta vez, el miedo le mordía las entrañas. Se temía lo peor.

Se sentía cansada, sudorosa y sucia. No recordaba cuánto tiempo llevaba sin lavarse y sin comer decentemente, ya que Miguel y ella llevaban ingresados un mes, y para un niño de ocho meses era muy duro que su madre no estuviese a su lado.

Por fin se abrieron las puertas que daban a los quirófanos y aparecieron el cirujano y el anestesista. Sara intentó leer en sus rostros, pero estos no reflejaban nada, solo cansancio. El más alto de los dos, el cirujano, se quitó la mascarilla y le comunicó que la operación había salido bien, pero que su estado era muy crítico. La autorizó para visitarlo en la UCI.

Sara no pudo remediar que su pensamiento volase a Jesús. Llevaba toda la tarde intentando localizarlo y no aparecía. Y eso que no estaba trabajando; le había dejado mensajes de todo tipo. El corazón se le partía de pena. Tantas mentiras, engaños, ocultaciones... Basura. La ira crecía en su interior quemándola por dentro porque no podía entender cómo se comportaba así con su hijo; encima, siendo médico. No valía nada como persona. Su amor se había convertido en odio, y no podía soportar su presencia ni a un metro de distancia. Les había hecho mucho daño a ella y a su hijo aunque, gracias a Dios, él nunca notó nada.

«El rey de Roma, por la puerta asoma». Jesús justo apareció en ese momento con el pelo revuelto y la cara desencajada.

—*Hola, Sara, ¿cómo está Miguel?* —*Intentó besarla, pero ella apartó la cara. Ya estaba harta de guardar las apariencias.*

—*Muy mal. En estado crítico. Estoy esperando para pasar a verlo.*

Sin que diera tiempo a nada más, las puertas se abrieron y apareció el cirujano de nuevo. Esta vez, sí pudo leer en su cara lo que venía a decir.

—*Siento comunicarles que Miguel ha fallecido. Su corazón no ha podido aguantar. Hemos hecho todo lo posible por él. Mi más sentido pésame.* — *Jesús hizo ademán de abrazarla y ella lo rechazó. Se apoyó en la pared y se echó a llorar.*

—*¿Puedo pasar para despedirme de él?* —*preguntó Sara entre sollozos*

No fue una buena idea, porque cuando lo vio, entubado y lleno de cables, el mundo se le cayó encima. Nunca lo olvidaría; lo tendría grabado a fuego en su retina y era horrible. Con su muerte, en su vida hubo un antes, y un después. Todo el mundo sufría, tenía problemas, y ella lo sabía, pero cuando hay que superarlos es lo peor. Lo malo siempre es «el después», cuando te quedas a solas contigo misma y el terror te invade.

El tiempo transcurrido hasta el entierro pasó a cámara lenta, como si una niebla lo recubriese todo. Destrozada, habló con Jesús para dar su matrimonio por finiquitado. El no tuvo nada que objetar y los abogados se

pusieron de acuerdo.

Sara hizo sus maletas, vendió las acciones que le había dejado su abuelo al morir y cogió un AVE para Madrid. Allí pronto encontró una buhardilla muy económica y comenzó a trabajar en un bar como camarera.

Alfonso trabajaba allí de cocinero. Cuando lo conoció, su vida comenzó a dar un cambio radical. Pronto entablaron amistad. Eran dos almas heridas que se atrajeron. Él huía de su pueblo, en Castilla-La Mancha, donde se avergonzaban de él. Sus padres, humildes agricultores, no se podían hacer a la idea de tener un hijo gay. Se sintieron aliviados cuando Alfonso se marchó a buscar trabajo a Madrid, huyendo de ese ambiente tan opresivo.

Pasaron dos años trabajando muy duro. Sus jornadas eran interminables y no conocían festivos ni descansos. Durante ese tiempo soñaban y planificaban su futuro negocio. Se forjó una gran amistad

Así nació dulceysalado: con los ahorros de los dos, el dinero de su abuelo y un crédito bancario.

Con su nueva vida, sus heridas fueron sanando..., o eso creía ella.

SEGUNDA PARTE: SALADO

Guinea Ecuatorial

CAPÍTULO 22

El aeropuerto internacional de Malabo le parecía deprimente, puesto que ese era últimamente su estado de ánimo habitual. Desde que hacía un mes Martín y ella habían roto, no lograba recuperar el ánimo y la desidia la invadía con frecuencia.

Desde muy joven había pensado en viajar a otros países y poder poner su grano de arena para ayudar a los demás. Pensaba que era una manera de devolver todo lo que la vida le había dado a ella. Eso era cuando soñaba con comerse la vida, hasta que la vida se la fue comiendo a ella. Desde los veinte años había dedicado todas sus energías a sobrevivir, primero cuidando a su hijo Miguel, y después, trabajando muy duro para levantar la empresa junto a Alfonso. Ahora sentía que era hora de marcharse y poner distancia de por medio porque el diario se le hacía insoportable. Era la válvula de escape que necesitaba para poder subsistir al vacío que Martín había dejado en su vida. Hubo momentos en los que creyó que no lo superaría, que acabaría emocionalmente destruida.

A pesar de todo, había conseguido llegar hasta allí. Se encontraba en su destino después de un mes de preparativos: vacunas, papeleo, visado... Contactó con un chico que trabajaba allí y se le ocurrió la idea de ponerse a disposición de *Aldeas Infantiles SOS*, con la que ya colaboraba. Nunca pensó que transcurriera todo tan rápido, puesto que enseguida le ofrecieron el puesto de nutricionista en el centro de salud de Bata.

Lo que más le costó fue dejar *dulceysalado*, cosa que no hubiera podido

hacer sin la ayuda de Alfonso. Él la había empujado a marcharse aduciendo que ya estaba hasta el gorro de tener que dormir en su casa. No había podido convencer a sus amigos de que la dejaran sola porque ya estaba restablecida. Siempre le repetían que eso lo tendrían que decidir ellos, igual que lo hicieron cuando comenzaron a dormir en su casa. La verdad, era un alivio no tener que seguir molestándolos. No podía remediar sentir un ramalazo de celos cada vez que pensaba que Clara estaba ocupando su lugar. Se sentía miserable por albergar esos sentimientos, pero no lo podía evitar. No le fue fácil traspasar las riendas aunque lo hiciera voluntariamente. Al final, fue un ejercicio de humildad.

Los pasajeros y ella llevaban esperando alrededor de una hora. Después de rellenar algunos papeles había que guardar turno para dos colas. En la primera había que pagar las tasas y el visado, en la segunda te revisaban el pasaporte. Los funcionarios parecían trabajar con la misma desidia con la que te miraban.

Se sentía cansada y sudorosa, harta de observar el desvencijado suelo de madera y darse manotazos para alejar a los insectos que revoloteaban alrededor. La sala tenía signos de deterioro. Empezando por el suelo y siguiendo por los desconchones de las paredes. Altas mesas alargadas, como las que usaban los escribientes antiguos, ocupaban la mitad del espacio, el resto lo llenaban ellos con sus equipajes de mano. Colgados del techo, cuatro perezosos ventiladores removían el aire caliente sin ofrecer ningún alivio.

Cuando le llegó su turno, le tomaron las huellas dactilares, le hicieron una foto y las preguntas de rigor, y pudo, al fin, pasar para recoger su maleta. Allí tuvo que esperar otros quince minutos hasta que el equipaje empezó a circular por la cinta. Divisó su gran mochila, la cogió y se la cargó a los hombros.

A la salida, ya en la calle, esperaba un grupo de personas con carteles en las manos. Un chico, cercano a los cuarenta, con el pelo canoso, sostenía un cartel de *Aldeas Infantiles SOS*. Se acercó a él.

—Buenas noches, soy Sara Gómez. Me figuro que me esperas a mí. —Le tendió la mano para estrechársela.

—Javier Alonso; encantado de conocerte. —Ambos se saludaron—. Estoy aquí para acompañarte hasta nuestro alojamiento. No suelo ser yo el encargado de recoger a los nuevos que llegan, pero tenía que arreglar unos papeles en la embajada de España y, de paso, aproveché el viaje. Mañana, cuando hayamos descansado, continuaremos la marcha hasta Bata, nuestro destino.

Ya sentados en un todoterreno bastante polvoriento, comenzaron a circular por una carretera asfaltada pero llena de baches. Javier le comunicó que tardarían en llegar media hora y le informó sobre el clima. Como era época de lluvias, las temperaturas serían de unos veintiocho grados, y bajarían por la noche hasta los veinticuatro o veinticinco. Caían chaparrones de escasa intensidad pero abundantes, incluso con aparato eléctrico. También le aconsejó sobre el tipo de vestimenta y calzado que debería llevar.

—Bueno, Sara, ¿qué es lo que te trae por aquí? Porque seguro que no es el turismo.

—Creía que ya sabías que vengo a colaborar con vosotros durante tres meses como nutricionista. —Sara lo observó. De perfil, se dio cuenta de que el cabello prácticamente blanco lo hacía parecer más mayor de lo que era.

—Aquí, todas las manos que se echen son pocas. —Javier se volvió y clavó en ella una intensa mirada azul. La estaba evaluando.

—Eso pretendo, ayudaros. Ya me he informado de que Guinea Ecuatorial es el país de África Occidental con la tasa de mortalidad infantil más alta. — Sara intentó observar el exterior, pero la oscuridad se lo impedía. Pensó que su acompañante parecía un tipo muy agradable. Se notaba que era educado y culto. La invadió la curiosidad—: ¿Es Bata tu residencia habitual? —La pregunta le salió sin pensarlo. Se ruborizó, aunque, debido a la oscuridad, no se daría cuenta.

—Soy de Burgos y hace cinco años que trabajo aquí como médico de

familia. —La respuesta la dejó aún más intrigada pero no quería seguir siendo indiscreta y guardó silencio—. Ya hemos llegado. —Dando un volantazo, Javier dejó la carretera para introducirse en un camino de tierra.

La vegetación de despejó y el haz de luz de los faros barrió la espesura hasta iluminar una casa. En el porche de la entrada, a pesar de la hora, los esperaba un hombre de color, José, que les hizo entrega de las llaves. Javier, la acompañó a su habitación y se despidió de ella.

Sara depositó su mochila en el suelo con un largo suspiro. Una gran cama con dosel y mosquitera ocupaba casi todo el habitáculo. Comprobó que la puerta del otro lado de la habitación daba al cuarto de baño. Se lavó y se introdujo entre las sábanas. Era un placer meterse en la cama después de tantas horas de viaje. Apagó la luz, pero al instante se puso alerta. Le parecía que fuera había gente hablando en voz baja.

Abrió la ventana y observó la oscuridad que lo envolvía todo. Encendió el teléfono para alumbrarse y se vio rodeada por la naturaleza. Con asombro, descubrió que el sonido provenía del viento, que, cuando circulaba entre las hojas de la vegetación, las hacía susurrar. Parecían mantener una agradable conversación.

Dejó la ventana abierta y se refugió dentro de la mosquitera. Se quedó dormida, acunada por esos murmullos que consolaban su corazón.

El día amaneció radiante. Cuando abrió los ojos, le costó un momento ubicarse, pero enseguida el corazón le latió con ilusión. Se vistió y se fue a desayunar. No le costó encontrar a Javier, sentado en una pequeña sala al lado de lo que parecía ser la cocina. Estaba leyendo un periódico que había vivido tiempos mejores.

—Buenos días. ¿Has descansado bien? —la saludó sin levantar la vista de su lectura.

—Como un bebé. Estaba muy cansada. —La mirada se le iba detrás de la comida.

—Sírvete y desayuna, que luego hablamos. —Javier dio por terminada la conversación. Parecía un hombre de pocas palabras.

A Sara la fascinó la variedad de frutas tropicales. Se sirvió un café con leche acompañado de pan con queso. Llenó un bol con trozos de diferentes frutos. Estaba todo delicioso; el estómago le rugía.

Después de estar viajando durante todo el día, primero en barco hasta alcanzar el continente y luego otra vez en coche, era tarde cuando por fin llegaron al centro de salud de Bata.

El edificio era un gran bungalow de estilo colonial. El personal sanitario, que no vivía en la ciudad, disponía de alojamiento en unas construcciones anexas que no estaban mal. Su habitación era limpia y parca pero cubría todas sus necesidades. Bata ocupaba el segundo lugar en importancia en el país después de Malabo; era la capital económica, con aproximadamente doscientos treinta mil habitantes.

Después de instalarse, Javier le presentó a Teresa, una chica de color que rondaba los cuarenta. Con sus cariñosos ojos oscuros y sonrisa permanente, Sara no tuvo la menor duda de que encajarían a la perfección. Ella le contó que desempeñaba el cargo de auxiliar de clínica y colaboraba en todo lo que podía, puesto que allí había mucho trabajo. La acompañó a la sala común que hacía las veces de cuarto de estar y comedor. Le presentó a todos y cenaron muy animadamente. Sus compañeros eran personas muy agradables y simpáticas, gente sencilla que no tenía tiempo para los artificios. Allí luchaban a diario contra la enfermedad y la muerte.

Decidió salir a tomar el aire un rato, prometiendo no alejarse del edificio. El centro de salud estaba anclado en terreno ganado a la selva. En la zona del río Muni, donde se encontraban, la parte baja estaba dominada por los manglares. Conforme ganabas altura, la selva lo cubría todo.

Descubrió que allí también susurraba el viento, y la llenó de alegría. Se

apoyó en la pared y cerró los ojos, escuchando cómo los murmullos de miles de hojas ganaban intensidad cuando lo hacía el aire. Notó cómo la paz iba cosiendo con hilos invisibles los rasguños y heridas de su alma. Sabía con certeza que había tomado la decisión correcta al viajar hasta allí, al igual que sabía que, en realidad, la que más necesitada de ayuda estaba era ella misma. Por suerte, había nacido en la parte del mundo donde eran unos privilegiados. Haría todo lo posible para colaborar con aquellos que no eran tan afortunados. Le serviría para no compadecerse tanto de sí misma y valorar las penas por las que otros pasaban diariamente para sobrevivir.

Después de un buen rato se fue a su habitación para dormir. A pesar de todo, su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia, fue para Martín. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento, y una dolorosa punzada la sobrecogió.

—Teresa, ¿cuál va a ser mi función aquí? —Sara la miraba preocupada mientras desayunaban. Dudaba de poder estar a la altura de las expectativas.

—Tendrás que servir de apoyo a los doctores en todo lo que necesiten. Además, deberás enseñarles a las madres a tener una buena higiene, dentro de sus posibilidades, y buenas prácticas preparando los alimentos que eviten en lo que se pueda las enfermedades.

La informó sobre la desnutrición que sufrían los niños, del sarampión que hacía estragos entre ellos por falta de vacunas y que tampoco, había que olvidar al VIH ni al peligroso ébola.

Después de recorrer las instalaciones, le dieron una bata blanca y la asignaron como asistente de Javier, el cual se encontraba ya pasando consulta. Estaba explorando a un pequeñín y, mientras, intentó ponerla al día.

—Sara, la gran mayoría de niños que esperan ser atendidos tienen diarrea. Infórmate y habla con sus madres para ver si podemos descubrir si hay algo

en concreto que esté causando esto. Pregunta lo que comen, de dónde beben, etc. Creo que así ahorraremos tiempo y trabajo.

La mañana la devoró por completo. No paró de hablar y tomar notas de todo. Se dio cuenta de que las mujeres eran bastante abiertas con ella. Estaban preocupadas por sus niños e intentaban colaborar en todo momento. La mayoría venían de lejos y caminaban distancias increíbles. Algunas eran muy jóvenes, casi unas niñas. A menudo, a causa de la lejanía, esperaban demasiado para traerlos, y cuando llegaban, su estado era bastante grave.

Casi sin llevarse nada a la boca, la tarde se les echó encima. A las seis, el doctor le dijo que estaba todo controlado y que se podía ir a descansar. Una vez que se hubo lavado y cambiado, se presentó en la sala común para cenar. Allí estaban Teresa y Javier junto a los demás integrantes del grupo. Tomó la cena con ojos que se le cerraban y se fue a dormir. Estaba agotada.

CAPÍTULO 23

Por las mañanas, al despertar, le gustaba quedarse un rato en la cama ordenando los acontecimientos del día anterior y pensando en las posibles novedades de la jornada que empezaba, ya que todas eran distintas y sorprendentes. Sus pensamientos volaban a España, a todos los que había dejado allí. La añoranza la invadía y luchaba contra las lágrimas que pugnaban por salir. Echaba de manos a María y Alfonso; la empresa y su vida anterior que tanto esfuerzo le constó construir. Todavía se le instalaba una losa en el pecho cada vez que pensaba en el fracaso tan estrepitoso de su relación. Se sentía sola y sin rumbo pero tenía que deshacerse de esas sensaciones para centrarse en su nuevo proyecto. Su corazón estaba sanándose y lo sentía cada día más fuerte. No se arrepentía de su cambio de vida porque había conocido a personas maravillosas que la ayudaban a ver la vida sin artificios y descubrir los valores de verdad importantes.

Después de una ducha con agua más fría que caliente, se dirigió a desayunar. El aroma a café recién hecho, mezclado con el de las tortillitas y el olor a la canela de los bollos, le golpeó las fosas nasales, haciéndola salivar. El estómago le rugía.

Siempre le gustaba compartir mesa con Teresa y Javier; juntos planeaban el trabajo de las mañanas, porque el de las tardes dependía de la cantidad de enfermos que iban llegando.

—Sara, no olvides que cuando acabemos de vacunar, empezaremos con las consultas. Clasifica a los enfermos según su gravedad y, por favor, ten en

cuenta la distancia que tienen que recorrer a la vuelta para que no se les haga muy tarde. —Javier le dio instrucciones mientras untaba mermelada en un bollo.

—No te preocupes, creo que cada día domino mejor mis tareas. —Sara lo contemplaba fascinada, preguntándose si vaciaría el bote de una sentada.

—Javier, te va a sentar mal toda esa cantidad de dulce. —Teresa no podía dejar de mirarlo al tiempo que trataba de contener la risa.

—Mira quién habla: la que echa tres cucharadas de azúcar en el café. —Sara les seguía la broma con una sonrisa.

Los lazos de amistad se estrechaban cuando se trabajaba codo con codo, arduamente, durante todos los días del año. Los tres se compenetraban tan bien que formaban uno de los grupos más eficaces: lograban atender más pacientes que otros en un día.

—Me marchó. —Teresa se levantó y empujó la silla hacia atrás—. Tengo que comprobar si todo está limpio y el material, en su sitio. Más tarde, comenzaré a elaborar la lista de lo que nos falta. ¿Os parece bien? —Se marchó con prisas, sin esperar contestación, mientras sus compañeros terminaban sus desayunos.

El resto del día, Sara prácticamente no tuvo tiempo ni para hablar, no digamos para probar bocado. Las seis era la hora límite para que los que tuvieran que volver a sus casas lo hicieran, puesto que no era conveniente que la noche se les echara encima. La selva podía ser peligrosa a esas horas.

Al finalizar la jornada, Teresa y ella, después de asearse y comer un poco, se dirigieron en la camioneta que usaban para los recados, y que conducía José, el celador del centro de salud, a casa de Manuela, una de las mujeres que acudía a la consulta para que sus hijos recibieran asistencia; allí se reunirían con un grupo de amigas para charlar. Todas llevarían algo de comer, por lo que Sara había preparado una gran tortilla de patatas, ya troceada y guardada en una caja de cartón como si fuera una pizza.

Entre traqueteos y sacudidas, se dirigieron a su destino. La casa se ubicaba

en un barrio periférico de Bata. No había iluminación en las calles de esa zona, y las casas eran más bien chozas. Puesto que el barrio no era muy seguro, José las esperaba en el coche para llevarlas de vuelta.

Se detuvieron delante de una vivienda con paredes de adobe y barro; el techo era de cañas entrelazadas y los cristales no existían. Bullía de actividad. Mujeres y niños entraban y salían por la puerta abierta hablando a la vez. Los críos corrían y gritaban, jugando cubiertos apenas con pantalones cortos. El aire, cargado de humedad caliente y pastosa, se podía masticar. Presagiaba tormenta.

Sara lucía en la cabeza un turbante de tela con alegres colores, como las demás. Teresa le había enseñado cómo anudarlo. Había descubierto que era muy cómodo, ya que impedía que su larga melena le molestara; además, era realmente favorecedor. Un fresco blusón y unos vaqueros completaban su atuendo.

Al entrar en la casa, su mirada se detuvo en el suelo recién barrido y salpicado de agua para que el polvo no se levantase. Las paredes lucían encaladas. Sonrió para sí misma, puesto que ese consejo había partido de ella; así evitarían que los insectos y bichos anidaran en ellas.

Todo el mundo había ido tomando asiento donde quería sin ningún orden preestablecido; muchos de los invitados estaban sentados directamente sobre el suelo. La comida se dispuso sobre unas tablas sostenidas por caballetes de madera en el centro de la habitación, de ese modo, se podían probar los diferentes platos. Observó con alegría que su tortilla estaba teniendo mucha aceptación.

La velada transcurría apaciblemente cuando la puerta se abrió de golpe, dando paso a un José con la cara transformada por la preocupación.

—¡Silencio! ¡Todo el mundo al suelo! Hay gente armada en la calle.

Comenzaron a oírse tiroteos y todos le hicieron caso de inmediato. Al principio se oían lejos, pero poco a poco se fueron acercando.

Manuela lloraba tirada en el suelo lo que hizo que Sara se arrastrara hasta

ella para abrazarla.

—*Chis*, no llores, que todo acabará pronto. —Le acariciaba la espalda y el cabello intentando consolarla, pero, lejos de callarse, parecía que lo hacía con más fuerza. Sara estrechó el abrazó.

—Son soldados del ejército. Buscan a los que están reunidos planeando revueltas. —Entre hipidos, Manuela le reveló la causa de su llanto—: Mi marido está entre ellos. —Teresa y ella cruzaron sus miradas.

La tormenta eligió ese momento para estallar con furia. Aquello parecía un auténtico diluvio, pero pareció relajar la tensión del ambiente. Con ese aluvión, los tiros se fueron acallando hasta silenciarse. Permanecieron tirados en el suelo hasta que no se oyó nada excepto el golpeteo del agua remitiendo. Nadie había entrado en la casa. En cuanto José comprobó que el peligro había pasado, no las dejó estar más tiempo allí y se fue a buscar el coche. Asustados, comenzaron a salir en silencio.

Una vez en el vehículo, mientras se alejaban, Sara miró por la ventanilla trasera y pudo observar cómo entraba en casa el marido de Manuela. Suspiró aliviada; por lo menos ese día no habría que lamentar más pérdidas.

Al rato, entre sus sábanas, debajo de la mosquitera, se sintió segura. Pensó en lo ocurrido y se dio cuenta de que el país tenía verdaderos problemas. Era una caldera en ebullición y cualquier día estallaría.

Con el familiar ruido de los animales nocturnos, el ánimo de Sara se fue serenando hasta dar paso al sueño, que la venció.

CAPÍTULO 24

Llevaba siete días embarcado camino de Guinea y la preocupación que sentía por Sara le corroía las entrañas.

Desde que Ignacio le contó que se había enterado a través de Antonio que Sara se había ido de cooperante a Guinea, su vida se había convertido en un infierno. Bueno... no sabía a quién quería engañar, era un asco desde que la echó de su lado. No le extrañó su decisión ya que ella ya le había informado en alguna ocasión que había valorado esa idea con anterioridad. A esas alturas, lamentaba cada palabra que dejó salir por su boca aquella fatídica mañana. Una vez que pudo meditar sosegadamente, se dio cuenta de que había actuado como un toro de Miura, sin pensar, había embestido contra lo que más quería cegado por la ira y el dolor. Constató que las supuestas amistades de la familia en el club no eran tales, ya que no conocían a Sara de nada. Cuando la certeza era casi absoluta, fue a hablar con Alfonso para asegurarse. Después de estar tres días sentado esperando en la sala de espera, por fin tuvo a bien recibirlo, no sin antes soportar un discurso de media hora, que más bien fueron insultos totalmente justificados. Se tenía merecido eso y más. Así se enteró de que el verdadero problema de Sara era su madre, y de lo que había tenido que pasar hasta llegar donde estaba. Una historia de un corazón lleno de valor y coraje dispuesto a luchar por los que amaba y tenía alrededor.

Había removido cielo y tierra para poder ocupar el último puesto que había dejado, ya que su fragata era precisamente la que daba apoyo al barco

hospital que el gobierno español mandaba a aguas guineanas para prestar ayuda sanitaria ante la gran plaga de sarampión que asolaba el país. Tuvo que pedir favores y, por supuesto, Ignacio y Curro lo ayudaron en todo lo que les fue posible. Si no hubiera sido así, no habría podido salir del pozo de desánimo en el que se hundió.

En el ministerio habían llegado noticias de que se preparaba un levantamiento contra el Gobierno, no en vano Guinea era el país africano con las diferencias sociales más acentuadas. A pesar de tener mucho petróleo, ese dinero nunca llegaba a las clases sociales más desfavorecidas. El caldo de cultivo germinaba desde hace tiempo.

El relajado ambiente a bordo del buque de la Armada contrastaba con los sentimientos que azotaban su interior. Sus tumultuosos pensamientos le hacían difícil concentrarse, lo cual lo ponía en tensión puesto que era muy perfeccionista en su trabajo y no quería que se viera afectado por su estado de ánimo.

Dos golpes en la puerta de su camarote distrajeron su atención de los papeles que estaba leyendo.

—Señor, ya hemos avistado tierra. El capitán ha ordenado empezar las maniobras de acercamiento.

—Gracias, sargento. Ahora mismo acudo al puente de mando.

El corazón le dio un brinco en el pecho. Ya faltaba menos para verla otra vez.

Después de dos días atracados en Baiku, le dieron permiso para salir del barco. Se disponía a visitar a Sara en el centro de salud, en la región de Muni. Mientras uno de los marineros hacía las veces de chófer, él se dejó subyugar por la naturaleza. Descubrió con fascinación los pájaros, que con llamativos plumajes que volaban entre los árboles. Los monos no paraban en su trasiego entre los árboles parándose para observar su paso con curiosidad. La vegetación era tan espesa y variada que muchas de las plantas no le resultaban conocidas. La luz de África lo encandilaba. Tenía algo especial.

No era la primera vez que pisaba el continente africano y se respiraba algo en él que lo hacía mágico e irrepetible. Siempre le quedaban ganas de volver.

Llegaron a su destino y el lugar estaba atestado de gente esperando, sobre todo abundaban las madres con niños y los ancianos. Muchos de ellos esperaban sentados en la hierba fuera del edificio. Preguntó a un hombre que dijo llamarse José y que parecía hacer las veces de enfermero, por el responsable del centro. Lo derivó hacia el interior para que preguntara.

Al entrar en el edificio, se giró, y el tiempo se detuvo en ese instante. Allí estaba Sara más hermosa que nunca, rodeada de diez o doce madres con los niños alrededor... Llevaba en el pelo un recogido a modo de turbante, al estilo de las mujeres del país. Sonreía y conversaba con ellas, mientras sostenía a un bebé dormido plácidamente en su regazo.

La vista se le nubló de la emoción. Su loco corazón empezó a palpar queriendo salirse del pecho. Sara levantó la vista y sus miradas se cruzaron a través de la atestada sala. Pudo leer la sorpresa en sus ojos. Entreabrió la boca, como tomando aire, y se llevó la mano al pecho.

Martín hizo un esfuerzo y salió del aturdimiento. Se dio cuenta de que estaba llamando la atención. Las mujeres lo miraban y se reían. Algunas daban codazos a las más despistadas para que no perdieran detalle.

Con todo el aplomo que pudo reunir, cruzó la habitación y se acercó a ella.

—Hola, Sara. Me alegro mucho de volver a verte. —La primera sonrisa verdadera, en meses le salió del alma.

—Hola. —Se puso de pie y le devolvió el niño, con mucho cuidado, a su madre—. Estoy trabajando, por si no te has dado cuenta. —Supo que no se lo iba a poner fácil, pero no había llegado hasta allí para rendirse a la primera de cambio.

—Me gustaría poder hablar contigo unos minutos —insistió amablemente, como si no la hubiera oído.

—El médico al que asisto me necesita. No puedo. —Su voz era seca, tajante.

Martín, que distinguió en sus palabras una excusa, se acercó a la puerta que estaba entreabierta cerca de ellos, y llamó con los nudillos. Vio a un médico con el pelo casi blanco examinando a una anciana.

—Dime, Sara. —El doctor no dejó lo que estaba haciendo.

—No soy Sara, señor. —Se presentó y le pidió permiso para que ella dispusiera de unos minutos. Pudo ver en su cara el asombro, pero se lo concedió.

Se abrieron camino entre las personas. Sabía que lo seguía a desgana, pero no quería llamar más la atención. Caminaron sobre el verde suelo hasta alejarse del edificio.

—No sabes qué alegría he sentido al verte. —Martín abrió fuego.

—Pues mira que eres veleta porque hace unos meses no pensabas así. ¿Me puedes decir qué estás haciendo aquí? —Ella iba directa al grano. A su corazón.

—Hemos venido de refuerzo con un buque hospital porque se teme que haya levantamientos. —Mientras hablaba, la devoraba con la mirada, queriendo que se le grabaran en la retina todos sus gestos—. Ya sabes que el sarampión asola el país.

—Es mucha casualidad que estés aquí ¿no te parece? —Como mujer inteligente, no se dejó despistar.

—Pues sí. Mucha casualidad, pero no pienso contarte nada hasta que no me digas cuándo puedo volver a verte. En serio, Sara. Tengo que contarte muchas cosas. —El corazón se saltó un latido aguardando su contestación.

—Espera sentado porque va a ser que no. Te crees que puedes echarme y aparecer en mi vida como te venga en ganas. No pienso tolerarlo. Haz lo que vengas a hacer y déjame en paz. —Sara se dio media vuelta y se distanció con pasos furiosos. Martín la observó pensativo.

«Va aviada, porque pienso venir a verla todos los días hasta que me deje hablar con ella».

Esta vez, no la iba a dejar marchar. Haría todo lo posible para que lo

perdonara. En realidad, le daba igual lo pasado. Estaba locamente enamorado de ella y la quería por encima de todo. Ya había hecho el tonto lo suficiente.

Sara sujetaba al pequeño Manuel entre sus brazos. Se había quedado dormido después de que su madre lo hubiera alimentado dándole el pecho. Era un auténtico muñeco que ya estaba casi recuperado del sarampión. Menos mal que había sido leve, porque, junto con la desnutrición, era una de las principales causas de mortandad infantil, que causaba estragos entre los más humildes.

Charlaba con un grupo de madres sobre sus costumbres higiénicas y culinarias cuando notó un cambio en el ambiente, algo lo distorsionó. Eso la hizo levantar la mirada y buscar el origen. Entonces fue cuando lo vio y el mundo se paró a su alrededor. Lo que la rodeaba dejó de tener importancia. No podía creer que estuviese allí, delante de ella, mirándola con esos ojos grises que la traspasaban. Estaba todavía más guapo de lo que lo recordaba; el moreno de su piel contrastaba con el uniforme blanco de verano que le sentaba de maravilla, como todo lo que él vestía.

Su corazón se convirtió un tumulto que le ensordecía los oídos pero fue tomando conciencia de las risas y murmullos de su alrededor. Se levantó de su asiento y devolvió al pequeño a los brazos maternos.

Durante quince días, Martín la visitó casi todas las tardes. Era raro que no se presentara, y si eso ocurría se debía a que sus obligaciones se lo impedían. Sabía que, inevitablemente, eran la comidilla de todos los compañeros y pacientes que visitaban el centro de salud, pero ya hacía tiempo que había dejado de intentar explicar que no existía ninguna relación entre ellos, porque eso solo contribuía a aumentar las risas y especulaciones. Se descubrió a sí misma esperando sus visitas con impaciencia.

Cada vez que llegaba, invariablemente, salían a dar un paseo por los

alrededores en busca de un poco de intimidad. Llegó un momento en el que Martín empezó a interrogarla cada vez que tenía ocasión.

—Sara, ¿crees que Javier siente hacia ti algo más que una simple amistad? Me parece que le gustas, cosa que no me extrañaría nada en absoluto, porque he notado cómo te sigue con la mirada. —Parecía que no le importaba nada mostrarse celoso, porque ya le había dicho que era cierto, que lo estaba y que le daba igual.

—No es verdad, Martín. Solo es mi jefe y nos llevamos muy bien. Es normal que esté intrigado, porque la gente de por aquí no sabe cómo catalogar nuestra relación. Es lógico que especulen.

—Pues si tú quisieras, ya la habríamos retomado. —La apoyó en el tronco de un árbol y comenzó a besarla con dulzura—. Ya sabes que estoy esperando con impaciencia a que te decidas.

La cacofonía que producían los chillidos de los monos y los loros con sus graznidos estridentes era tal que se convertía en un auténtico bullicio; sobre todo, a esa hora de la tarde, previa al atardecer. Parecía que se preparaban con gran algarabía para pasar la noche. El olor a vegetación húmeda impregnaba el ocaso mientras que los rayos del sol, ya debilitados, se colaban entre las ramas iniciando originales danzas.

A Sara le fascinaba la selva. Podía ser muda, tanto que el silencio la sobrecogía; chillona como el mercadillo más estridente, o bien susurrante cuando parloteaba manteniendo interminables conversaciones consigo misma.

Siguieron besándose y acariciándose; siempre que se despedían, tenía ganas de más. Martín se apartó, dejándola frustrada.

—Quiero que de verdad, pienses en lo nuestro. Tenemos que conseguir que esta relación funcione. —Se sacó algo del bolsillo—. Abrió la mano y los rayos del sol le arrancaron brillo a la mariposa que reposaba en su palma—. Te la devuelvo, es tuya. Me gustaría que la conservases y que, cuando la mires, te acuerdes de que la guardé pensando en ti. Significaría mucho para

mí que te recordara a nuestro amor.

—Muchas gracias. Por supuesto que cuando la vea pensaré en todo lo que hemos vivido juntos. —Sara se emocionó—. A pesar de todo, creo que es mejor que sigamos siendo amigos. —Ya estaba arrepentida de haberse dejado llevar por los sentimientos. Él no entendería que no quisiera retomar la relación, pero no se fiaba; había sufrido demasiado.

—¿Amigos? No me hagas reír. Yo no soy ni seré jamás tu amigo. A ver si te enteras de que me muero de ganas de desnudarte, besarte y hacerte el amor. Me gustaría estar dentro de ti y no parar hasta quitarte el sentido. Y, si dejaras de engañarte a ti misma, reconocerías que tú sientes lo mismo. —Para demostrárselo, la devoró con toda la pasión que llevaba contenida.

Gritos en la lejanía lo detuvieron. Al salir de la vegetación a campo abierto, divisaron a lo lejos un gran fuego. La gente corría y gritaba mientras el olor a quemado empezaba a inundar el aire.

—Volvamos. Me temo que el levantamiento ha comenzado. —Echaron a correr a través del campo en dirección al centro de salud.

Allí el caos lo dominaba todo. Martín le cogió el rostro entre sus manos y le habló con urgencia.

—Sara, me marcho al barco porque tengo que presentarme en mi puesto. Esto se va a poner serio. Cuídate mucho hasta que vuelva a buscarte. —Tras besarla en los labios, se subió al *jeep* donde ya lo esperaba un marinero. El vehículo se alejó, dejando atrás una gran nube de polvo a medida que adquiría velocidad.

Sara reaccionó, se dio media vuelta y comenzó a buscar a Javier.

Repartieron a los enfermos: los más graves, en una sala; ancianos y niños, en otra, y a los leves los instalaron en el vestíbulo. La gran mayoría, marchó hacia sus casas para estar con sus familias; otros, permanecieron donde estaban, demasiado enfermos para viajar.

Empezaron a llegar los primeros heridos, en vehículos que milagrosamente funcionaban, y daban señales de haber sufrido una auténtica carnicería:

miembros amputados, heridas producidas por machetes, por balas y, en muchos casos, quemados. Las noticias que traían consigo eran alarmantes, parecía que el ejército reprimía a la población bajo el reinado del terror.

A Sara el día y la noche se le juntaron. Había recogido sus pertenencias, consciente de que en cualquier momento podían desalojarlos. Lo que más se temían era que en la matanza, no respetaran los hospitales y centros de salud. El miedo le reptaba por la espalda, aunque, gracias a Dios, no se podía detener a pensar demasiado debido a la cantidad de trabajo que tenía por delante.

CAPÍTULO 25

Hacía dos días que no sabía de Martín. Parecía que los incendios no tenían fin porque el ejército lo iba aniquilando todo en su escalada de terror. Al principio los heridos llegaban como un goteo incesante pero, a esas alturas, eran riadas de gente las que acudían para ser atendidas. Muchos de ellos se tenían que quedar en el exterior y no daban abasto retirando cadáveres.

No era difícil imaginarse que todo el personal estaba agotado; a veces, no tenían ni fuerzas para hablar: tartamudeaban, se quedaban en blanco y las mentes, las sentían confusas. Vivían aterrorizados pensando que en cualquier momento podían llegar hasta ellos sembrando el terror de sangre y muerte. No sabían cómo iba a acabar esa situación.

Al tercer día por la tarde, divisaron, por la polvareda que iba levantando, un grupo de vehículos que se acercaban. El silencio se impuso conforme corrió la voz; todos esperaban asustados.

—¡Españoles! Son españoles. —Jamás le dio tanta alegría escuchar esa palabra.

Martín se bajó del *jeep* que encabezaba la marcha y la buscó con la mirada. El pecho de Sara se relajó de puro alivio; se dio cuenta de lo agarrotada que había estado por el miedo.

—¡Evacuación inmediata! —exclamó. Todos los soldados se repartieron por el perímetro—. Nos llevaremos a todos los ciudadanos españoles y a aquellos que estén en situación de pedir asilo político.

Al final fueron una veintena de personas las que se subieron al camión.

Teresa se quedó, a pesar de las lágrimas que derramó Sara intentando convencerla para que subiera. Ella no quiso. Pensaba que su lugar estaba en su país, compartiendo destino junto a los suyos.

Con Javier tuvieron verdaderos problemas para que los acompañara. Martín tuvo que emplear toda su persuasión, incluso chantajearlo, para sacarlo de allí. Al final claudicó cuando le dijeron que necesitaban un médico durante el viaje, porque había gente muy enferma, y, que durante el trayecto no sabían qué obstáculos se encontrarían hasta llegar al barco.

Emprendieron la marcha y Sara vio desaparecer con lágrimas en los ojos el centro de salud. Descubrió que ella no era tan valiente como se creía, ya que sólo sentía alivio por pertenecer a los pocos afortunados que podrían salir de ese infierno. Lloró hasta que Javier reclamó su atención. Tenían mucho trabajo entre manos. Recomponiéndose, comenzó a ayudarlo.

Llegaron sanos y salvos entre baches, vaivenes y zarandeos. Superaron controles de carretera mientras los críos lloraban asustados y los mayores oraban. Una vez en Malabo fueron repartidos: los niños, mujeres y ancianos enfermos, en el buque hospital; el resto de población civil, entre los que se contaban los integrantes de la embajada española y residentes, en la fragata. A Sara le tocó esta última, ya que no era personal sanitario.

Javier no llegó a embarcar nunca. Cuando zarparon, le llegó recado de Martín comunicándole que, al echarlo en falta, comprobaron que, finalmente, no había subido a bordo. Cumplió su voluntad de quedarse con los que más lo necesitaban. Ya le había comentado en alguna ocasión que él ya no tenía ataduras con España. Parte del corazón de Sara se quedaba con ellos. Rezaba para que no les sucediera nada y se salvaran en medio de tanto horror.

Sara observaba hipnotizada los tremendos remolinos que originaban los potentes motores de la fragata. Había salido a tomar el aire de la noche

después de un intenso día ayudando a los demás a estar más cómodos y cuidando de los enfermos.

El viento cargado de salitre y humedad le revolvió los cabellos; el olor a mar llenaba sus pulmones. Quizás debería haberse abrigado un poco más que con una simple camiseta porque hacía frío, más del que ella pensaba en principio. Buscando calor, se metió las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones. Notó algo entre sus dedos y lo sacó. En la palma brillaba la pequeña mariposa que Martín le había devuelto. Con la brisa, sus alas batían con furia. Se la veía muy bonita con sus alegres colores.

No sabía a ciencia cierta lo que se encontraría en España a su vuelta. Lo temía y esperaba a partes iguales. Temía descubrir nuevos problemas familiares o que en la empresa se hubieran topado con dificultades debido a su marcha; esperaba con ilusión la hora de poder abrazar de nuevo a sus queridos amigos, a sus hermanas y a sus pequeños de la Asociación. El tiempo que había pasado en Guinea había volado para ella. Nunca pensó que se fuera a adaptar tan bien. Había estado tan ocupada y conocido a gente tan valiosa para ella, que los músculos de su corazón latían más fuertes que nunca. Eso la ayudaría a enfrentarse con fuerzas a lo que le deparara el futuro.

—Buenas noches. —La conocida voz la sacó de sus cavilaciones. Cerró la mano.

—Buenas noches, Martín.

—Un marinero me indicó que andabas por aquí y he salido para ver si estabas bien.

—Gracias. Estoy cansada, pero bien. ¿Sabes cuándo llegamos a Rota?

—Llegaremos mañana temprano. —Martín notó que Sara tenía frío y se quitó su chaquetón para ponérselo sobre los hombros—. ¿Mejor?

—Gracias. —Lo aceptó y se arrebujó en él. No se había dado cuenta de lo helada que se había quedado.

—Sara, me gustaría que atendieras a lo que tengo que decirte. —Martín la

miraba con el corazón en los ojos. Inspiró con fuerza quizás tomando fuerzas para que lo escuchara—. Ya ni me acuerdo de las veces que me he reprochado a mí mismo la equivocación que cometí contigo. Por favor, perdóname. No he querido en mi vida a nadie más de lo que te quiero a ti. He demostrado ser un auténtico imbécil. Puede que el miedo a mis propios sentimientos, me hiciera reaccionar así. —Su emocionada voz la atrapaba como la miel a las moscas. Las palabras actuaron como un bálsamo sobre su corazón.

Martín se acercó a ella y la besó en los labios. Su sabor la embriagó. Se sentía segura en sus brazos. Ahora se daba cuenta de hasta qué punto lo había echado de menos. Sus caricias la hacían vibrar, la excitación la envolvía y él la besaba como alguien sediento que ha encontrado una fuente donde beber.

Sara lo abrazó con fuerza. No fue consciente del momento en el que le empezó a devolver los besos. La pasión se había apoderado de ellos. Fue a mover la mano y notó algo en su puño: la mariposa. Haciendo un esfuerzo para el que no creía tener voluntad, lo apartó.

Martín dejó de besarla pero no la soltó. Su mirada se tornó expectante.

—No puedo volver contigo. Me encantaría poder hacerlo, pero ya no confío en tus sentimientos. Te entregué mi corazón a pesar de mis miedos y mi inseguridad, y lo dañaste y destrozaste. —Las lágrimas corrían en silencio por su rostro—. No estoy preparada para volver a depositar mi confianza y mi amor en ti. Me tengo que proteger, porque otro fracaso me destruiría. — Sara lo empujó suavemente apartándose de él.

La cara de Martín estaba blanca como el mármol.

—Sara, no nos hagas esto..., por favor.

—Tengo que alejarme de ti y retomar mi vida. Este tiempo me ha servido para aprender de las personas que de verdad sufren y a valorar lo que tiene importancia. —Abrió la palma de la mano. Martín, al ver la mariposa, palideció más. Con ímpetu, Sara la arrojó a las negras aguas—. Ya es hora de que cada uno siga con su vida y nos olvidemos de lo que una vez

compartimos. —Con las garras del dolor atravesándole el pecho, Sara se perdió en la oscuridad.

Martín siguió allí un largo rato, rodeado del olor a mar y envuelto por su sonido. Las estrellas lo miraban, brillando más que nunca. Lo que siempre le había sosegado el alma, ahora no servía para contener el dolor que le salía a borbotones, subiendo hasta quedarse constreñido en su garganta. Se sentía devastado. No sabía qué iba a ser de su vida sin ella.

Se llevó las manos al rostro y lloró.

CAPÍTULO 26

El cielo de Rota estaba encapotado. La humedad y el bochorno se colaban por todos los recovecos del barco. Desde primera hora de la mañana, todos los civiles de abordaje se preparaban para abandonarlo aferrados a los escasos enseres que habían podido llevar con ellos. Las sonrisas iluminaban los ojos de los más jóvenes transmitiendo la ilusión de un nuevo futuro, mientras que a los ancianos y a los enfermos se les veía derrotados. Iban desembarcando lentamente ayudados por el personal de la Cruz Roja. La gastada madera de la pasarela crujía bajo sus pasos.

Esperando su turno, ya preparada con su equipaje, Sara, agotada física y mentalmente notaba su mirada desde el puente de mando. No quería buscarlo con la vista porque no sabía si podría soportarlo sin derrumbarse. Le había sido imposible conciliar el sueño durante toda la noche. Por un lado, sentía alivio y ganas de marcharse para poner orden en su vida, por el otro, no soportaba la idea de no volver a verlo.

Desembarcó agarrada a la barandilla, que rezumaba humedad. Iba ciega por las lágrimas que le inundaban la vista. La base militar bullía de actividad. Los militares estaban por todas partes; cada uno sabía cuál era su cometido exacto y lo llevaba a cabo con perfecta pulcritud. Olía a algas saladas. Las gaviotas rasgaban el aire con sus roncós graznidos. Miró a su alrededor buscando el autobús que la llevaría a Sevilla, desde donde cogería el AVE a Madrid.

Cuando el vehículo arrancó, dejó una parte de su corazón atrás pero no volvió la mirada.

Estaba contenta de estar reunida con Alfonso en *dulceysalado*, en casa. Tenían mucho de lo que hablar. Se había dado cuenta que, durante su ausencia, todo había transcurrido como la seda. El fichaje de Clara para sustituirla había sido un completo acierto ya que los números de la empresa seguían subiendo.

«Otra lección de humildad para la chica que se cree imprescindible», pensó.

Le estaba resultando extraño enfrentarse a los retos diarios. Lo que antes le parecía natural, ahora lo valoraba muchísimo: ducharse con agua a presión todos los días, disfrutar de alimentos saludables al alcance de la mano, darle a un interruptor y tener electricidad, Internet... Podía seguir y no acabar. Su casa era un palacio para ella. Se permitía el lujo de deleitarse con placer en todos esos pequeños detalles. No quería que el frenesí de la vida moderna la engullera. No quería olvidar todo lo que la había ayudado a ser más fuerte ni, por supuesto a las personas a las que había aprendido a querer y admirar, las cuales, ya formaban parte de su corazón. Todos los días les dedicaba un momento de recuerdo deseando que la guerra no hubiera hecho mella en ellos.

—Alfonso, me encanta estar de vuelta. Uno no se da cuenta de lo que tiene, hasta que lo pierde de vista.

—¿Lo dices por alguien en concreto? —Sara lo censuró con la mirada.

—Lo digo por la empresa. De lo otro, ya os he contado a María y a ti cuál es la situación.

—Pero ¡qué alegría! Ya está aquí la genuina Sara de siempre. —Alfonso hacía aspavientos con las manos.

—Eres más tonto de lo que pensaba. Ven aquí, que te voy a dar un achuchón. —Se fundieron en un abrazo entre risas y besos—. Yo sí que te he echado de menos, grandullón. Sin tus broncas no puedo vivir.

Ya más serios, siguieron hablando de la empresa y su futuro. Hicieron pasar

a Clara para incluirla en la conversación ya que había trabajado muy duro durante la ausencia de Sara.

—Clara, tenemos una proposición que hacerte. —Alfonso y su socia cruzaron una mirada de complicidad—. A partir de ahora nos gustaría que ocupases el puesto de directora comercial, y, dejaremos que Mario cubra tus anteriores funciones como asistente tuyo y de Sara. —La cara de Clara lo decía todo. Se levantó y los abrazó emocionada.

—Gracias por confiar en mí. Me esforzaré al máximo. No os defraudaré.

—Tú nunca lo has hecho, Clara. Te subiremos el sueldo y, además, te vamos a ofrecer una participación en la empresa. Cuando lo perfilemos con los asesores, te contaremos los detalles. —Sara reía mientras la abrazaba.

—Sara, ¿cuál será tu puesto? —Clara se preocupó.

—Pues Alfonso y yo hemos acordado que podría asumir un perfil más adecuado que el de gerente. Al quedarme libre de la parte comercial, tendré mucho más tiempo para dedicarme a la proyección de la empresa.

Sara se reclinó hacia atrás en su asiento llevándose las manos a la nuca. En su trabajo se sentía feliz. Una punzada de preocupación le atravesó el pecho cuando su pensamiento volvió a Martín. No se lo podía quitar de la cabeza.

Miró el reloj y cogió el bolso.

—Chicos, os dejo. Me voy a Sevilla. Allí tengo asuntos familiares que resolver. —La alegría se le había esfumado de golpe.

Se bajó del tren en la estación de Santa Justa. Mientras el taxi rodaba por las calles, le pareció que la ciudad, estaba aún más bonita que en la última ocasión, como cada vez que volvía. La temperatura, aunque era otoño, siempre alcanzaba más grados que en Madrid. En sus recuerdos, siempre evocaba el olor a jazmín que inundaba las calles en primavera. Esa ciudad le hacía sentir emociones encontradas.

El vehículo se paró ante un edificio que albergaba las oficinas de una afamada firma de abogados. Allí había quedado con su madre y sus hermanas. Había vuelto de Guinea con el firme propósito de arreglar los

asuntos familiares como fuera.

—Buenos días. —Cuando entró en la sala de reuniones ya estaban todos esperando.

No le pasó desapercibido el hecho de que todos le devolvieron el saludo excepto su madre, la cual la miraba con animadversión. El abogado tomó la palabra y repartió unos folios a cada integrante del grupo.

—Ya que estamos todos aquí, procedo a distribuir sin más dilación, la propuesta de acuerdo de doña Sara Gómez, aquí presente —Con voz profesional comenzó a leerla.

Allí se estipulaba el ingreso de doña Carmen en un centro de rehabilitación para alcohólicos. En ese mismo centro, también le tratarían sus problemas de adicción al juego. A cambio, su hija Sara, además de correr con todos los gastos, le pasaría una cantidad de dinero vitalicia como compensación económica que completara la pensión de viudedad y que le permitiera vivir con holgura.

Si ella no consentía en rehabilitarse, no le pagaría absolutamente nada. También le hacía saber que, hiciera una cosa u otra, su hija no quería volver a tener contacto con ella de ninguna de las maneras.

Con respecto a sus hermanas, Sara se comprometía a pagarles los estudios hasta que terminaran. Como contraprestación, ellas se ocuparían de visitar a su madre y encargarse de sus necesidades hasta su total restablecimiento.

—Sara, esto es vergonzoso y humillante. —Doña Carmen la miraba destilando odio.

—Mamá, no me interesa tu opinión. Mis hermanas y yo ya lo hemos acordado. No vamos a seguir consintiendo que continúes metida en esa espiral de autodestrucción que, además, nos afecta a todas. Esto es lo que te ofrecemos, aunque bien sabe Dios que creo que no te mereces nada. Yo lo hago porque eres mi madre, y, si soy capaz de ayudar a cualquier desconocido, qué menos que hacerlo contigo. No te confundas porque no te doy opciones. ¿Dónde tengo que firmar? —Se hizo el silencio.

Una vez estampadas las rúbricas de las tres, sus hermanas le lanzaron miradas de agradecimiento, porque a partir de ese momento, no tendrían que vivir con la permanente angustia a la que las tenía sometidas su madre.

—Mamá, firma. Porque nosotras ya no nos haremos cargo de nada como no pongas de tu parte y te rehabilites —repuso Marta.

—Hemos hablado las tres y estamos de acuerdo. Marta y yo estamos muy agradecidas a Sara porque nos va a seguir ayudando. Si no cumples tu parte, nos buscaremos un apartamento y empezaremos a vivir nuestra vida. También nos lo merecemos.

Doña Carmen cogió los papeles con pulso tembloroso y firmó.

CAPITULO 27

Había quedado a comer con Curro e Ignacio, pero llegaba tarde. A esa hora el tráfico era denso; el ruido del claxon, al que era muy aficionado el taxista, y sus discusiones con otros conductores la estaban poniendo de los nervios.

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Ignacio y Curro. Para qué engañarse, quería averiguar lo que pudiera de Martín.

Ya hacía mes y medio que había llegado a Madrid y, ahora que había apaciguado sus ánimos y serenado los sentimientos, tenía que reconocer que lo echaba muchísimo de menos. Al principio, pensó que, conforme fuera transcurriendo el tiempo, se lo quitaría de la mente, como los recuerdos que se volvían borrosos con el tiempo. Se había engañado, porque justo le había ocurrido lo contrario. En realidad, se había dado cuenta de que ella no era experta en el desamor porque, era la primera vez en su vida que amaba de verdad a un hombre. Su relación con Jesús había sido un desafortunado amor juvenil que se precipitó por los acontecimientos.

Martín era su primer amor, el único en su vida. Era tal la certeza que tenía que estaba dispuesta a luchar por él, a recuperarlo. Para ello iría al mismísimo infierno a buscarlo. Lo malo era eso: que no sabía dónde estaba. Parecía que se lo había tragado la tierra. Los celos le desgarraban las entrañas cuando pensaba que podía estar con otra, aunque sabía que no tenía ningún derecho a sentirlos si eso ocurría.

Nunca nadie la había apoyado ni cuidado tanto en su vida. Siempre la secundó en todo, incluso la animó en sus proyectos facilitándole las cosas.

Con él podía ser ella misma, sin artificios ni disimulos; no tenía que mantener ninguna pose para satisfacer a otra persona. La quería tal como era. No intentaba que cambiase. Ahora se daba cuenta de que, cuando él intentó afrontar y corregir sus errores, ella no se lo permitió.

Por fin el taxi la dejó en el restaurante. El corazón le pegó un brinco de alegría al divisarlos. Curro le hizo una señal con la mano para asegurarse de que los veía.

—Hola, chicos. Cada día que pasa estáis más guapos. Ese uniforme os sienta de cine. —Sara los besó cuando ellos se levantaron para recibirla.

—¡Mira quién habla! Menos mal que has entrado, porque ya sabes que los bombones se derriten al sol. —Curro la piropeó zalamero.

Le encantaba verlos, la llenaba de alegría. Pidieron unos entrantes y pescado a la plancha de segundo; mientras, charlaron con la misma facilidad que si se hubieran visto el día anterior. Eso solo pasaba con los amigos de verdad.

Sara le preguntó a Ignacio por Pilar, también se interesó por los hijos de ambos. Ellos la pusieron al corriente de los avances de cada uno de ellos como dos orgullosos padres que eran. Cuando quiso darse cuenta, ya les estaban sirviendo los postres. Sara inspiró y decidió formular la pregunta que le quemaba la lengua desde que los había visto.

—Me figuro que estaréis intrigados por el hecho de haberos citado. —Los dos la escuchaban con atención. Ella creía que intuían lo que les iba a decir —. Pues bien, no sé qué opinión tendréis de mí, pero me muero de ganas por saber algo de Martín. —Observó la mirada que cruzaron entre ellos.

—Sara, te contaremos con gusto lo que sepamos de él pero, ¿podemos enterarnos de qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? Él, está convencido, de que ya no te interesa. —Curro, con cariño, le apretó la mano que tenía encima de la mesa mientras hablaba.

—Solo os puedo decir que lo quiero. Que estoy locamente enamorada de él, pero que el miedo, quizás mezclado con el orgullo, me hizo rechazarlo. He

tardado tiempo en darme cuenta de que él es hombre de mi vida, y que no quiero vivirla si no está a mi lado... Estoy dispuesta a hacer lo que sea para que me escuche si no es demasiado tarde para mí. —Intentaba, sin mucho éxito, evitar las lágrimas que le inundaban los ojos. Se había hecho el propósito de no llorar.

—Tenemos un problema, Sara. —Ignacio la contemplaba muy serio.

—Por favor, contadme el inconveniente que haya. Si está saliendo con otra chica..., sea lo que sea, decídmelo, por favor. —Ya no aguantaba más. Rebuscó en su bolso con nerviosismo y sacó un clínex.

—No es eso. Simplemente, no tenemos ni idea de dónde está. —Ignacio pudo acabar la frase.

—¿Que no lo sabéis? ¿Cómo es eso posible? —Sara no salía de su asombro

—No volvió por aquí cuando lo dejasteis. —No le pasó desapercibido que Curro empleó el plural para suavizar el tema—. Desde Rota pidió destino nuevo, a una zona que nosotros llamamos «caliente», y no hemos vuelto a saber de él.

—Se les llama así a las partes donde hay conflictos bélicos o estos son inminentes. Normalmente, son operaciones de la OTAN donde, a veces oficialmente, ni siquiera estamos allí presentes. —Ignacio le siguió explicando—: Martín habló con nosotros; estaba desolado. No quería volver aquí. Nadie puede comunicarse con él, pero estoy convencido de que él sí lo hace con sus padres cuando encuentra una manera segura. Indudablemente, sigue pendiente de ellos, sobre todo después de lo del ictus. —La desazón de Sara se convirtió en auténtico desasosiego. ¡Con razón parecía que se lo había tragado la tierra!

Terminaron de comer y no la dejaron pagar, a pesar del interés que ella mostró en hacerlo. Todos debían volver al trabajo. Se despidieron con la promesa de verse pronto. Ambos le aseguraron que, si Martín se ponía en contacto con ellos, le harían saber que ella lo buscaba.

Sara no tuvo fuerzas para volver al trabajo. Se fue a su casa. Solo quería

estar sola para poder lamerse las heridas en paz.

A la mañana siguiente ya había tomado la decisión de no rendirse. Telefonó a doña Belén y recibió una invitación para que la visitara. La invitaba a merendar en su casa.

En el trabajo esperó con impaciencia a que dieran las cinco para acudir a su cita. Cada vez que sonaba el teléfono, pegaba un respingo que la sacaba de sus cavilaciones. Tenía los nervios a flor de piel. No se le quitaba del pensamiento que Martín estaba en una zona de guerra.

Después de haber pasado el día consultando el reloj, intentado empujar los minutos para que se convirtieran en horas, se vio llamando a la misma puerta que tantos recuerdos le traía.

«Hasta la puerta me lo recuerda. Estoy perdida».

Jaime la abrió y sonrió al verla. Después de saludarlo, la condujo a la salita. Allí sentada, estaba la madre de Martín, leyendo una novela. A su lado, estaba dispuesta una mesa para la merienda con un exquisito juego de té. Olía a bollos recién hechos. Al ver los pequeños sándwiches, la boca se le hizo agua.

—¡Sara, qué alegría! No sabes lo contenta que estoy de verte. —El entusiasmo de doña Belén parecía genuino—. Llevo esperando este momento desde que me llamaste.

—Igualmente. A mí el día también se me ha hecho muy largo de lo impaciente que estaba por venir a verla —se sinceró con ella. De ahora en adelante, ya no habría lugar para las apariencias.

Enseguida les trajeron las infusiones y comenzaron a hablar sobre la Asociación. Sara se interesó por la salud del matrimonio y se disculpó por que quizás debería haberlos llamado para interesarse antes.

La tarde transcurrió relatándole su experiencia en África. Doña Belén era una conversadora fascinante; sentía curiosidad e interés por cualquier aspecto de la vida. Sin embargo, llegó un punto en que la conversación fue decayendo.

—Dime...,¿en qué te puedo ayudar? —Doña Belén le acarició con suavidad el brazo.

Automáticamente Sara, compungida, notó como sus lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas.

—Discúlpeme porque parezco un auténtico manantial. Me resulta casi imposible impedir que las lágrimas broten.

Doña Belén le ofreció, sorprendiéndola, una caja de clínex.

—Los tengo aquí porque cada vez que veo la telenovela, los necesito. — Explotaron en carcajadas logrando que la tensión se disipara.

Le contó todo acerca de su pasado, sus difíciles relaciones familiares y lo que sentía por su hijo hasta vaciarse por dentro. Ella la escuchó en silencio, sin juzgarla, lo que la llenó de consuelo.

Cuando subió a su vehículo, ya había caído el sol y una inmensa paz la inundaba. Se sentía muy agradecida a esa mujer por haberle dedicado su tiempo y su comprensión. Le había pedido a la madre de Martín que, si le parecía oportuno, le comentara a su hijo que ella quería verlo.

CAPÍTULO 28

Habían pasado seis meses desde que vio a Martín por última vez. El trabajo absorbía la gran mayoría de sus días. Era su refugio. No obstante, la sensación de vacío en el pecho era continua. Se sentía sola, a la deriva. Ya no se sentía tan fuerte como antes.

No había conseguido tener noticias suyas en todo este tiempo. Era como si nunca hubiera existido, aunque ella sabía que no era así. Vivía rememorando los momentos compartidos, sus besos, sus caricias, sus miradas... Después de la manera en que lo rechazó debía de hacerse a la idea de que tendría que vivir sin él. No le extrañaba que no quisiera saber nada de ella, pero..., ya no podía vivir sin contar con Martín.

Con sus padres, había iniciado una agradable relación. Procuraba llamarlos una vez en semana para saber de ellos y ofrecerse por si necesitaban algo, incluso los visitaba de vez en cuando. Gracias a Dios se encontraban bien aunque seguían esperando con ansiedad, la vuelta de su hijo.

Sus hermanas Lola y Marta también le informaban de los progresos de su madre. Parecía que estaba contenta en la residencia donde, contra todo pronóstico, se había adaptado bastante bien. Conforme sus adicciones empezaron a tratarse, su carácter parecía haber mejorado bastante. De todas formas, todavía le faltaba mucho camino que recorrer. Sus hermanas vivían una existencia tranquila y sin sobresaltos, mucho más propia de personas de su edad. Se las veía felices.

Los locos encantadores de Curro e Ignacio la llamaban para cenar de vez en

cuando. Pilar y ella se fueron haciendo buenas amigas conforme fueron conociéndose mejor. A su parecer, era una mujer excepcional y una madre estupenda. También, a Curro le había dado tiempo de presentarle a dos nuevas amigas, según él, siempre eran el amor de su vida. No tenía remedio.

Dulceysalado era todo un éxito. La incorporación de Clara como directiva había sido una decisión muy acertada. El volumen de negocio crecía cada mes pero la verdad es que estaban muy bien organizados. Eso no quitaba que hubiera picos de crisis y Alfonso y ella se enzarzaran, de vez en cuando, en discusiones que no llevaban a nada. La sensata María ya les decía que eran la sal de la vida.

Precisamente, estaba buscando aparcamiento en el garaje de la casa de Alfonso. Su amigo había llamado al trabajo avisando que no se encontraba bien, que tenía fiebre. Le llevaba algo de comida y estaba dispuesta a cuidarlo hasta que Pedro volviera del trabajo, entonces, se iría a casa.

Llamó al telefonillo y Alfonso le abrió la puerta sin ni siquiera contestar.

«Debe de estar de humor de perros. ¡Qué difícil se pone a veces!».

Cogió el ascensor y al llegar frente a su puerta pulsó el timbre. Con mucha paciencia, oyó cómo descorría el sinfín de cerrojos. Antes de que se abriera del todo, el aroma de Martín la golpeó. Su olfato lo absorbió sediento. Cerró los ojos y se dejó caer en el vano de la puerta sin fuerzas.

—Sara... —Su voz era como música celestial en sus oídos. No quería mirar. ¿Qué estaba pasando?

Sintió cómo le quitaban de las manos la caja de comida.

—Abre los ojos, preciosa. Soy yo. He vuelto para quedarme. —Le hizo caso.

Allí estaba. Más delgado y moreno pero más guapo que nunca. Se le notaba que había estado al aire libre. Se abalanzó sobre él entre sollozos.

—Martín, si supieras cuánto te he echado de menos... Perdóname por todo lo que te dije.

Él la besaba con urgencia, como si le fuera la vida en ello.

No pensaron. Solo contaba el presente: ellos mismos. Sara le rodeó las caderas con sus piernas mientras él se dirigía al dormitorio. Se desnudaron. La impaciencia los invadía. Sara se dejó envolver por sus caricias, su aroma, su voz. En cuanto lo sintió dentro de ella una gran oleada de placer la recorrió sin hacerse esperar. Martín la acompañó repitiendo su nombre.

Se amaron durante toda la tarde como si el mundo se acabara. Era mucho lo que tenían que recuperar. Al anochecer, desnudos en la cama, Sara no quería dejar de sentirlo.

—Martín, cuéntame... ¿Dónde has estado? —le preguntó cuando ya fue dueña de su raciocinio.

—Hay cosas del trabajo que no te puedo contar —Martín se la comía con la mirada—. Qué preciosa estás. No quiero dejar de mirarte. Te he echado tanto en falta...

—No me importa. Solo cuenta que estás aquí.

—Ya te he dicho que he venido para quedarme. He renunciado al ejército para dedicarme al negocio familiar. Desde el día en que llamé a mis padres y mi madre me contó que te había visto y me dio tu recado, no he tenido ni un minuto de paz hasta que he podido arreglarlo todo para poder volver a verte... He cerrado una etapa de mi vida sin mirar atrás, pero no me importa. Pesa mucho más en mí el futuro que pueda tener a tu lado.

Sara lo contemplaba embobada. Ese hombre le quitaba la capacidad de pensar.

—Sara, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se encaramó en él y se lo empezó a comer a besos.

—Por supuesto que sí. Nada me haría más feliz. —Entre risas de felicidad, volvieron a enredarse. Sus cuerpos se necesitaban.

Cuando recuperaron de nuevo el aliento, un pensamiento se le pasó a Sara por la cabeza.

—Martín, ¿me puedes contar qué pinta Alfonso en todo esto? Estamos en su casa. — No lograba entender la situación.

—Le telefoneé hace quince días y, cuando le expliqué la cuestión, accedió gustoso a colaborar conmigo para darte la sorpresa. Mis amigos todavía no saben que he vuelto. Solo lo compartí con él. —Martín reía mientras veía cómo se transformaba su cara.

—¿Que lo sabía hace quince días y no me dijo nada? Es un auténtico sapo rastrero. No sé qué haré cuando lo tenga delante de mí.

—Si quieres, yo te ayudo a vengarte, pero antes ven, que nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Sara accedió gustosa. Su voz le calentaba el alma. Se sentía en el lugar en el que debía estar: en sus brazos, siempre.

AGRADECIMIENTOS

Este apartado no podía dejar de dedicárselo a una persona a la que admiro mucho: Érika Gael.

Como gran enamorada de las letras y de su oficio, ha sido el faro y aliento que me ha guiado durante los seis meses que tardé en dar forma a esta novela. Pienso que si hay un ápice de escritora dentro de ti, aunque tú no sospeches que esté en tu interior, ella hará que salga a relucir. Debido a su buen hacer, he reunido las fuerzas necesarias para crearme capaz de escribir y terminar mi modesto primer libro.

Gracias, Érika. Mil gracias por todo. Creo que con tu trabajo haces feliz a mucha gente y nos das las herramientas para poder tocar efímeramente el cielo.

También mi más profundo agradecimiento a la editorial Penguin Random House que a través de su sello Selección ha confiado en mí y me ha dado la oportunidad de publicarlo.

Si te ha gustado

Dulce y salado

te recomendamos comenzar a leer

Capricho del destino

de *Mairi Duan*



CAPÍTULO 1

El murmullo continuo de un río cercano comenzó a devolverla a la consciencia. Intentó abrir los ojos, pero los párpados se negaron a obedecer las órdenes de su cerebro mientras sentía en las sienes el desbocado palpitar de su corazón. La cabeza no paraba de darle vueltas, su cuerpo estaba dolorido y tenía la garganta completamente seca. Se esforzó de nuevo por abrir los ojos y, lentamente, una tenue claridad pareció vislumbrarse a través de las pestañas de Elena, que permanecía inerte y boca arriba. Su cerebro, poco a poco, fue interpretando las imágenes que entraban por su retina, formando figuras que, momentos atrás, eran indefinidas: un poderoso roble de casi treinta metros de altura, con su grueso y rígido tronco grisáceo, se erguía imponente delante de ella. Desde una de sus ramas, una pequeña ardilla la observaba curiosa mientras sus mofletes se movían rítmicamente al devorar un manjar que sostenía en sus patitas. Al tiempo, un pajarillo apostado en otra de las ramas levantó vuelo y se alejó de Elena.

Buscó en su memoria los últimos minutos para recordar en qué momento se había tumbado bajo aquel solitario árbol, sin embargo, su mente parecía vacía. Con dificultad, consiguió incorporarse hasta sentarse sobre una mullida alfombra verde mientras sus ojos registraban el entorno que la envolvía: agrestes montañas ascendían desde un inmenso valle abierto por el que discurría un río que se perdía en el interior de un bosque de pinos, donde el silencio solo era interrumpido por el sonido del agua que, en su recorrido, chocaba con piedras y arrastraba todo lo que encontraba a su paso.

No tenía ni idea de dónde estaba ni cómo había llegado a parar allí. Ni siquiera recordaba haber estado en ese lugar anteriormente. Estrujó su cerebro buscando alguna pista que le ayudara a recordar lo sucedido, pero sus recuerdos permanecían aletargados. Solamente inconexas ráfagas de imágenes sin sentido acudían a su cabeza sin que Elena supiera qué

significaban o pudiera relacionarlas con nada: un autobús en medio de la noche, el silencio, un fuerte resplandor, oscuridad, la presión de las manos de Alicia mientras caían... Sus ojos se abrieron con desmesura y su cabeza giró en todas direcciones.

—¡Alicia! ¿Dónde estás?

Como si tuviera un resorte, se levantó rápidamente para buscar a su amiga, pero tuvo que volver a sentarse cuando la cabeza comenzó a darle vueltas amenazando con hacerle perder de nuevo la conciencia. Cerró los ojos para recuperar el control y, después de unos minutos que se le antojaron eternos, los abrió, moviendo muy lentamente la cabeza, en busca de alguna señal del paradero de Alicia. Unas deportivas negras sobresalían por detrás de un arbusto a pocos metros de ella. Controlando la urgencia de salir corriendo por riesgo a desvanecerse, se levantó muy despacio y se acercó a ella.

—Alicia, ¿estás bien? —Tomó su pulso, suspirando de alivio al verificar que seguía viva.

Su respiración era regular y el color de su piel sonrosado, un poco pálido, pero con vida. Examinó con cuidado su cuerpo en busca de alguna herida o contusión que pudiera significar algún traumatismo, pero estaba intacta, ningún rasguño, simplemente desmayada. Se sentó junto a ella sujetando sus manos como si temiera que al soltarla pudiera desaparecer y se relajó a la espera de que se despertara; quizás ella supiera dónde estaban.

Cerró los ojos y dejó su mente en blanco. Cuando su respiración y el ritmo de su corazón se normalizaron, nuevas imágenes comenzaron a agolparse en su memoria. Poco a poco, los últimos momentos vividos fueron pasando por su cabeza como si fuera una película, haciéndose cada vez más nítidos.

Una cena en el castillo de Eilean Donan organizada por la agencia de viajes que habían contratado para realizar una excursión por las tierras altas de Escocia.

—¡Las *Highlands*! ¡Claro! —Abrió los ojos—. ¡Seguimos en Escocia! —

Sonrió satisfecha—. Pero ¿dónde? —Frunció el ceño—. ¿En qué parte de Escocia? ¿Y cómo demonios hemos llegado aquí?

Obligó a su mente a indagar más profundamente en sus recuerdos.

Después de la cena, habían regresado al hotel entre intensos relámpagos que, a lo lejos, se pudieron ver descender furiosos hasta que rompieron en la tierra. A los pocos segundos, escucharon el terrible sonido que pareció reverberar contra las montañas amplificando su estruendo. El suave zarandeo del autobús junto con el cansancio por la intensa excursión del día fue la combinación perfecta para que los cansados ojos de Elena se cerraran. En pocos minutos, su conciencia se escabulló entre el mundo de los sueños y se dejó mecer por Morfeo que la transportó hasta los confines del mundo onírico. Un inesperado frenazo la despertó bruscamente, pero no fue capaz de recordar lo que ocurrió después. Solamente recordaba una extraña sensación de desesperanza, miedo, soledad, un brillo cegador y caer... caer por un precipicio que parecía no tener fin hasta que perdió la consciencia.

—¿Mi cabeza! —dijo Alicia. Se soltó de la mano de su amiga mientras intentaba incorporarse—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Espera —aconsejó Elena, poniendo las manos sobre sus hombros para impedir que se levantara—. No te levantes de golpe o te marearás.

—¿Dónde estamos? —volvió a preguntar mientras movía la cabeza de un lado a otro, intentando abarcar el mayor espacio posible que su posición en el suelo le permitía.

Elena tardó unos segundos en contestar.

—No tengo la más repajolera idea. Esperaba que tú pudieras decírmelo. No recuerdo casi nada.

—¿Hemos sufrido algún accidente? —inquirió, confusa, Alicia.

—Que yo sepa no.

—¿Y los demás? —preguntó, pero la impaciencia pudo más que la prudencia y, desoyendo lo que Elena le había aconsejado, intentó levantarse

para, unos segundos después, volver a tumbarse.

—Te dije que no te incorporases tan rápido. Respira despacio e intenta calmarte. No sé lo que ha pasado, ni dónde estamos ni dónde están los demás.

Alicia permaneció quieta hasta que volvió a ser dueña de su cuerpo. Sentía que la cabeza le iba a estallar y no conseguía recordar por qué estaba allí tumbada, todo parecía borroso.

—Hemos debido de sufrir algún traumatismo, por eso está todo tan confuso. Necesito levantarme.

—Hazlo despacio —le sugirió Elena.

—Vale.

A medida que se incorporaba, su expresión iba cambiando al contemplar el valle que las envolvía. Miró desconcertada a Elena.

—No recuerdo este lugar.

—Yo tampoco —comentó Elena, encogiéndose de hombros—. No tengo ni idea de dónde estamos. Supongo que seguimos en Escocia, pero no sé en qué lugar específicamente ni tampoco cómo hemos llegado hasta aquí. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Alicia buscó en su memoria intentando retroceder todo lo posible hasta que, de a poco, volvieron a su mente el autobús, el castillo, la cena, la tormenta... Arrugó la nariz cuando la imagen de una luz resplandeciente y una posterior oscuridad total se atascaron en su memoria, sin comprender muy bien qué significaban. De pronto, sintió un escalofrío al experimentar un extraño vértigo que le hizo recordarr aquella oscuridad surgida de la nada...

—No... no... no tiene sentido —objetó—. No sé... —Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, buscando una forma de darles coherencia.

—Aunque te parezca que no tiene sentido, Alicia, ¿qué es lo que recuerdas? —volvió a inquirir, mirándola fijamente.

Alicia, con los ojos muy abiertos y la boca desencajada, quería explicar lo que recordaba, pero no sabía por dónde empezar. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—No sé, Elena. Recuerdo que... después de cenar en el castillo de Eilean Donan, cogimos el autobús y luego me quedé dormida.

—Y al despertar... ¿qué recordaste?

Alicia cambió de posición y titubeó antes de continuar.

—Cuando regresábamos a Fort William, me despertó el frenazo del autobús y, al abrir los ojos... —Se detuvo, no sabía cómo seguir. No tenía muy claro qué era lo que había visto.

—¿Qué viste? —insistió Elena.

—No lo sé —Negó con la cabeza—. Recuerdo una brillante luz, quizás otro autobús o un camión. No sé lo que era, solo una luz muy potente. Luego se apagó de repente y todo quedó a oscuras. ¿Tú recuerdas lo mismo? —preguntó, dudando de si había sido imaginación suya.

—Sí, y tampoco tengo claro qué era esa luz —confesó Elena—. Es como si mi cerebro hubiera borrado esa parte. No sé qué ocurrió cuando se apagó, me vienen imágenes sin sentido.

—¿Qué imágenes?

Elena buscaba las palabras correctas para describir aquellas extrañas imágenes.

—Una especie de... túnel o pozo muy oscuro.

—Y caímos en él, ¿verdad, Elena?

Elena se quedó callada mirando a los ojos de su amiga sin saber qué contestar. No era consciente de haber caído en aquel pozo, túnel o lo que fuera. Sin embargo, recordaba la sensación de vértigo y la angustia cuando todo lo de su alrededor desapareció y se vio inmersa en una oscuridad total.

—No lo sé, Alicia. No recuerdo que nos cayéramos.

—Yo creo que sí, que caímos en ese pozo, no sé cómo, pero caímos. Al principio, estaba muy oscuro, pero cuando llegamos al final... la luminosidad fue tan brillante que tuve que cerrar los ojos. Después... todo se desvaneció.

—Si hubiéramos caído en un pozo, estaríamos heridas y ni tú ni yo tenemos un solo rasguño —rebatió Elena, buscando en sus brazos alguna señal que

demostrara la teoría de su amiga.

—Entonces, ¿por qué no sabemos dónde estamos? La única respuesta lógica es que hemos sufrido un accidente que nos causó algún tipo de amnesia anterógrada, por eso no recordamos nada posterior al accidente. Y todo apunta a la caída en ese agujero. ¿No crees que tenga lógica?

—Sí, es posible —contestó Elena, sin estar muy convencida.

—Lo único que tenemos que hacer es llegar al pueblo más cercano y regresar a Fort William —afirmó Alicia, satisfecha de haber solucionado el enigma—. Si no recuerdo mal nos hospedamos allí ¿no?

—Sí, en Fort William.

—Seguramente, allí alguien podrá aclararnos qué nos ha pasado —comentó Alicia más animada.

—Supongo...

—Pues pongámonos en camino. Cuanto antes, mejor.

—De acuerdo —respondió Elena, a falta de una mejor propuesta.

Iniciaron la marcha hacia el río para, poco a poco, adentrarse en el bosque donde los enormes pinos de corteza roja fueron envolviéndolas a medida que se zambullían entre sus poderosos troncos, que se elevaban hacia el cielo formando una barrera vegetal que impedía el acceso a los rayos de sol.

Las dos amigas caminaban en silencio, enfrascadas en sus pensamientos, oteando a su alrededor. Elena se preguntaba cómo era posible que estuvieran tan alejadas, pues llevaban varios kilómetros recorridos adentrándose cada vez más en el profundo bosque y no habían encontrado ninguna señal humana, ningún camino, ni letrero, ni siquiera basura que indicara que por allí había pasado algún ser humano. De pronto, se paró en seco haciendo que Alicia, que seguía de cerca sus pasos, chocara contra ella. Cuando su amiga fue a quejarse por aquella precipitada parada, Elena se puso un dedo en los labios para comunicar a su amiga que permaneciera callada.

—Shhh. Creo que he oído algo —susurró, oteando cuidadosamente a su alrededor.

—¿Qué has oído? —inquirió Alicia, imitando a su amiga. Se encorvó y se colocó a la defensiva en busca de algo, aunque no sabía qué.

—Creo que fue un grito —musitó Elena, intentando captar algún otro sonido.

—¿Un grito? ¡Entonces hay alguien cerca! —Soltó esperanzada, girando la cabeza en todas direcciones mientras se movía ruidosamente entre las hojas secas esparcidas por el suelo.

—Si no dejas de hacer tanto ruido, no sabremos dónde están.

Ralentizaron su respiración para poder escuchar con mayor claridad mientras sus ojos escrutaban a su alrededor en busca de cualquier movimiento que delatara una presencia humana. Un chillido se escuchó desde algún lugar en el interior del bosque, haciendo que sus miradas se desviaran en aquella dirección.

—Ha venido de allí —señaló Alicia, y dirigió sus pasos hacia aquel punto hasta que Elena la agarró por el brazo, impidiendo que continuara.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido que... pedía ayuda.

—¿Ayuda? —se alarmó Alicia.

El aullido de una voz infantil mezclado con otras voces más graves, evidentemente adultas, unidas a un sonido de forcejeo y lucha paralizó a las dos mujeres que se miraron preocupadas.

—Esto no me gusta —dijo Alicia al mismo tiempo que negó con la cabeza —. Deberíamos ir en busca de ayuda.

—¿Adónde? No sabemos dónde estamos ni dónde está el núcleo urbano más cercano.

—Pues continuemos en la dirección que íbamos y seguro que encontraremos a alguien. ¡Joder! Cuando más necesitas un móvil, no lo tienes a mano.

—Alicia, parece un niño que está en apuros. No podemos irnos y dejarlo sin

más. No nos perdonaríamos haberlo dejado a su suerte.

Alicia sabía que Elena tenía razón.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—No lo sé —admitió Elena—. Primero echemos un vistazo a ver qué es lo que ocurre, y luego ya pensaremos qué hacer.

Se miraron y asintieron para encaminarse silenciosamente hacia el lugar del que parecían proceder los gritos. A medida que se acercaban, el corazón de Elena se iba desbocando al escuchar el sonido de lucha desigual que provenía de detrás de una enorme roca apostada en medio del bosque. Cuando los gritos cesaron al tiempo que un gemido furioso se ahogó a través de lo que parecía un trozo de tela, Elena comprendió que lo que iban a encontrar detrás de aquella roca era peligroso.

Se acercaron con sigilo, procurando evitar las ramas y hojas secas que se esparcían por el suelo para no hacer ruido. Elena se preguntó si los latidos de su corazón no delatarían su presencia. Las imponentes voces masculinas que se escuchaban apuntaban a que se trataba de dos o tres hombres corpulentos que debían de tener dificultades para controlar al pequeño, cuyos gemidos ahogados daban a entender que lo habían amordazado. Elena se situó en el único lateral despejado de ramas de la enorme roca que ocultaba lo que ocurría detrás. Con sumo cuidado, fue asomando la cabeza hasta que sus ojos quedaron por encima de la piedra. Cuando su retina proyectó la imagen, tuvo que ponerse la mano en la boca para no gritar: un niño de unos cinco o seis años, atado en un árbol, se agitaba desesperado al mismo tiempo que emitía furiosos y ahogados gemidos por la mordaza que tapaba su boca. Junto a él y boca arriba, yacía inerte una mujer de mediana edad con el cabello ligeramente blanco y vestida con un atuendo que le llegaba a los tobillos, ajustado en la cintura por un grueso y desgarrado cinturón de tela del que manaba un delgado, pero continuo chorro de sangre. Elena estaba estupefacta, pero su asombro se convirtió en confusión al desviar la mirada para contemplar a dos imponentes *highlanders* con el tradicional, aunque

andrajoso, *kilt* hasta las rodillas. En sus cinturas, portaban dos enormes espadas que reflejaban los escasos rayos de sol que conseguían traspasar el tupido manto vegetal. No muy lejos de ellos, varios caballos permanecían atados a un árbol. Su cuerpo se tensó y estuvo a punto de gritar al sentir la presión de la mano de Alicia sobre su hombro.

—¿Qué pasa? —le preguntó. El susurro, apenas perceptible, no llegó al tímpano de Elena que, volviéndose hacia ella, le instó a guardar silencio. La sujetó firmemente de la mano y se alejaron.

La expresión de su rostro denotaba no solo sorpresa, sino también preocupación, enfado, una rabia contenida difícil de disimular. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para no ser oídas, Elena le explicó lo que había visto.

—¿Cómo? ¿Espadas? ¿Estás segura? —Los ojos de Alicia parecían que se iban a salir de órbita.

—Completamente.

Alicia se quedó pensativa.

—¿No estarán grabando una película?

—No he visto ningún equipo de grabación —respondió Elena.

Alicia frunció el ceño.

—Seguro que no has mirado bien —espetó mientras se daba la vuelta para dirigirse hacia el lugar donde Elena había contemplado la extraña escena. Cuando volvió, estaba blanca.

—¿Dónde demonios estamos?

—No lo sé —reconoció Elena—. Me imagino que seguimos en Escocia, en algún lugar perdido de Dios donde la civilización todavía no ha llegado.

—Pero... ¿Espadas?

—Estoy tan confundida como tú. Me angustia no saber dónde estamos o qué nos ha pasado, pero ahora mismo lo que me preocupa es que hagan daño a ese niño. Por muy malo que sea lo que haya hecho, no creo que justifique que lo traten así.

—¿Y qué podemos hacer? Sospecho que no nos entregarán al muchacho por nuestra cara bonita.

Elena se quedó pensativa analizando el escenario en donde tenían al chico y trató de visualizar cada roca, cada arbusto, cada tronco, el emplazamiento donde estaba cada uno de los hombres, en busca de la mejor forma de rescatarlo, pero sabía que la única manera era enfrentarse a ellos. No podrían desatarlo sin ser vistas para después escapar sin más. La expresión de su rostro dio a Alicia una idea de lo que pasaba por su cabeza.

—¿En qué estás pensando, Elena?

—Hay que enfrentarse a ellos —antes de que Alicia se quejara, continuó—: Soy cinturón negro en varias artes marciales y creo que podré con ellos.

—¿Crees? —inquirió Alicia, incrédula—. ¿Te has vuelto loca? ¿Has visto el tamaño de esos hombres? Aunque son dos, abultan como cuatro y encima ¡tienen espadas! Elena, ¿has luchado alguna vez contra cuatro hombres armados? Te he visto competir en los campeonatos de artes marciales y reconozco que eres muy buena, pero sé realista. No se trata de ganarles por puntos, inmovilizarlos ni de defenderte. Van a matarte y, al final, tu esfuerzo no servirá para liberar al chico.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó, sabiendo que, en el fondo, su amiga tenía razón.

—La verdad es que lo único que se me antoja *inteligente* es salir corriendo.

—Sería lo más inteligente, sí, pero no lo más ético. No podemos dejar al chico a su merced.

—Lo sé, pero hay que buscar otra forma —replicó Alicia.

—¿Cuál? —cuestionó Elena que ya estaba empezando a perder la paciencia. Era consciente de que era una locura enfrentarse a dos hombres, pero el tiempo corría en su contra y no sabía qué planes tenían para el chico—. Alicia, no podemos ir a buscar ayuda sin saber dónde porque seguramente cuando regresemos aquí, o bien ya no estarán o bien habrán hecho algo de lo que nos sentiremos culpables el resto de nuestras vidas. Sé que tienes

miedo, yo estoy aterrorizada, pero hay que hacer algo para salvar a ese chico. Aunque ponga mi vida en peligro, estoy dispuesta a ello.

Alicia asintió.

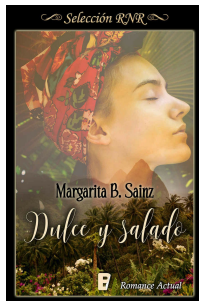
—Está bien, ¿qué planes tienes?

Puedo luchar contra uno, pero hay que noquear al otro. Tenemos que vigilarlos y esperar la oportunidad, aunque nos lleve todo el día. En algún momento, se separarán y entonces, intervendremos.

Después de encontrar un par de palos firmes y contundentes, se acercaron sigilosamente a la roca para volver a comprobar la situación.

Los dos hombres se encontraban sentados en el suelo de espaldas a ellas y al chico, que seguía maniatado, quieto, cansado de forcejear. De pronto, uno de ellos se levantó desperezándose y, con paso torpe y pesado, se acercó a un árbol con claros signos de querer vaciar la vejiga mientras eructaba de forma sonora. Ambas mujeres se miraron y supieron que era el momento que estaban esperando.

Cuando se conocen Martín y Sara surge el flechazo y pasan la noche juntos después de una juerga loca. Sin embargo, ella desaparecerá en la madrugada sin dejar rastro.



Martín es un capitán de corbeta de la armada española, soltero y reacio a tener relaciones duraderas, llega a Madrid dispuesto a disfrutar de un merecido permiso. Sara, independiente y con mucho carácter, es la propietaria del catering que organiza la fiesta de unos amigos comunes. Nada más conocerse surge una intensa atracción y pasan la noche juntos, pero de madrugada ella se va sin dejar rastro.

Martín se considera utilizado por Sara. No está acostumbrado a que lo traten así. Además, hacía tiempo que no se sentía tan atraído por nadie. Parecía todo tan perfecto...

Una inesperada enfermedad del padre de Martín los reunirá de nuevo. No piensa desaprovechar la oportunidad y planea tomarse la revancha. Ignora, que el pasado que Sara arrastra consigo es un lastre demasiado doloroso que le hace imposible confiar en alguien.

¿Podrá el amor que sienten superar todas las barreras?

Margarita B. Sainz nació en 1962 en Sevilla, donde actualmente vive con su marido e hijos. Siempre le gustó soñar y leer. De vez en cuando ha colaborado dando su opinión en algún periódico. Considera un premio el haber podido escribir esta, su primera novela, *Dulce y salado*.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, M. B. Sainz

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-039-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

DULCE Y SALADO

PRIMERA PARTE: DULCE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

SEGUNDA PARTE: SALADO

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE M.B. SAINZ

CRÉDITOS